



LA IGUANA

**ALBERTO
VAZQUEZ-FIGUEROA**



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

A finales del siglo XVIII, existió un hombre llamado «Iguana» Oberlus, que debido a su terrible aspecto era despreciado y maltratado por todo el mundo. Harto de esa situación, huyó al archipiélago de Las Galápagos, y en el islote de La Española estableció su morada. Allí esperó impaciente durante años, pero al final sus deseos se vieron cumplidos: en ese islote atracaron unos pocos barcos y «La Iguana» no desaprovechó su oportunidad. Secuestró algunos de sus tripulantes y los sometió a sus órdenes, tratándolos como simples criaturas salvajes, tal y como lo habían tratado a él durante toda su vida.

L  **LIBROS**

Alberto Vázquez-Figueroa

La Iguana

En el extremo sur del archipiélago de Las Galápagos, en el océano Pacífico, a mil kilómetros de las costas de Ecuador se alza un solitario islote, llama Hood o «La Española», que constituye el hogar predilecto de los albatros gigantes.

Su minúsculo desembarcadero natural continúa llamándose «Bahía de Oberlus», en recuerdo de un hombre que habitó allí a finales de mil setecientos y que fue conocido por el extraño apodo de la Iguana.

Esta novela está basada en su historia.

EL AUTOR

El inmenso albatros de frágiles alas ribeteadas de blanco giró majestuoso a doscientos metros de altitud en un lento planear sin un solo aspaviento, como sostenido en el espacio por una fuerza invisible.

Era aquél su tercer viaje de ida y vuelta, desde allí; desde la misma raya del ecuador, a los fríos islotes patagónicos, siguiendo el sendero trazado en el aire por millones de sus antepasados a lo largo de infinitas generaciones.

Ya su ojo atento y codicioso había captado, desde docenas de millas mar adentro, que una vez más el eterno milagro se había repetido y el azul del mayor de los océanos comenzaba a ensuciarse con las manchas marrones de los bancos de sepias que, de improviso, en una incontenible explosión de vida, nacían en las proximidades de la isla que ahora se destacaba, negra, agreste y desolada, bajo sus largas alas.

Aquél era su hogar, y lo sabía. La patria de los albatros gigantes; lugar de nacimiento, amor y muerte del ave que reinaba en los mares, y frente a la que gaviotas, alcatraces, rabihorcados, garzas, pelicanos o piqueros, no constituían más que tristes caricaturas aladas sin gracia alguna.

Altiva, giró de nuevo estudiando una vez más la conocida pendiente de lava cuarteada que nacía a sotavento, en una tranquila y diminuta bahía de blanca arena, para ascender sin prisas, a morir en los altos y fieros acantilados contra los que se estrellaban las rugientes olas de barlovento.

Le inquietó el panorama. Sin duda había llovido durante su ausencia, y los cactus y arbustos habían crecido desmesuradamente desperdigándose por entre las rocas y los bloques de lava, buscando con avidez cada pedazo de tierra fértil traída por el viento y abonada por los excrementos de millones de sus congéneres conformando por tanto una pista accidentada y sinuosa, difícil y arriesgada, marcada ya —y no era de los últimos en llegar— por los cadáveres de tres viejos machos que le habían precedido en su largo viaje.

La edad hacía perder reflejos a los más ancianos, que eran, al propio tiempo, los más pesados y los de mayor envergadura, con lo que se multiplicaban para ellos los peligros a la hora de encarar la pista y sortear obstáculos en un loco aterrizaje a velocidad suicida, en el que llegaba un momento, a dos metros del suelo, en que no existía posibilidad alguna de remontar el vuelo, y no quedaba

más alternativa que tomar tierra felizmente o estrellarse.

Ellos, los albatros gigantes, inimitables en el aire, tenían sin embargo las patas demasiado cortas en relación a la longitud de sus alas y el tamaño de su cuerpo. Para elevarse al cielo necesitaban los acantilados de barlovento y lanzarse al espacio con el viento de cara, mientras que para tomar tierra exigían un ancho espacio sin accidentes ni remolinos que los desplazaran bruscamente, larga «pista» por la que correr mientras frenaban su disparatado descenso.

Sobrevoló por última vez la isla avisando con sonoros graznidos que se lanzaba a tumba abierta, cruzó, bajo, sobre la cabeza del hombre que le observaba acomodado sobre una alta roca, semidesnudo y cubierto con un desteñido sombrero mugriento de sudor; se alejó hacia el sur sobre el mar rugiente, y regresó con la fuerza y la velocidad de una flecha impulsada por un arco gigante, recto el pico y gacha la cabeza, sintiendo el viento silbar en sus oídos, para llegar la pared húmeda y negra contra la cual otros muchos se aplastaron antaño, para pasar a metro y medio de su cima, dejar a la izquierda el cactus solitario, y esquivar la piedra roja que marcaba el comienzo del declive.

Supo entonces que había sobrepasado el punto de posible retorno, y se enfrentaba con la muerte o con la pérdida de lo más hermoso que la Naturaleza le había proporcionado: unas largas, frágiles e inapreciables alas ribeteadas de blanco...

Fue como si se hubiese sumergido en un torbellino indescriptible, sin tiempo para reflexionar, actuando movido por el instinto y los reflejos, zigzagueando por entre un laberinto de ramas y pedruscos, hasta sentir de improviso la olvidada consistencia de algo firme y sólido bajo sus quebradizas patas; rugoso suelo y calientes rocas sobre las que saltó en cortos y cómicos brincos de borracho, para quedar al fin muy quieto, extendidas las alas y como sorprendido de su propia hazaña y del misterio de encontrarse una vez más ileso y vivo en lugar seguro.

—¡Bravo!

El graznido del hombre y su escándalo al batir violentamente sus extremidades superiores hizo que su corazón volviera a latir con fuerza, y tentada estuvo el ave de echar a correr de nuevo hacia el acantilado para lanzarse otra vez al vacío, pero ya el hombre, dando por concluido el espectáculo, se había puesto en pie cansinamente, alejándose, sin prisas, hacia los barrancos del Oeste.

—¡Bravo! —repetía ahora en voz alta, como si hablase con alguien o le agradara el sonido de sus palabras—. Es condenadamente bueno ese maldito pajarraco de plumaje manchado... Midió la altura, y efectuó cada gesto con la precisión de un cirujano a la hora de cortar un brazo... Y frenó en el punto exacto en que debía pararse... Un metro más y se rompe la crisma...

Le gustaba sentarse en aquella roca en los atardeceres y apostar por la vida y la muerte de los grandes albatros que regresaban a «casa» tras su largo periplo, envidiando la serena belleza de su vuelo pausado, y preguntándose qué sentirían

al contemplar la isla cuando se iban aproximando atraídos irremisiblemente por una extraña fuerza; gigantesco imán oculto que, una vez al año, ejercía sobre ellos un influjo irresistible, por muy lejos que se encontraran de sus costas.

El sol, que se posaba violento y rojo sobre la raya del horizonte, lanzaría pronto su verde rayo de despedida al mundo, y los contornos de las cosas se tornarían tan imprecisos que ningún otro albatros se atrevería a repetir la hazaña de intentar tomar tierra esa tarde, aguardando a la luz del día siguiente.

Diez minutos después, con precisión cronométrica, a las seis en punto, fuese cual fuese la época del año en que viviesen, la oscuridad más absoluta se abatiría súbitamente sobre la isla, fruto del rapidísimo crepúsculo ecuatorial, y doce horas más tarde, igualmente aprisa e igualmente exacto, el sol nacería una vez más por levante, dorado, espléndido y furioso.

Y con la llegada de las sombras, el hombre se acurrucó, hecho un ovillo en el fondo de una profunda cueva, cerró los ojos y se quedó dormido.

Aquel hombre nunca supo cómo se llamaba realmente, dónde había nacido, ni quiénes fueron sus padres. Sus primeros recuerdos se referían al mar y a un sucio ballenero que naufragó en Canarias sobre el año treinta, y cuando reembarcó mucho después, no supo decir quién era ni de dónde había salido, por lo que su caprichoso capitán le cambió el *Jack* o el *John* de sus comienzos por el absurdo sobrenombre de *el pelirrojo Oberlus*.

Creció, sin prisas, zambo, esquelético y chepudo, sin conocer apenas el olor de la tierra o el sonido de una voz amistosa, y acuchilló a su primer enemigo en una taberna panameña, por lo que tuvo que enrolarse, fugitivo, en un barquichuelo de piratas borrachos que embarrancó una noche sin luna a la entrada de la bahía de San Juan de Puerto Rico.

Los cañones de la fortaleza de El Morro se entretuvieron durante el día siguiente en practicar ejercicios de tiro sobre el maltrecho casco del desgraciado navío hasta conseguir convertirlo en un montón de astillas, mientras los tiburones de los alrededores disfrutaban de un hermoso banquete de piratas borrachos, que se arrojaban al agua enloquecidos, tratando de escapar del impacto de las bombardas.

Fue entonces cuando *el pelirrojo Oberlus* comprendió cuánto podía esperar de sí mismo y de su capacidad de resistencia al miedo, aguantando imperturbable, en la última de las sentinas y con el agua al pecho, andanada tras andanada de fuego, explosiones y muerte, íntimamente convencido de que ni el mar ni los cañones podrían con él.

Protegido por la oscuridad, nadó luego entre los escualos que apenas le rozaron, ganó tierra, atravesó la isla, y en Mayagüez robó una barca con la que bordeó las costas de la Dominicana hasta el seguro refugio de La Tortuga, al

norte de Haití.

Allí mató a un negro, y a los pocos meses comenzó a crecerle una barba rojiza, enmarañada y rala, que acentuó en su rostro aquella fealdad repelente, furibunda y temible, que espantaba a los niños, hacía volver la cara, asqueadas, a las mujeres e inquietaba a los hombres, incapaces de sostener de frente su mirada.

—Pareces una iguana... —aventuró un sueco a bordo de un tercer ballenero, y aunque de un navajazo le desfiguró la nariz, el apodo arraigó desde entonces entre la marinería, y no quedó barco, puerto, prostíbulo o taberna en el que no se le conociera en adelante por el sobrenombre de *la Iguana Oberlus*, el más espantoso engendro humano que surcara los mares sobre algo que flotara.

Tantas fueron las burlas y desprecios, y tanta la repulsión y el horror que despertaba a su paso, a partir del día en que un cuchillo más rápido que el suyo le dejó una espantosa cicatriz que le afectaba un ojo —« lo único decente que había puesto Dios sobre aquel rostro abominable» —, que una tarde de julio, cuando el *Old Lady II* cargaba tortugas gigantes frente a la solitaria isla de Hood, en el archipiélago de Las Galápagos, o Islas Encantadas, *la Iguana Oberlus* se sintió incapaz de soportar por más tiempo la presencia de unos seres a los que aborrecía, y decidió quedarse allí, náufrago voluntario y eremita sin credo, a convivir para siempre con focas, albatros y lagartos.

Y ahora, cuatro años más tarde, podía sentarse en calma, en los atardeceres, a contemplar su reino: un islote rocoso y desolado, sin un árbol capaz de brindar una sombra decente, sin arroyo ni fuentes; corte de amor y escandaloso nido de todas las aves marinas del Pacífico, dormitorio de lobos marinos que seстеaban por cientos en cada cala, cada playa, y aun en las cumbres de los acantilados, de los que súbitamente se lanzaban al mar en inconcebibles saltos.

No era mucho en verdad y lo sabía, pero al menos allí, en Hood o La Española, nadie venía a gritarle que era un monstruo, un « hijo del Averno », la encarnación, tangible, del mismísimo Diablo.

Y eso era más de lo que *la Iguana Oberlus* había tenido nunca.

Amontonadas como uvas de un racimo demasiado compacto, las iguanas marinas —de un negro sucio y amenazante cresta espinosa— se pisoteaban, molestándose y riñendo por un centímetro de la áspera roca lamida por el mar, en un absurdo gregarismo sin explicación lógica alguna, puesto que a menos de cinco metros de distancia, otra roca, igualmente áspera e igualmente batida por el mar, aparecía solitaria por completo.

Jamás pudo entender, pese a sus años de observarlas, por qué ese desmedido afán por compartir un espacio que ni siquiera era el mismo cada día, y por qué, de improviso, cuando comenzaba a descender la marea, absolutamente todas las

iguanas marinas de una determinada roca se ponían en movimiento al unísono y se arrojaban juntas al mar, a pastar en los profundos campos de algas, entre las que las perseguían, ávidos, los insaciables tiburones.

Casi una hora más tarde regresaban de igual modo, en tropel, y eran las primeras las que elegían —al azar— el nuevo emplazamiento que constituiría, a partir de ese momento, motivo de disputa.

Resultaba estúpido en verdad, el comportamiento de aquellos horripilantes seres de mirada vidriosa, inexpresiva y glauca, que contrastaba con la viveza de los ojos de las iguanas de tierra, individualistas, astutas, casi domésticas, y de vivos colores.

Muchas veces se había preguntado la razón de semejantes diferencias en especies que fueron sin duda en sus inicios semejantes, y por qué unas eligieron alimentarse de algas y afrontar a los escualos, al tiempo que las otras se decidían por los espinosos cactus de tierra adentro, o las diminutas plantas multicolores y los líquenes que el rocío de la noche hacía crecer aquí y allá, entre la agreste lava oscura.

Aborrecía a las iguanas de mar, indigeribles y obtusas, a la par que amaba la gracia patosa de sus primas de tierra cuando acudían a comer en su mano, alzada la cabeza y erecto el rabo, apreciando su carne, blanca y jugosa, tierna y aromática, más sabrosa que la más sabrosa gallina de taberna irlandesa.

Y a menudo pasaba horas contemplando indistintamente a unas y otras, buscando en ellas rasgos de su propio rostro, rasgos que volvía a buscar más tarde en los charcos que dejaba el mar entre las rocas, preguntándose por qué extraño capricho del Creador, la Naturaleza le había castigado con semejante aspecto.

¿Tendrían razón acaso los chiquillos que en la calle le gritaban que su madre había tenido trato carnal con el demonio? ¿Podría alguien ser realmente hijo de Lucifer, y vivir como cualquier otro ser mortal sobre la Tierra?

Años atrás, al regresar de la isla de La Tortuga y desembarcar en tierra haitiana, una vieja hechicera había interrumpido súbitamente su ceremonia vudú haciendo callar a los cantantes y detenerse a los bailarines al verlo aparecer. Se arrojó a sus pies, obligando a los demás a que la imitaran, pues según aseguraba entrecortadamente en su pintoresco francés de negra nacida en las costas africanas, el hombre blanco, contrahecho y pelirrojo que acababa de penetrar en su choza, no era otro que la imagen viva del hijo de la diosa Elegbá, tal como se le aparecía, cada noche, cuando las drogas la sumían en un profundo trance.

Huyó de allí y de la adoración de los haitianos, pero años más tarde, uno de ellos, menos histérico aunque igualmente convencido de la autenticidad de sus creencias, le inició en los profundos misterios de una fe que ya era vieja en Dahomey en los tiempos en que un carpintero judío predicaba a orillas del lago Tiberiades, y que preconizaba la existencia de « muertos-vivientes », a los que un iniciado podía devolver al mundo con el consentimiento de Elegbá, para

convertirlo en esclavo que obedeciera hasta el más escondido de sus deseos.

—Los que van al infierno no tienen derecho alguno —afirmaba el negro—. Ni aun a su propia muerte, y, por lo tanto, Elegbá se los entrega como siervos a quienes le demuestran un amor sin límites. Si un día, tu sumisión y tus sacrificios son lo suficientemente gratos a sus ojos, te concederá un « muerto-viviente », un zombie, para que sea tu esclavo en este mundo y en el otro.

—¿Y no podría Elegbá concederme un nuevo cuerpo y un nuevo rostro...?

El viejo negro —había olvidado su nombre aunque tal vez fuera el de Messiné o Mesriné, había meditado largamente su respuesta, tal vez buscando en lo más profundo de sus recuerdos.

—Una vez —admitió al fin, aunque no podía considerársele realmente seguro de sí mismo— una muchacha se enamoró de un blanco, y le rogó a Elegbá que la volviese blanca a ella también. Tanto suplicó y tantos gallos sacrificó, que la diosa escuchó sus deseos, por lo que pudo casarse con su amado, que la llevó a Francia ignorando su auténtica procedencia. Pero una vez allí, y tras un par de años de felicidad, la muchacha dio a luz un niño idéntico a su abuelo, negro y fuerte, y esa misma noche, el marido, creyendo que le había engañado con un esclavo, la mandó matar. Ya muerta volvió a ser negra, pero allá en Francia nadie pareció comprender el prodigio ni los milagros de Elegbá, y se apresuraron a decir que tenía la peste, por lo que quemaron su cuerpo... Y el de su hijo con ella —se encogió de hombros fatalista—. Tal vez tú tengas más suerte —concluyó.

Allí, a solas en la isla, el hombre, *la Iguana Oberlus*, había repetido una y otra vez cada noche de luna llena sus sacrificios a la diosa pidiendo que le cambiara el rostro por el de alguien más humano, o que le proporcionara al menos un esclavo; un « muerto-viviente » que le ayudara en sus duras tareas, pero Elegbá aún no le había escuchado, tal vez porque su fe no fuera lo suficientemente fuerte, o tal vez porque se había visto en la necesidad de sustituir al gallo ritual de los sacrificios por un alcatraz de patas azules o una gaviota de sexo indefinido, las únicas víctimas aladas a las que tenía acceso en la soledad de aquella isla abandonada.

Por último, llegó a la conclusión de que las aves marinas no eran gratas a los ojos de la divinidad, y las cambió por iguanas tortugas gigantes e incluso una enorme foca que trasladó a hombros durante tres kilómetros desde la bahía de sotavento, pero aun así, todo resultó inútil, y cuanto consiguió fue apestar durante días la entrada a la mayor de sus cuevas.

¿Qué necesitaba una diosa negra para atender los ruegos de un blanco hijo del Averno...?

Inventó entonces sus propios ritos, sus símbolos e incluso su lenguaje —el único que se hablaba en aquel islote— y muchos amaneceres se sorprendió a sí mismo, borracho de alcohol de cactus, clamando a la reina del mar desde la más

alta de las rocas del acantilado, suplicando que el sol que llegaba le trajera como regalo un nuevo rostro con el que abandonar para siempre su voluntario destierro.

Pero, en los charcos, el agua devolvía siempre idéntica imagen de rasgos de iguana.

Cada mañana, día tras día, Oberlus repetía, como si de un deber se tratara, el mismo itinerario, comenzando por la más alejada punta del noroeste, para concluir en el recodo que dejaban las rocas bajo el alto farallón del sur, en un lento recorrido en el que sus azules ojos casi transparentes —« lo único decente que había puesto Dios sobre aquel rostro abominable» — escudriñaban cada playa y cada ola, en una búsqueda detallada, minuciosa y excitante de todos cuantos objetos depositaba en tierra la fuerte corriente que llegaba del este; de las costas de Chile y Perú.

En menos de tres semanas, cualquier objeto que cayera al mar en el Continente, recorría las setecientas millas que separaban tierra firme del archipiélago de Las Galápagos, y allí, en aquella zona abrupta y peligrosa, Oberlus obtenía sus « riquezas »: maderas, barricas, botellas, cocos, sacos, e incluso pedazos de ámbar que se amontonaban en lo más recóndito de la más secreta de sus cuevas.

El mar, eterno proveedor y del que a menudo creía haber nacido, pues a él se remontaban sus primeros recuerdos, le ofrecía peces, langostas, cangrejos y tortugas de los que alimentarse, le refrescaba en los calurosos mediodías en que el sol caía a plomo, le enviaba las nubes de tormenta que abastecían de agua dulce sus depósitos, y le obsequiaba además, de tanto en tanto, con algún sorprendente regalo llegado de otros mundos y otras tierras.

Y el mar le entregaba también, por último, en los amaneceres, el espeso rocío que cubría sus campos de cultivo. De su primera estancia en las islas Canarias cuando niño, había asimilado la forma de cosechar de algunos nativos, que cubrían con escoria de volcán sus tierras, de modo que absorbía la humedad, la transmitía al suelo, y servía a la vez de aislante entre ese suelo ahora húmedo y los grandes calores del día.

Obtenía así, casi sin agua, aceptables cosechas de tomates, sandías, cebollas y melones, que junto a sus plantaciones de diminutas patatas típicamente andinas y algunos frutales, le permitían sobrevivir en soledad sin excesiva penuria.

Frugal, casi ascético, duro como aquellas mismas rocas y habituado a las privaciones desde incluso antes de tener uso de razón, *la Iguana Oberlus* había convertido con el tiempo el islote de Hood o La Española en un lugar en el que mantenerse con vida no constituía un problema demasiado arduo, dedicando por tanto la mayor parte de su tiempo a aquella otra cuestión que en verdad le atormentaba: su indescriptible y al parecer irremediable fealdad.

Por qué no le habían arrojado a un pozo en el momento mismo momento de nacer, abortando de ese modo sus sufrimientos futuros desde el primer día, era una pregunta para la que no había encontrado nunca respuesta, al igual que tampoco la tenía para el hecho de que aquellos que le habían dado la vida y se la habían mantenido en contra de toda lógica, le hubieran abandonado más tarde a su suerte, cuando más los necesitaba.

Se preguntaba también si, alguna vez, y por algún corto período de tiempo, su madre podría haberle amado, y le intrigaba profundamente la complejidad de un sentimiento del que a menudo había oído hablar en los sollados de la marinería o las largas charlas del castillo de proa, pero del cual no tenía ni la más mínima referencia directa.

Oberlus nunca amó a nadie, ni tampoco nadie le amó, y cuando los grumetes evocaban a sus novias, o los marinos hablaban de sus esposas y sus hijos cambiando el tono de voz incluso entre los más bruscos y violentos, escuchaba en silencio, tratando de aguzar al máximo su ya de por sí aguda inteligencia, en un desesperado intento, siempre vano, de captar las razones por las que alguien podía experimentar afecto o ternura por otra persona.

A él le huían hasta los perros de a bordo, a los que al parecer repelía su olor o su presencia, y ningún gato se restregó contra sus piernas maullando en demanda de una cabeza de pescado, como si la profunda repulsión que provocaba fuera incluso más allá de las razas humanas o las especies zoológicas.

Justo hubiera sido reconocer, desde luego, que tal rechazo resultaba por completo compartido, pues jamás, desde que guardaba memoria, había experimentado el menor deseo de acariciar a un perro u ofrecer de comer a un gato, y en más de una ocasión, cuando los sorprendía distraídos en cubierta durante la guardia de la noche, los pateaba con tal fuerza, que a menudo habían ido a parar al mar en el que desaparecían definitivamente.

Siempre el mar, sin que recordara un solo día de su vida en el que no lo supiera a su alrededor, y algunas veces había tratado de hacerse a la idea, sin conseguirlo, de que existían seres humanos que nunca lo habían visto, y que vivían tan lejos, tierra adentro, que no tenían siquiera una noción clara de su existencia.

«Yo... —afirmaba Pierre, el cocinero de su último barco— tardé más de treinta años en conocerlo, y te aseguro que soy el único habitante de mi pueblo que lo ha visto... Allí, el ochenta por ciento del año no hay más que nieve...».

La Iguana Oberlus había tardado casi treinta años también en conocer la nieve, y aún recordaba su profunda sorpresa cuando una mañana, tras dos meses de lucha contra las olas y las grandes corrientes del Cabo de Hornos sin avanzar siquiera una milla, se levantó dispuesto a contemplar la misma costa lejana, gris, sucia y agreste, y descubrió que todo cuanto no fuera mar —barco incluido— se encontraba cubierto por un blanco y helado manto.

A media mañana un viento gélido hinchó las velas, la mar se tensó, ahora y en calma, y el *Old Lady II* abandonó por fin el infierno del Cabo de las Tormentas y se adentró en el Pacífico, en busca una vez más del hermoso resoplar de las ballenas.

Sacó entonces el arpon de su funda de cuero, lo afiló hasta conseguir afeitarse con su borde, y comenzó a ejercitar de nuevo el brazo entumecido, cruzando de proa a popa, en limpios lanzamientos, la larga cubierta, para ir a clavarlo con precisión casi matemática en el centro de un grueso tablón sujeto al palo de mesana.

Siempre fue, desde muy joven, primer arponero de su barco, el más fuerte y el más certero; el más osado y también el más inteligente a la hora de ordenar la ciaboga o alzar los remos a la espera de que la gran bestia apareciera al fin surgiendo de las profundidades, y se sentía orgulloso de no haber perdido, con los años, su potencia.

Cada día, tras el recorrido matinal por las costas de oriente, descendía a la playa y se dedicaba, durante más de dos horas, a mantener su brazo en forma haciendo volar el pesado arpon a treinta metros de distancia, para enterrarlo, hasta el mango, en un montículo de arena.

Otras veces, prefería acechar entre las rocas a los confiados tiburones, cuyos dientes utilizaría más tarde como cuchillas o puntas de flecha con las que capturar a otros peces menores, y le excitaba la lucha con los escualos, casi tanto como le excitó en su día enfrentarse desde una frágil barca a las ballenas y cachalotes.

Era una vida dura aquella de ballenero, pues a cada hora de peligro y entusiasmo seguían a menudo semanas de tediosa espera soportando calores agobiantes, calmas chichas, terribles tormentas y el insufrible hedor del barco, una fetidez que se metía en la sangre, impregnaba la piel, y hacía que, una vez en tierra, ni las más repugnantes y miserables prostitutas quisieran tener tratos con él.

Monstruoso, contrahecho, harapiento y apestando a grasa de ballena, no resultaba en absoluto extraño que ni en el más hediondo burdel del más olvidado puerto, ninguna mujer hubiera accedido jamás a hacer el amor con el primer arponero del *Old Lady II*, ya que para colmo de males, cuando tocaban tierra, *la Iguana Oberlus* solía haber perdido tiempo atrás, a los dados, todo su salario.

Lógico resultaba, por tanto, que, hasta aquel momento, *la Iguana Oberlus* no conservara un solo recuerdo amable de su paso por la vida.

Había dejado transcurrir la noche ofreciendo sacrificios a Elegbá, escogiendo en esta ocasión una gran tortuga terrestre, una de aquellas gigantescas galápagos que daban nombre a las islas, y cuyos inmensos caparzones le servían más tarde para recoger el agua de lluvia cuando sus burdos aljibes rebosaban.

Una luna inmensa le había iluminado extrayendo reflejos plateados del mar y las húmedas rocas, y bajo su resplandor —casi diurno— se entregó a cada vez más complicados ritos, martirizando a la pobre bestia, emborrachándose con aguardiente de cactus, y maldiciendo como un poseído al comprobar que la tortuga no parecía sufrir aunque le clavara el largo cuchillo una y otra vez y la cortara en trozos.

Cuando al fin le cercenó de un tajo la cabeza y ésta cayó al suelo, comprobó, asombrado, que aún intentaba morderle, y lo intentaría durante casi media hora, al tiempo que, por su parte, el cuerpo continuaba viviendo, y palpitando el corazón, que seguiría palpitando, con casi absoluta normalidad, durante más de una semana.

Era aquella la razón por la que los balleneros acudían desde todos los puntos del globo a cargar galápagos gigantes al archipiélago de Las Encantadas, puesto que no podía encontrarse en parte alguna carne de mejor calidad, que fuera capaz de conservarse además, viva y fresca, durante toda una larguísima travesía.

Una galápago adulta conseguía sobrevivir a bordo más de un año sin comida ni agua, merced a su lentísimo metabolismo, y se la podía ir cortando en pedazos, según las necesidades del cocinero, sin que muriera ni aparentase sufrir dolor alguno. En ocasiones, los más crueles grumetes se entretenían en arrancarles el cerebro —de tamaño apenas mayor que un guisante— permitiendo que anduvieran de un lado a otro por cubierta durante largos meses.

Por todo ello, y conociéndolas como las conocía, pasada la medianoche *la Iguana Oberlus*, tinto en sangre y con la mente más que nublada por el alcohol, arrojó a un lado el cuchillo y se dejó caer contra una roca, convencido de que la diosa Elegbá no debería haberse conmovido en absoluto por su fatigoso esfuerzo y el sacrificio de un animal al que podía considerarse en realidad casi una planta.

Bebió hasta agotar las últimas gotas del explosivo brebaje que él mismo se

preparaba, cerró los ojos vencido por el sueño y el agotamiento, y cuando horas después los abrió de nuevo, lo vio allí, de pie ante él, alto, fuerte, semidesnudo y negro como el azabache; el más perfecto de los «muertos-vivientes» que imaginar cupiera; la dádiva que había venido suplicando a Elegbá durante casi cuatro largos años.

En un principio, le costó admitir que no continuara siendo un sueño más, y agitó varias veces la cabeza tratando de alejar los efectos de la borrachera, pero, pese a que abrió y cerró los ojos varias veces, el «zombie», se mantuvo allí, fantasmagóricamente iluminado por una luna que casi se recostaba ya en el horizonte.

Se puso en pie, giró lentamente en torno al negro, admirando su fuerza y su porte, y alargó al fin la mano para palpar sus músculos, y cerciorarse de que en verdad se encontraba allí, ante él, y pese a estar muerto continuaba siendo de carne y hueso.

—Eres fuerte y hermoso... —musitó roncamente, casi para sí mismo—. Podrás trabajar día y noche, y no tendré que darte ni siquiera comida... —se detuvo frente a él y le miró de cerca, comprobando satisfecho por la inexpresividad de su rostro que no se sentía en absoluto impresionado por su fealdad—. Eres muy hermoso... —repitió—. Un hermoso regalo de Elegbá.

No obtuvo respuesta, porque, según la leyenda, los «zombies» no hablaban, y tan sólo se les permitía abandonar los cementerios para trabajar para sus amos, sin una voz, sin un lamento, incansables, sufridos e indestructibles, armados tan sólo por la fuerza «divino-demoníaca» de Elegbá, la diosa negra que reinaba, desde el comienzo de los tiempos, en lo más profundo de las selvas dahomeyanas.

—¡Ven...! —ordenó luego autoritario, feliz de que alguien, al fin, tuviera que escucharle, obedecerle, y soportar su presencia sin mostrar desprecio o repugnancia—: ¡Ven...! ¡Sígueme...!

El «muerto-viviente» se puso en movimiento, como un autómatas, y su paso era lento, pesado, un tanto inseguro y bamboleante, como el de los marineros poco acostumbrados a pisar tierra firme, o el de un ser que hubiera permanecido siglos inmóvil en el fondo de una fosa.

El paso de Oberlus, por el contrario, se hizo pronto rápido y nervioso, habituado como estaba a los accidentes del suelo volcánico de la isla, saltando de una roca a otra como una cabra animada de una extraña vitalidad, exultante de alegría, y ansioso por que llegara un nuevo día cuya luz le permitiría comprobar, en el primer charco del camino, si Elegbá había escuchado también sus súplicas de proporcionarle un nuevo rostro.

Trepó por una empinada ladera de rocas sueltas, espantó a una familia de cormoranes que alzó el vuelo para alejarse mar adentro, y se sentó a aguardar a su esclavo, que ascendía pesadamente tras sus huellas.

La luna comenzaba a perder su fuerza, desdibujándose, y muy pronto el alba se apoderaría rápidamente de las islas, anunciando la inmediata presencia de un sol amarillo rabioso que se dispararía hacia arriba desde la línea del horizonte, como si se tratara de una gigantesca pelota arrojada al aire por un niño ciclópeo.

—Me gustaría saber qué atrocidades cometerías en vida, para que, mientras tu alma se quema en los infiernos, ni siquiera tu cuerpo tenga derecho al descanso de la muerte —comentó Oberlus cuando el negro llegó a su altura y se detuvo, resoplando, frente a él—. Pero aunque nunca llegue a saberlo, me alegra todo cuanto hicieras, pues de este modo, Elegbá me ha proporcionado un esclavo tan fuerte como tú... ¡Vamos...! —le apremió poniéndose de nuevo en pie—. Pronto amanecerá y quiero ver cómo trabajas...

Continuó su veloz marcha hacia la lejana cumbre, era ya día claro cuando la alcanzaron, y se volvió, satisfecho, a contemplar una vez más la pequeña isla; su «reino», en el que dispondría, a partir de aquella misma mañana, de un primer súbdito incondicional.

Rabihorcados, gaviotas y alcatraces se elevaban al cielo dispuestos a iniciar su pesca diaria en las cercanas aguas rebosantes de vida, y el gran Océano, en calma, hacía una vez más honor al nombre que le pusiera Balboa, mientras unas nubes largas y muy altas teñían de rosa pálido un cielo que pronto adquiriría una tonalidad añil oscuro.

Era hermoso su reino; desolado, negro y tranquilo, y su rostro, de continuo contraído, estuvo casi a punto de distenderse por primera vez en años, pero bruscamente sus ojos —«lo único decente que había puesto Dios sobre aquel rostro abominable»— brillaron desconcertados al volverse hacia la diminuta bahía del fondo.

—¡Un barco...!

El negro, en pie a su lado, siguió la dirección de su mirada y mostró al completo su blanca dentadura:

—Sí... Un barco —admitió con voz burlona—. El *María Alejandra*... Y a mi capitán le encantará averiguar por qué un aborto como tú se dedica a practicar la brujería.

Extendió el brazo y lo aferró por el cuello crispando su poderosa mano que semejaba un cepo de hierro:

—¡Andando! —ordenó en el mismo tono jocosos, pero que no admitía réplica—. El viejo te ajustará las cuentas...

No lo dejó libre ni un instante, amenazando con romperle de un solo apretón el espinazo si pretendía escapar, y le obligó a marchar así, cómicamente patiabierta, bamboleante y humillado, por el sinuoso senderillo que serpenteaba entre rocas, bosquecillos de altos cactus y densos matorrales, hasta la blanca playa de la quieta bahía.

Dos largas y estilizadas lanchas balleneras aparecían varadas en la orilla y

una veintena de hombres se afanaban cargándolas de pesadas galápagos bajo la atenta mirada de otros tres, que protegidos por un tingladillo de cañas y lona, llevaban cuenta de los animales embarcados.

—¡Rayos...! —exclamó el más anciano, un hombretón de largos mostachos y alborotada cabellera blanca, cuando el negro se plantó ante él y le mostró como una ofrenda al prisionero, obligándole a alzar el rostro pese a sus denodados esfuerzos por impedirlo—. ¿De dónde has sacado esto, Miguelón...?

El otro hizo un gesto indeterminado señalando hacia la parte alta de la isla:

—Lo encontré durmiendo en la cañada, capitán... —dijo—. El muy estúpido imaginó que yo debía de ser un «muerto-viviente»; un «zombie» haitiano que le enviaba una diosa vudú. Por lo que pude ver, debió de pasarse la noche haciendo sacrificios y brujerías... Creo que está borracho... O loco.

El anciano agitó la cabeza, incrédulo, giró lentamente en torno al cautivo, al igual que éste había hecho una hora antes en torno al negro, y negó luego muy despacio, convencido:

—No. No creo que esté loco... Ya había oído hablar de él...: *la Iguana Oberlus*, el arponero pelirrojo... Estuviste embarcado con el capitán Harrison en el *Old Lady II*, ¿no es cierto? Y antes, con Guyenot en el *Dynastic*... Me contaron cosas de ti... —añadió—. Rebelde, borracho, jugador, pendenciero y asesino... Y medio brujo también, por lo que tengo entendido... Un auténtico hijo del averno, más feo que todos los demonios juntos... —agitó la cabeza de nuevo, convencido—. No estás loco, no... Eres tremendamente astuto, capaz tú solo de amotinar a una tripulación tranquila...

Los hombres, que habían ido dejando su trabajo, se aproximaron curiosos, a observar más de cerca el andrajoso y repelente engendro que había capturado Miguelón, y la mayoría no pudieron evitar fruncir el ceño, asqueados, mientras Oberlus giraba el rostro inclinando la cabeza, en un absurdo e inútil intento de evitar que le mirasen directamente, ya que, de tanto en tanto, su gigantesco captor le aferraba con fuerza la crespá cabellera roja y le obligaba a alzar la cara para que todos le vieran.

El capitán, por su parte, había hecho una larga pausa, prendiendo fuego a su oscura y retorcida cachimba, y concediéndose a sí mismo un tiempo para meditar. Cuando sus cavilaciones parecieron dar el fruto apetecido, mostró dos colmillos amarillentos y carcomidos en lo que pretendía ser una sonrisa sardónica:

—¡Bien, bien...! —señaló mientras le lanzaba directamente una bocanada de humo a la cara—. ¡Veamos...! Tú sabes, como yo, que en esta parte del mundo la hechicería está castigada con la muerte y que, por mi cargo, tengo autoridad suficiente para mandarte ahora mismo a la hoguera... —hizo una larga pausa, regodeándose en el terror que pretendía despertar en su víctima, y continuó en el mismo tono—. Pero teniendo en cuenta que más castigo me parece para ti

condenarte a soportar tu propia presencia, que convertirte en chicharrón, ordeno que te sean aplicados cincuenta latigazos y confiscados todos tus bienes en compensación por las molestias que nos has ocasionado... ¡Contra maestre...! —ordenó dirigiéndose a un hombrecillo escuálido y de expresión maligna—. ¡Ocúpese que se cumpla de inmediato la sentencia...!

Cuando recobró el conocimiento, la luna estaba muy alta y una nube la ocultaba.

Lo habían dejado solo, sobre la arena, y todo su cuerpo parecía arder convertido en una llaga, como si su verdugo se hubiera entretenido en medir cada golpe para que el látigo no dejara ni un solo centímetro de piel sin desollar, de tal modo que advirtió cómo algunos cangrejos habían comenzado ya a corretear sobre su espalda, alimentándose de pedazos de piel y carne desgarrados.

Los espantó, y se arrastró luego como pudo, muy despacio, mordiéndose los labios para no aullar de dolor, para introducirse en el mar, permitir que el agua refrescara un tanto sus incontables heridas y la sal contribuyera a cicatrizarlas.

Tres días y tres noches pasó en la bahía que llevaría desde entonces y para siempre su nombre, incapaz de regresar a su refugio, pese a que, en los mediodías, millones de moscas que proliferaban en torno a las colonias de focas, acudían ansiosas a cebarse en sus pústulas.

Fueron días de auténtico martirio, alternando las horas de inconsciencia y terribles pesadillas, con las de lucidez y sufrimiento insoportable, deseando a cada instante arrojarse al mar definitivamente, para permitir que los tiburones acudieran a poner fin, de una vez por todas, a su larga cadena de desdichas.

Pero fue tan sólo un pensamiento fugitivo; una tentación pronto rechazada, porque, sobre todas las cosas de este mundo, *la Iguana Oberlus* era un ser aferrado a la existencia, un superviviente nato al que parecía animar un indestructible sentimiento de revancha, como si en lo más profundo de su alma mantuviese la secreta esperanza de que, algún día, conseguiría vengarse de Dios y de los hombres, y el Destino le devolvería con creces todo cuanto hasta el momento se había empeñado, tan empecinadamente en arrebatarle.

No quería morir allí, olvidado, humillado y vencido; pavorosamente solo en la última isla del mayor de los océanos; destrozado a latigazos por unos desconocidos tras haber sido sucesivamente destrozado por todos y todo a lo largo de sus « no sabía cuántos malditos años de existencia ».

No. Él, Oberlus, quienquiera que fuese y de dondequiera que proviniese, no se sentía dispuesto a que acabaran con él como con un perro vagabundo, apaleado y roto, sin que nadie jamás recordase que alguna vez había existido y

había sido algo más que una trágica máscara de horror y repulsión.

Él, Oberlus, malherido, sediento y solitario; abandonado en el confin del universo, se enfrentaría al mundo y le reclamaría una parte de cuanto en él había, arrebatándose por la fuerza si es que, como parecía, la fuerza era siempre necesaria.

Al cuarto día inició penosamente la ascensión hacia sus cuevas, comprobando, al pasar, que el *María Alejandra* se había llevado en sus bodegas todas sus frutas y verduras, y su tripulación se había divertido destrozando sus árboles y arrancando de cuajo las matas de sus vides.

No quedaba en la mayor de las cavernas ni una garrafa sana ni una mesa, ni una silla utilizable, y su más preciado tesoro: el ámbar obtenido a base de años de paciente cosecha a la orilla del mar, había desaparecido por completo.

Hasta su mísero jergón había sido desgarrado a cuchilladas, y se dejó caer abatido sobre la hojarasca seca, advirtiendo cómo se adhería a sus mil heridas y permitiendo, por primera vez desde que tenía memoria, que las lágrimas corrieran por su rostro.

Lloró libremente y sin recato, convencido como estaba de que tenía sobradas razones para hacerlo, y no existía —y probablemente no había existido jamás a todo lo largo de la Historia— un ser tan profundamente desdichado sobre la capa de la Tierra.

Incluso Elegbá, la diosa del mal, le había abandonado, y comprendía ahora su error al confiar su suerte a una divinidad protectora de los negros, que nunca vería en él —pelirrojo y blancuzco— más que a uno de los tantos enemigos de su raza.

«Los dioses de los otros no me sirven —se dijo convencido—. Ni sus demonios... Tengo que construir mi propio mundo, y puesto que soy distinto a todos, juro por mi vida —que es lo único que tengo—, que de ahora en adelante no respetaré nada de cuanto los hombres hayan establecido; no obedeceré ley alguna, y no admitiré otro Cielo u otro Infierno que los que yo mismo establezca... Yo estoy a un lado, y los demás, al otro».

Repitió su juramento días más tarde, palabra por palabra frente a un sol que descansaba ya, vencido, sobre la raya del horizonte, y cuando se sintió recuperado y fuerte, bajó a la costa, se apoderó del pesado arpón que nadie había descubierto clavado casi hasta la empuñadura en un montículo de arena, y lo arrojó con fuerza sobre el gran macho de la más cercana familia de focas.

Asombrada por la muerte, atravesada de parte a parte como una naranja por una certera flecha, la pobre bestia dio un salto en el aire y se abatió sobre la roca sin un quejido, golpeando por dos veces con la cola un charco vecino, del que elevó al aire cortinas de agua enrojecida.

Sus hembras y sus crías, ignorantes de la realidad de una muerte inesperada y violenta, se aproximaron curiosas a olfatear la sangre que manaba de su

herida, y ni siquiera se apartaron asustadas cuando el hombre acudió a recuperar su arma.

Para las focas, nacidas en aquellas islas generación tras generación, desde que tal vez miles de años atrás la fuerte corriente fría nacida en los hielos antárticos, había arrojado a las costas del archipiélago a sus más remotos antepasados, la vida no presentaba otros peligros que el de los hambrientos tiburones o las feroces orcas, de las que sabían librarse en el agua gracias a su endiablada velocidad.

Cuando uno de sus viejos machos envejecía, otro más joven acudía de inmediato a disputarle el harén, y cuando el anciano resultaba al fin derrotado, se retiraba arrastrándose penosamente a los acantilados de barlovento, a la espera de una muerte que no tardaría en llegar, quizá como castigo por el abandono de sus fuerzas o su valor.

Era ésa la muerte natural y lógica de un cabeza de familia y rey de manada, pero nunca, desde que los anales de su especie guardaban memoria, se había dado el caso de que allí, en Las Galápagos, un poderoso macho fuerte y saludable cayera abatido de improviso por un largo hierro afilado y unido a un asta de madera.

Tampoco se inmutaron, porque carecían de la noción del miedo, el mal o el «enemigo», cuando el hombre se apoderó de una cría diminuta, apenas algo más que una bola de negro peluche, y alzándola sobre su cabeza, la lanzó con fuerza estampándola con un crujir de huesos contra la más cercana roca, y todo cuanto hicieron fue observarle con aquellos sus ojos redondos y asombrados; ojos en los que casi podía leerse el más absoluto estupor y desconcierto.

Ni un grito, ni una queja, ni un ademán de huida, y tal vez fue esa entrega, y esa absoluta sumisión ante sus deseos de destrucción y venganza, lo que aplacó a Oberlus, que al no encontrar oposición a su acto, pareció recapacitar sobre la inutilidad del mismo, se calmó en el acto y optó por alejarse, renqueante, playa adelante.

Un primer análisis desapasionado de su situación, llevó a *la Iguana Oberlus* al convencimiento de que no podía enfrentarse al mundo y aspirar a vencerlo, desarmado y solo, abandonado en el corazón de una isla vulnerable, rodeado por una cohorte de aves marinas, cuya única auténtica habilidad parecía constituir la capacidad que tenían de cagársele encima en cuanto cruzaba, descuidado, por sus zonas de anidaje.

Y no existían en verdad muchos lugares en los que pudiera sentirse realmente a salvo de tal riesgo, puesto que los albatros gigantes ocupaban las largas pistas centrales desde los acantilados del sur hasta casi las playas del desembarcadero, al norte, mientras los alcatraces de patas azules dominaban los peñascales del oeste, los de patas rojas, los bosquecillos de matojos de las alturas, y los ladrones rabihorcados, los chaparrales bajos.

En las grietas y paredes cortadas a cuchillo depositaban sus huevos cónicos las gaviotas de anteojos, y garzas y zancudas invadían los manglares, permitiendo que pinzones y palomas se desparramaran a gusto por toda la superficie del islote, en buena vecindad con sus innumerables habitantes.

Ilógico resultaba, por tanto, atravesar «su reino» sin que su ancho y raído sombrero sufriera las «gracias» de alguno de sus súbditos alados, pues se daban a menudo días, en especial durante la época de celo, en los que cabría asegurar que no resultaba factible mirar hacia lo alto y descubrir un solo metro cuadrado de cielo libre de aves.

No sería sin duda una lluvia de excrementos lo que le protegiera en un futuro de sus enemigos, y comprendió que necesitaba echar mano a toda su astucia, si aspiraba a encontrar una fórmula con la que enfrentarse algún día al resto de los hombres.

Pasó el tiempo. Dos buques, balleneros probablemente, cruzaron a lo lejos, y un tercero, con todo el aspecto de navío pirata de poca monta, fondeó en la bahía para cargar de iguanas y galápagos sus vacías bodegas. Oberlus buscó refugio en lo más profundo del bosquecillo de cactus, pero comprendió bien pronto que no constituía aquél un escondite seguro y apropiado, y cuando las voces se alejaron y abandonó por fin el lugar, dolorido por las innumerables espinas que le habían flagelado, se hizo el firme propósito de dedicar la mayor parte de su tiempo a

camuflar la más angosta de sus cuevas, de modo que a nadie le fuera dado nunca localizarla.

Se puso a ello con la fe y el ímpetu con que era capaz de enfrentarse a todo y comenzaba a sentirse satisfecho de su labor, cuando una tarde, mientras permanecía sentado en la alta roca contemplando la llegada de los alcatraces gigantes que encaraban decididos el farallón de piedra de barlovento, observó, perplejo, cómo dos «piqueros» parecían nacer de pronto bajo él, volando velozmente como salidos del interior mismo de la piedra, para perseguirse en el aire unos instantes y regresar de nuevo enfilando sin miedo el peligroso acantilado.

Se le antojó incomprensible que no se estrellaran contra la roca para ir a caer, partido el cuello, al fondo del abismo, y cabría pensar que la isla se los había tragado limpiamente para volver a escupirlos, de igual modo, minutos más tarde.

A la mañana siguiente, muy temprano, en cuanto la marea comenzó a retirarse, rodeó la isla, y aprovechando el espacio que dejaba libre la bajamar, costó hasta llegar a colocarse bajo la abrupta pared, en vertical exacta con la gran roca que le servía de atalaya.

Necesitó casi una hora para adivinar, más que confirmar, que bajo un saliente situado a unos diez metros de la cumbre, se abría una cavidad de bordes irregulares, por la que efectivamente entraban y salían, volando con rapidez y absoluta seguridad, familias de «piqueros».

Razonó que, en buena lógica dada la libertad de sus movimientos y las velocidades que alcanzaban en sus idas y venidas, la caverna interior, y pese a su pequeña entrada de no más de dos metros de diámetro, debería de alcanzar notables proporciones, por lo que esa misma tarde buscó descender hasta ella, y aunque le resultó sumamente arriesgado, y a punto estuvo por dos veces de precipitarse al abismo, lo que descubrió le compensó con creces por todos los peligros.

Angosta en un principio, la boca de la cueva se abría sin embargo casi de inmediato a una gigantesca caverna de medio centenar de metros de largo y otros tantos de ancho, alta, seca y acogedora, extrañamente iluminada, con una tonalidad difusa proporcionada por docenas de diminutos agujeros que taladraban la pared de roca, y en los que el entretejido de los nidos de las aves marinas habían constituido, con el paso de los siglos, una especie de extraña, irreal y delicada celosía.

Recorrió despacio su portentoso hallazgo, advirtió que estrechas galerías se adentraban aún más hacia las entrañas de la isla, y descubrió, en el más apartado de los rincones, un pequeño grupo de estalactitas de las que goteaba un agua limpia, de sabor levemente amargo, que se perdía luego en un esponjoso suelo de tierra, guano y destrozadas cáscaras de huevo, pues no cabía duda de que en

aquel lugar habían anidado a través de los siglos millones y millones de aves marinas.

Permaneció largo rato pensativo, observándolo todo con obsesivo detenimiento, y cuando decidió emprender el regreso hasta la cumbre del acantilado, había llegado al convencimiento de que, por primera vez en su vida, la suerte le había acompañado, y contaba, al fin, con un elemento con el que enfrentarse de algún modo al mundo.

Necesitó más de un mes para desalojar a las aves, arrojar al mar sus huevos y sus toneladas de excrementos, y condicionar la cueva, colocando bajo las estalactitas grandes conchas de galápagos, lo que le proporcionaría, con el tiempo, una considerable reserva de agua potable.

Cerró luego aún más la entrada por medio de piedras y rocas, dejando tan sólo un estrecho pasadizo capaz para un solo hombre, y talló escalones en la pared del acantilado, siempre de modo que resultaran invisibles desde lo alto, y únicamente él, que conocía su emplazamiento, pudiera localizarlos al tacto.

Por todo ello, el día en que dio por finalizada su tarea, abrigaba el absoluto convencimiento de que, almacenando alimentos suficientes en su refugio —y para ello contaba con las grandes tortugas que se conservarían vivas durante meses—, ni un millón de hombres rastreando la isla palmo a palmo conseguirían encontrarle.

Ya no se sentía por tanto a merced de piratas y balleneros que invadieran su «reino», sino que, por el contrario, eran ellos los que, a partir de aquel momento, se encontraban por completo en sus manos.

Aguardó paciente.

Cada amanecer trepaba a la cumbre del acantilado y oteaba en todas direcciones atento a la presencia de un navío, e incluso durante el transcurso de la jornada abandonaba por dos veces cuanto estuviera haciendo, y acudía a cerciorarse de que ninguna vela hacía su aparición en el horizonte.

Por fin, nunca supo cuánto tiempo después —pues el tiempo era algo que había dejado de existir para él—, advirtió, satisfecho, cómo un sucio ballenero de gran tonelaje enfilaba rectamente hacia el centro de la diminuta bahía y dejaba caer sus anclas.

Sus luces de situación brillaron durante toda la noche, y faltaba una hora para el amanecer cuando ya Oberlus se encontraba agazapado entre las rocas a menos de veinte metros de distancia del punto en el que, por lógica, atracarían las lanchas, y en el que aún se mantenía medio en pie el tosco refugio que alzara la tripulación del *María Alejandra* y a uno de cuyos postes le habían sujetado para azotarle.

Con la primera claridad se inició movimiento a bordo del pesado navío, que

respondía al sonoro nombre de *Monterrey* y le llegaron, nítidas, las voces que ordenaban lanzar al agua la falúa de popa.

Cinco hombres saltaron a su bordo, y bogaron sin prisas, entre risas y bromas, saludando sonoramente a las primeras focas que asomaron sus curiosas cabezas junto a proa, y las roncadas voces resonaban en el amanecer de un modo mágico, acompañadas por el golpear de los remos contra la borda, el chapoteo del agua y el quejumbroso crujir del destartado casco del desvencijado ballenero.

Ya en tierra, los cinco hombres vararon apenas la lancha sobre la blanda arena, se echaron al hombro barricas de madera, y se apoderaron cada uno de un embudo y un desportillado cazo de latón.

Luego, aún bromeando, empujándose y riendo, se adentraron en la isla, aunque no recorrieron juntos más de un centenar de metros, ya que de pronto se desperdigaron en distintas direcciones.

Oberlus aguardó hasta que no le cupo duda de que se habían alejado definitivamente, para arrastrarse por la arena hacia la lancha, procurando que ésta le ocultara interponiéndose siempre entre él y los que pudieran verle desde el barco.

Cuando llegó a ella se asomó con cuidado al interior, y se apoderó, sin prisas, de un par de anchos cuchillos, un puñado de liñas de pescar, y algunos metros de cadena de ancla.

Regresó con todo ello, igualmente a rastras, y ya protegido por las rocas y los arbustos, se puso en pie, recuperó su pesado arpón, y emprendió una veloz y silenciosa marcha hacia el oeste; hacia la zona más agreste de la isla.

Pronto encontró lo que venía buscando. El hombre, pequeño y moreno, mestizo de india y blanco sin duda alguna, con largo pelo negro, nariz incaica y boca y ojos de europeo, se encontraba inclinado sobre uno de los pequeños aljibes, llenando de agua su barrica con ayuda del cazo y el embudo.

No le había oído llegar, y dio un respingo asustado cuando le vio nacer como caído del cielo, justo a su lado. Abrió la boca para gritar, pero enmudeció aterrorizado al sentir la afilada hoja de un cuchillo sobre su garganta.

—Una voz y te degüello... —le advirtió Oberlus en un tono que no admitía dudas—. Adelanta las manos.

El otro obedeció al instante, mudo aún de pavor, y con precisos movimientos *la Iguana* le ató las manos con la cadena, pasándosela luego, de modo que formara una especie de lazo, por el cuello.

Escondió entre los matorros la barrica, el cazo y el embudo, y dando un brusco tirón, casi arrojó al suelo al espantado hombrecillo, del que no cabría decir si se sentía en verdad más asustado por lo insólito del asalto y la captura, que por la monstruosa fealdad de su raptor.

—¡Vamos...! —ordenó éste—. Y recuerda que si pronuncias una sola palabra, te rebano el gaznate.

Lo arrastró sin miramiento alguno, como si de un animal de carga se tratase, avanzando con paso rápido y nervioso, casi a saltos, de roca en roca y sobre los matojos, haciendo tropezar y caer a su cautivo, al que le resultaba prácticamente imposible, por sus ligaduras, seguir su ritmo.

—¡No te pases de listo...! —masculló mordiendo las palabras cuando advirtió que tardaba en erguirse tras la quinta caída—. Si tratas de engañarme, te muelo las costillas...

Y como para confirmar sus intenciones, le propinó una violenta patada en el trasero, que arrojó de nuevo al desgraciado de cabeza contra una roca, abriéndole una ancha brecha en la frente, de la que, casi al instante, comenzó a manar sangre.

Como si, en lugar de aplacarle, eso le aguijoneara aún más, Oberlus tironeó de la cadena y avivó el paso, arrastrando a su víctima casi a cuatro patas durante un centenar de metros, para adentrarse luego por una profunda cañada que dividía en dos la parte más oriental de la isla.

Cuando al fin se detuvieron ante la boca de una pequeña cueva, amarró con fuerza las piernas de su cautivo, convirtiéndole en una especie de fardo incapaz de realizar por sí mismo un solo gesto, lo amordazó con un jirón de su propia camisa, y le obligó a rodar hasta el fondo de la oquedad, donde quedó tendido boca abajo, como un guiñapo tembloroso.

—Si intentas escapar, vuelvo y te corto en pedazos —fue todo lo que dijo, antes de disimular con rocas y ramas la entrada de la gruta.

Cuando se sintió satisfecho de su tarea, convencido de que nadie conseguiría nunca descubrir el escondite, se alejó a toda prisa, trepó hasta la cumbre del acantilado, y acechó desde allí, oculto entre la maleza, las idas y venidas de los restantes miembros de la tripulación.

Hacia el mediodía, los cuatro hombres, que llevaban largo rato junto a la lancha, comenzaron a inquietarse por la tardanza de su compañero, y al inicio de la tarde se desparramaron por la isla, gritando a pleno pulmón.

Faltaba una hora para el oscurecer cuando se les unieron diez o doce hombres más, que pasaron la noche acampados en la playa en la que encendieron grandes hogueras, intentando sin duda orientar al desaparecido, pero al anochecer del segundo día debieron de perder toda esperanza, convencidos de que había muerto, o tal vez se ocultaba intentando desertar voluntariamente, y con las primeras sombras, el *Monterrey* levó anclas, largó todo su trapo y se alejó, cabeceando, rumbo al Sur.

—¿Cómo te llamas?

—Sebastián.

—¿Sebastián qué?

Se diría que la pregunta le tomaba de sorpresa y tenía que meditarlo, como si no estuviese acostumbrado al hecho de que alguien se interesase por su apellido.

—Sebastián Mendoza... —dijo al fin.

—¿Dónde naciste?

—En Valparaíso.

—Conozco Valparaíso... ¿Cuántos años tienes?

—No lo sé.

—Yo tampoco he sabido nunca los míos... ¿Qué hacías en el barco...?

—Era ayudante del cocinero y camarero del capitán.

—¡Bien...! ¡Muy bien...! Eso está bien... —los labios de Oberlus se distendieron en lo que quería ser una sonrisa que afeaba aún más su rostro—. Aquí serás mi cocinero, mi criado y mi esclavo... ¿Has comprendido...? Mi esclavo.

—Yo soy libre. Nací libre, mis padres eran libres y siempre seré libre...

—Eso sería fuera de esta isla... —fue la respuesta, fría y seca—. Ahora te encuentras aquí, en Hood, la «Isla de Oberlus» como se llama ahora, y donde no existe más ley que la mía.

—¿Te has vuelto loco?

—Si repites eso, te corto un dedo... —le advirtió seriamente—. Y otro, cada vez que hagas o digas algo que no me agrade... —su tono de voz denotaba a las claras que estaba convencido de lo que aseguraba—. Y te cortaré un pie o una mano, si la falta es más grave... Pienso imponer una rígida disciplina, y la impondré a mi modo.

—¿Con qué derecho?

Oberlus le miró como si en verdad le costara trabajo comprender lo que pretendía con semejante pregunta, pero tras cavilar un instante replicó en idéntico tono:

—Con mi propio derecho, que es el único que reconozco... —puntualizó—. Con el derecho que habéis tenido a la hora de humillarme, despreciarme,

ofenderme y apalearme desde que tengo uso de razón... —hizo una corta pausa y le miró fijamente con odio—. Siempre habéis asegurado que soy un monstruo, y tanto lo repetíais, que terminé por esconderme aquí, en esta roca pelada... —tomó aliento fatigado por una larga parrafada a la que no estaba en absoluto acostumbrado—. Pero me cansé de eso... Si soy distinto para vosotros, también lo sois vosotros para mí...

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso...? —protestó el chileno—. ¿Qué culpa tengo de cuanto te ha ocurrido, si no te conocía...?

—La que tenéis todos... ¡Mírame...! —ordenó obligándole a alzar el rostro a base de tomarle bruscamente por el mentón—. Mírame a la cara... Es fea, ¿verdad? Mira esta cicatriz de la mejilla, y esta mancha, roja y peluda... Y mira mi espalda, mis piernas torcidas, y mi mano izquierda inútil, que parece una garra... —sonrió—. Veo que no puedes disimular tu asco... ¡Te repelo...! Pero ¿tengo yo la culpa de haber nacido así? ¿Pedí acaso que me proporcionaran este aspecto...? ¡No! Pero ni uno solo entre vosotros me ha demostrado nunca comprensión, afecto o simpatía... ¡Ni uno solo...! ¿Por qué tengo yo entonces que comportarme de otro modo...? Ahora me toca a mí. Serás mi esclavo, harás cuanto te ordene, y a la menor queja que tenga de ti, seré tan duro, que juro que te arrepentirás de haber nacido... Te encadenaré los pies y trabajarás de sol a sol. Te estaré siempre vigilando aunque tú no me veas, y cuando caiga la noche tendrás que dormir donde quiera que te sorprenda, porque si te descubro moviéndote en la oscuridad, te cortaré los huevos... ¿Está claro?

Sebastián Mendoza perdió dos dedos de la mano izquierda —los mismos que su «amo» tenía atrofiados— antes de llegar al convencimiento de que no podía permitirse el menor error, y tenía que obedecer al instante y sin la menor vacilación, las órdenes que recibía.

Oberlus se los amputó uno tras otro, con un intervalo de unos quince días, sin sadismo, pero sin ningún tipo de vacilación tampoco, colocándoselos sobre una piedra, para cercenarlos de un seguro machetazo, y cauterizar al instante la herida con la hoja de un cuchillo al rojo vivo.

Mendoza se desmayó de dolor en ambas ocasiones, sufrió calenturas y vértigos por dos días, pero al tercero tuvo que ponerse en pie nuevamente dispuesto a trabajar doce horas si no quería arriesgarse a quedar inútil por completo en pocos meses.

El miedo de un principio se convirtió con el tiempo en un terror irrefrenable, acentuado por el hecho de que, a menudo, transcurrían semanas sin distinguir a su captor, pese a que continuamente percibía su amenazante presencia en derredor.

Dónde se ocultaba o cómo se las ingeniaba para trasladarse de un lado a otro

sin delatar su paso pero haciéndole comprender al propio tiempo « que estaba allí », vigilándole, era algo que escapaba a la inteligencia del chileno, pero lo cierto era que *la Iguana Oberlus* se deslizaba como una sombra o un ente invisible, y más de una noche, Sebastián Mendoza despertó sobresaltado, convencido de que le observaba mientras dormía, como si su horrendo enemigo tuviera la propiedad de ver, como los gatos, en las tinieblas.

Intentaba no llorar, sin conseguirlo, y con las primeras sombras, cuando tenía que dejarse caer en cualquier parte, con buen tiempo o con lluvia, con calor o con frío, no conseguía evitar que amargas lágrimas de miedo, soledad e impotencia, corrieran por sus mejillas, sintiéndose más desamparado y solo que el más asustado de los niños.

Transcurrieron así dos largos meses, y ya los últimos albatros gigantes habían abandonado la isla, rumbo al sur, cuando por ese mismo sur hizo su aparición el desplegado y altivo velamen de un navío de alto bordo.

Fue Oberlus el primero en divisarlo desde su atalaya de los acantilados de barlovento, y casi de inmediato acudió en busca de su prisionero, que cavaba la tierra, y enlazándole por el cuello con la cadena, le obligó a seguirle a las alturas sin consentir que se separara de su lado un solo instante.

Juntos observaron cómo el navío enfilaba directamente hacia la isla, dispuesto al parecer a rodearla y buscar el seguro refugio de su ensenada norte, admirándose de la esbelta línea y el espléndido velamen que le confería un elegante aspecto de inmensa gaviota que rozase apenas la superficie de las aguas.

—Es el *Virgen Blanca*... —señaló Mendoza—. Cubre la ruta Valparaíso-Panamá, pero resulta extraño que navegue tan apartado de su rumbo... Tal vez sea por culpa de los piratas... Dicen que el *Flaco Bulois* anda por estas aguas.

—Un día vi su barco, el *Altar Mayor*... —admitió Oberlus—. Fondeó en la ensenada, cargaron tortugas y se emborracharon en la playa... Por lo que pude oír, se dirigían a San Salvador, al norte del archipiélago... Aquella es una isla grande y agreste, con buenos escondites y calas muy cerradas, pero sin gota de agua. Un desierto de roca... —Agitó la cabeza—. No me gusta ese Bulois... Fue antes cura que pirata, y odio a la gente que cambia de ideas de ese modo.

—Canta misas negras sobre el cuerpo desnudo de una puta, haciendo que el coño le sirva de sagrario... Si lo atrapan no le bastará con la horca... Quieren quemarlo vivo.

La Iguana Oberlus se volvió a mirarle fijamente, con aquellos inquietantes ojos suyos que a menudo parecían querer escapar de sus órbitas.

—¿Por qué habrían de quemarlo vivo...? —inquirió roncamente—. Cada cual puede decir misa como quiera, y adorar a quien le venga en gana y como mejor le parezca. ¿Quiénes son los curas o la Inquisición para decidir si un método es mejor o no que otro cualquiera...? Será Dios, si existe, o el Demonio, quienes decidan si nuestra forma de ofrecer sacrificios es grata o no a sus ojos.

Sebastián Mendoza, pobre mestizo chileno, nacido y criado en el justo temor de Dios y la Santa Madre Iglesia impuestos a sangre y fuego por los sacerdotes españoles, contempló a su verdugo, no ya con horror, porque desde el primer momento sentía ante su sola presencia un pánico irrefrenable, sino con auténtico asombro; un estupor difícilmente calificable, puesto que cuanto acababa de escuchar superaba las más inconcebibles herejías de que hubiera oído hablar a todo lo largo de su vida.

Dios, y «Yo el Rey», en ese orden —o a la inversa, pues ese detalle era algo en lo que curas y justicias nunca se mostraban de acuerdo—, constituían desde siempre los pilares básicos sobre los que se asentaba su mundo, y nadie, desde que él tuviera uso de razón, se había atrevido a poner en tela de juicio, en su presencia, la autoridad del uno, o los canales establecidos para adorar o ponerse en comunicación con el otro.

Pena de muerte en ambos casos, por la horca o la hoguera, constituían los castigos finales —tras toda una larga cadena de torturas— para quienes se alzaban, tan sólo de palabra, en contra del orden, y en el contexto de una existencia tan sencilla como la de Sebastián Mendoza, nadie se había arriesgado nunca a la hoguera o la horca por el simple capricho de exteriorizar sus convicciones.

—Te quemarían por eso... —señaló, seguro de lo que decía—. La Inquisición ha achicharrado a muchos por la mitad de lo que has dicho.

—Primero tendrían que atraparame... —le hizo notar—. Y nunca, nadie, volverá a ponerme la mano encima. De eso puedes estar seguro... ¡Vamos! —añadió—. Es hora de esconderte.

El *Virgen Blanca* había virado ya en la punta sudoeste de la isla, y enfilaba la costa de poniente arriando velamen a la busca del seguro refugio de la ensenada norte, y Sebastián Mendoza no tuvo más remedio que seguir a su captor con la sumisión de una vaca conducida al matadero, incapaz del más mínimo además que significara rebeldía, convencido como estaba de que aquel nefando ser decididamente inhumano sería muy capaz de cumplir su promesa y amputarle los dedos que le restaban, a la menor protesta.

Alcanzaron la cueva donde lo ocultó la primera vez, y se repitió la escena, pues Oberlus lo ató y amordazó convirtiéndolo de nuevo en un fardo al que deslizó al fondo, disimulando luego hábilmente la entrada con piedras y ramas.

Armado de su arpón y su largo cuchillo, descendió más tarde hasta la playa, se ocultó entre la maleza, y aguardó, paciente, a que la tripulación del *Virgen Blanca* desembarcara.

Fueron en esta ocasión tres las lanchas botadas, y grande fue su sorpresa y su excitación al distinguir las sombrillas y los multicolores vestidos de dos damas que descendían por la escala. Llegaron a tierra acompañadas por un caballero de noble porte y elegante vestimenta, y pronto, viéndolos pasear al borde del agua,

dedujo que se trataba sin duda de un matrimonio pudiente y de su joven hija, apenas una adolescente de cabellos negrísimos y tez extremadamente pálida.

Tan ensimismado se encontraba en la contemplación de las idas y venidas de las primeras mujeres que veía en muchos años, que a punto estuvo de dejarse sorprender por un grupo de marinos que se adentraban en la isla a hacer aguada, por lo que tuvo que aplastarse en el último momento contra el suelo y contener incluso la respiración, cuando cruzaron a menos de tres metros de su escondite.

Pudo escuchar por ello, con toda claridad, sus soeces comentarios en torno al abultado pecho de la muchacha, y a cuanto podría ocurrirle si sus atentos padres descuidaban un solo instante su vigilancia.

—¡Pero si no tiene más que quince años...! —protestó uno de ellos.

—Es a los quince años cuando se esconde más fuego entre las piernas... —sentenció el más anciano, divertido—. Luego, el tiempo hace que esa hoguera se vaya consumiendo sin remedio.

Un tercero debió de responder algo jocoso que ya Oberlus no pudo captar, aunque sí le llegó con toda claridad la carcajada general que había provocado, y que se perdió luego en la distancia, cuando dejaron atrás el bosquecillo de cactus y se alejaron sin prisas ladera arriba.

Devolvió entonces su atención a las mujeres que habían tomado asiento en una roca y lo observaban todo a su alrededor con indudable curiosidad, mientras escuchaban las disertaciones del caballero, que parecía tratar de explicarles, con sumo lujo de detalles, las peculiaridades de la isla y sus extraños habitantes.

Resultaba patente que las damas se sentían atraídas por lo agreste del paisaje, su fiera belleza y lo insólito de su fauna, y en especial les llamaba poderosamente la atención la presencia de un rabihorcado, que a no más de diez metros de distancia, y ajeno por completo a ellas, inflaba como un inmenso balón su enorme buche de un bellissimo y brillante rojo violento, emitiendo furiosos y desesperados chillidos con los que trataba de atraer la atención de una delicada hembra que sobrevolaba una y otra vez su nido, indecisa en su elección pese a la parentoría llamada de su rendido enamorado.

Oberlus sabía —lo había visto miles de veces— que antes de oscurecer, la hembra bajaría a posarse junto al agotado galán, ya ronco y exhausto, pero resultaba evidente que, para los recién llegados, aquella fascinante danza amorosa que tenía lugar a unos metros apenas de rocas pobladas por cientos de iguanas marinas, focas, o tortugas gigantes, se convertía, realmente, en un espectáculo insólito y fascinante.

La joven, en particular, era la que más hechizada parecía por el misterio y el magnetismo de unas islas cuyo nombre más popularizado por entonces era el de «Las Encantadas», y cuando una enorme iguana de tierra, de erecta cresta y piel moteada de rojo y amarillo, acudió a olfatear el borde de su enagua con la pasividad de un perrillo faldero, se inclinó a acariciarle suavemente la cabeza,

con tanta naturalidad como si estuviera jugando con un conejo de su jardín.

Iba cayendo la tarde mientras las barcas continuaban con su trajín del barco a tierra, y pronto resultó patente que la marinería se afanaba por alzar un campamento, mientras otros grupos de pasajeros —dos curas, un militar y cuatro o cinco caballeros de aspecto igualmente acomodado— desembarcaban sucesivamente, desparramándose por la isla, dedicados unos a sus rezos, otros a curiosear flora y fauna, y dos de ellos a bañarse desnudos en un alejado rincón de la ensenada.

Más tarde, tres hombres se introdujeron en el mar con el agua a media pierna, dedicados a la tarea de extraer de debajo de las piedras enormes langostas que arrojaban directamente a una hoguera que habían encendido en un hueco de la arena. Los crustáceos saltaban y se retorcían antes de quedar inmóviles en el fondo, y cuando hubieron reunido, en menos de media hora, casi un centenar, las cubrieron de nuevo con arena, permitiendo que los rescoldos concluyesen la labor iniciada por el fuego.

Desembarcó el capitán, un gordo de aspecto glotón y divertido, tañó por tres veces la campana del navío, Y pasajeros y oficiales se acomodaron en torno a una tosca mesa, a consumir las langostas directamente desenterradas ante ellos, a las que siguieron, poco más tarde, abundantes raciones de jugosa carne de galápago asada al fuego de carbón.

La noche se extendía velozmente sobre la isla, con lo que voces y risas parecieron cobrar una nueva dimensión, tanto más, cuanto que aquel lejano rincón del mundo, el más inhóspito, perdido y dejado de la mano del Creador y la memoria de los hombres, jamás había sido testigo, anteriormente, de semejante alboroto.

Las familias de lobos marinos, a la orilla del agua, las negras iguanas, apiñadas en su roca, o los cientos de miles de aves posadas en los arbustos, parecían como hipnotizadas por el fulgor de las hogueras, el entrechocar de los vasos, las sonoras y espontáneas carcajadas, o el retumbar de la voz, gruesa y jovial, del orondo capitán.

Y Oberlus, agazapado en su escondite, con los ojos muy abiertos y el oído atento, no perdía detalle de la fiesta, aunque su interés parecía casi absolutamente acaparado por la joven pasajera sentada justo frente a él, apenas a una docena de pasos de distancia ahora, de tal modo que podría creerse que, a veces, cuando se detenía a escuchar a uno de sus interlocutores, le estuviera mirando directamente a la cara —viéndole—, aunque resultaba evidente que se encontraba más allá de la línea de luz de las hogueras.

Y a veces, cuando ella rompía a reír de súbito, feliz y divertida Oberlus experimentaba la sensación de que esa risa le estaba especialmente dedicada, como si se tratara de una provocación a su curiosidad y un intento de obligarle a abandonar su refugio de alimaña en las sombras, decidiéndole a mostrar a la luz

su rostro repugnante y deforme.

El capitán ordenó destapar un barril de cerveza y otro de ron para la marinería, mientras los pasajeros paladeaban un oscuro licor encerrado en hermosas botellas de vidrio tallado, lo que dio como fruto que, al poco rato, la alegría se hiciera aún más contagiosa, y un contraмаestre extrajera de su funda una vieja guitarra entonando, con profunda voz de bajo, una antigua canción española.

Se le sumó pronto la marinería, se unieron luego los pasajeros —incluidos un cura y el militar— y por último, capitán, caballero y damas, corearon a voz en cuello la nostálgica melodía, que hacía referencia a una tierra que había quedado muy, muy lejos, y a la que probablemente nunca regresarían.

Para Oberlus, acomodado cada vez más cerca, entre piedras y matojos, tales evocaciones sentimentales carecían de valor, ya que jamás tuvo noticia de cuál era su patria de origen, ni qué significado podían tener las añoranzas, pero, pese a ello, experimentó algo muy parecido a un estremecimiento en un momento dado, estremecimiento motivado, quizá, más por el hecho de no poder formar parte de una comunidad como aquella, que por la intensidad de sus recuerdos.

Por más que se remontase a los años pretéritos, no tenía memoria de un solo día en que le hubieran permitido sumarse a una de aquellas manifestaciones de alegría y diversión, y ni en las tabernas, los prostíbulos, o las noches de calma a bordo, se consideró nunca integrado de alguna forma a un grupo humano, puesto que se podía afirmar que su presencia enfriaba los más caldeados ánimos, incomodaba a todos, y concluía, sin explicación lógica alguna, con la espontaneidad de las risas y el entusiasmo de las voces.

Y es que existía algo en Oberlus más inquietante aún que su repelente e indescriptible fealdad. Algo helado, amenazante y sobrecogedor, como un efluvio o una fuerza magnética de signo negativo que desasosegaba, hasta el punto de que había llegado a asegurarse de « que era capaz de marchitar una planta tan sólo de tocarla ».

De dónde emanaba tan nefasto poder y semejante capacidad de repulsión, nadie sabía decirlo, pero era, sin lugar a dudas, mucho más una fuerza que le rodeaba como un halo o un muro de cristal, que un simple rechazo estético.

Se había hecho un silencio en el que los presentes parecían tratar de tomar nuevos alientos tras la estentórea canción y las risas y charlas que siguieron, y fue entonces cuando el capitán suplicó a la joven pasajera que cantara ella sola, ya que había podido comprobar durante la travesía, que sabía hacerlo con gusto y buena voz.

Trató de resistirse en un principio la muchacha, pero desde la penumbra el contraмаestre rasgó su guitarra extrayendo los primeros compases de una tonadilla típicamente criolla, y eso pareció decidirla, por lo que se puso en pie, hizo un gesto de asentimiento a su espontáneo acompañante y comenzó a cantar

de un modo grave y profundamente personal, en cierto modo impropio de su juventud y su aparente fragilidad.

Fue sin duda un momento mágico para los presentes, pero lo fue en especial para el hombre que acechaba desde la oscuridad, y que permaneció muy quieto, conteniendo el aliento y con el vello erizado, puesto que era la primera vez que conseguía asistir, aunque fuera desde las tinieblas, a una escena tan sencilla como aquella, en la que una mujer normal —no una sucia prostituta de taberna de puerto— cantaba, con gracia y sentimiento, para un pequeño grupo de amigos.

La canción, como parecía obligado y lógico suponer, hablaba de un amor desgraciado, de un marinero que buscaba fortuna en otros mares, y de una hermosa niña que sufría en silencio su larga ausencia, sin perder la esperanza ni aun cuando le aseguraban que el navío de su amado había desaparecido en el océano tragado por las olas. Cada mañana, la niña bajaba a la playa a suplicarle a ese océano que le devolviera a su novio, y por fin sus lágrimas rendían al mar, que lo libraba de la lejana isla donde lo tenía prisionero.

La Iguana Oberlus se sorprendió entonces a sí mismo llorando amargamente, pero más le sorprendió advertir cómo de improviso la muchacha enmudecía, se estremecía como si un escalofrío le hubiera recorrido el cuerpo de punta a punta, y mirando con fijeza hacia el lugar en que él se encontraba, exclamaba ante la sorpresa general:

—Alguien nos está mirando.

Se volvieron todos al unisono, no distinguieron más que las tinieblas, y el anciano caballero, su padre, replicó molesto:

—¡Oh, vamos...! No empieces con tus tonterías... Sólo son los pájaros y las tortugas... La isla está deshabitada.

Ella tardó en responder, arrebuñándose, como en un gesto de protección, con el oscuro chal que había mantenido hasta ese momento suelto sobre los hombros:

—Dormiré a bordo... —replicó al fin con un leve temblor en la voz—. No quiero pasar la noche en tierra.

Sin más, echó a andar hacia la orilla y se detuvo, muy erguida, junto a uno de los botes. Los comensales se miraron, incómodos y embarazados, y al fin su madre se puso a su vez en pie y comentó:

—Tal vez tenga razón, y sea mejor que las mujeres durmamos en el barco. Estaremos más cómodas, y también los caballeros se sentirán más a gusto a solas.

Consultó con una mirada a su esposo, éste hizo un gesto de asentimiento, y al instante cinco marinos acudieron presurosos a botar al agua la lancha en la que ya se acomodaban madre e hija.

Cuando la embarcación se hubo perdido en las tinieblas, rumbo a las luces del *Virgen Blanca*, el obeso capitán se volvió al caballero y sonrió afablemente.

—No debe recriminarle su actitud... —dijo—. Tanto animal extraño y

monstruoso impresiona a cualquiera; en especial, a una muchacha tan joven y delicada.

—Pero la eduqué para que supiera hacer frente con valentía a los difíciles tiempos que nos ha tocado vivir... Su actitud de hoy, me decepciona... ¡Imaginar que alguien la mira desde las tinieblas...!

—A mí no me sorprende... —intervino desde su rincón el contraamaestre de la guitarra—. Hemos encontrado huellas recientes en las cañadas y barrancos del extremo oeste.

—Serían de alguien que, como nosotros, buscaba agua o tortugas...

—También encontramos bancales cultivados y algunos frutales... —Hizo una pausa—. Y alguien me contó en alguna parte, que en una de estas islas vivió en un tiempo, y tal vez aún continúe viviendo, un horrendo arponero amotinado.

—¡Leyendas...!

—Las leyendas, señor... —fue la calmosa respuesta—, a menudo suelen tener por estas regiones del planeta alguna base cierta.

Casi inconscientemente, los ojos se volvieron hacia la isla, en un vano intento de taladrar la oscuridad.

Nada vieron, pero *la Iguana Oberlus* los estaba viendo a todos.

El *Moskenesoy*, un moderno ballenero noruego de alto bordo y tres hermosos mástiles, recaló una tarde en busca de galápagos con que surtir su despensa para una larga travesía. Había iniciado su viaje dos años atrás, y aún navegaría otro más antes de emprender regreso a Bergen, con las bodegas atestadas de un aceite que haría aún más ricos a sus armadores y a su borracho capitán.

La reconocida afición al ron de dicho capitán, había dado como fruto en aquellos dos años el relajamiento total de la disciplina a bordo, hasta el punto de que, cuando a los tres días de la partida de la isla de Hood, alguien advirtió por primera vez la ausencia de Knut, un gaviero algo retrasado mental, la conclusión lógica fue que, probablemente, había caído de noche al mar, con lo que se dio por zanjado el asunto.

El capitán pasó a su cuenta el salario que debería haber abonado al perdido gaviero en la siguiente escala, y nadie dedicó jamás un simple recuerdo al pobre tonto.

Éste, por su parte, ni siquiera hubiera sido capaz de explicar en noruego —el único idioma que hablaba— qué era lo que en realidad le había sucedido, porque acababa de voltear trabajosamente una pesada tortuga terrestre, y se disponía a ir en busca de sus compañeros para que le ayudaran a cargarla, cuando sintió un fuerte golpe en la cabeza, todo se oscureció a su alrededor y cuando recobró el conocimiento fue para encontrarse encadenado junto a un mestizo que se hallaba en sus mismas condiciones frente al ser más horrendo y sobrecogedor que hubiese visto ni aun en sus peores pesadillas.

Todo intento de comunicación resultó desde un principio inútil, pero la rapidez con que el «monstruo» se enfurecía, y el terror sin límites que el mestizo demostraba, hicieron comprender, incluso a su débil mente acostumbrada desde siempre a recibir órdenes, que no era desde luego aquel ni el lugar ni el momento de comenzar a cambiar de actitud, y aceptó sumiso cuantos esfuerzos le exigieron.

A partir de entonces, y en una especie de acuerdo tácito que no necesitaba mayor explicación, Sebastián Mendoza se convirtió en su capataz y maestro, y el noruego Knut se acostumbró a seguirle como un perro fiel, haciendo cuanto el otro le indicaba, y repitiendo, como un loro sin gracia, todas sus palabras.

Miraba a su alrededor, de reojo, cuando el otro lo hacía buscando a Oberlus, se sentaba a comer cuando Sebastián comía, y a la caída de la noche se dejaba caer, como el chileno, dondequiera que se encontrase, permaneciendo inmóvil y en silencio, atemorizado, hasta que el sueño le vencía durante las doce horas que duraba la oscuridad en aquellas latitudes ecuatoriales.

Con el paso del tiempo, Mendoza y él se hicieron cómplices, aunque dicha complicidad se limitaba a compartir sus miedos y sus penalidades, incapaces de concebir un plan que les permitiese sacudir el yugo de la esclavitud.

Mientras tanto, la *Iguana* les vigilaba. No sabían cuándo, ni de qué modo, pero aunque en ocasiones transcurrieran dos o tres días sin distinguírle por parte alguna, como si en realidad se lo hubiera tragado la tierra, el súbito grito de un pájaro, el rumor de unas ramas al moverse, o la presencia de una huella fresca en el sendero, les recordaba que seguía allí, siempre en derredor.

A Oberlus le gustaba ese juego, y le gustaba retirarse luego a su refugio, en la cueva del acantilado, que había ido acondicionando hasta convertir en un lugar sumamente agradable, lo más parecido a un «hogar» que había tenido nunca, sabiendo que allí fuera, dos hombres trabajaban para él y vivían en una constante tensión, vencidos por el miedo.

Se sentía poderoso. Por primera vez alguien era aún menos que él, y ésa era una sensación nueva y maravillosa, porque nunca había tenido ocasión de ordenar a nadie que hiciera nada, y ahora lo hacía, y además le obedecían.

Y era algo grande en verdad deslizarse por los vericuetos de la isla, que tan bien conocía, y acechar oculto los movimientos de sus «esclavos», captar la magnitud de su miedo, y avivarlo con pequeños detalles que les desasosegaban, manteniéndolos en un constante estado de ansiedad. En esos momentos se sentía como un dios que todo lo viera sin que los demás pudieran saber nunca, exactamente, dónde se encontraba y qué era lo que hacía.

Lo que ahora experimentaba, era lo que debía de sentir el capitán del *Old Lady II* cuando, tras las celosías de la ventana de su camarote, en el castillo de popa, observaba las idas y venidas de la tripulación, sin que ni siquiera el segundo de a bordo pudiera adivinar nunca si los estaba acechando o roncaba a pierna suelta en su litera.

Luego, en la noche, cuando impartía sus órdenes, el ladino capitán establecía castigos y recompensas, y de ese modo obtenía de sus hombres mayor rendimiento que cualquiera de sus colegas, porque esa vigilancia invisible llegaba a convertirse en una obsesión para la marinería, que jamás se atrevía a remolonear a la hora del trabajo.

Ahora él, Oberlus, era el capitán, el armador, y el dueño absoluto de aquella isla que un día, cuando su ejército de esclavos hubiese aumentado en número suficiente, declarararía independiente, pues no comprendía por qué tenía que aceptar la autoridad del rey de España, cuando, probablemente, dicho rey —

quienquiera que fuese— ni siquiera tenía noción de la existencia de aquel perdido islote.

Pero eso aún estaba muy lejos y lo sabía. Necesitaba hombres y armas, así como una gran astucia, para convertir aquel desolado peñasco cagado por las aves, en un refugio inexpugnable; un bastión como lo fuera en su día la isla de La Tortuga, que supo rechazar las flotas más poderosas.

Luego, contemplaba sus armas: un viejo arpón de ballenero y dos mohosos cuchillos, y comprendía que estaba soñando con los ojos abiertos. El camino era muy largo, y el haber capturado dos tristes rehenes no significaba que su suerte hubiera cambiado para siempre.

La suerte de *la Iguana Oberlus* comenzó a cambiar una noche de octubre, cuando un viento furioso encrespó las olas, aulló estremecedor, y arrojó contra los acantilados de barlovento, casi a los pies de la entrada de su cueva, cien metros más abajo, a la fragata *Madeleine*, que regresaba a Marsella por la ruta del oeste tras una larga estancia en China y Japón.

El capitán del *Madeleine*, que había realizado el viaje de ida bordeando el Cabo de Buena Esperanza, se ahogó esa noche sin llegar a entender cómo era posible que se hubiera estrellado contra una pared de piedra, cuando, según sus cálculos, faltaban por lo menos dos semanas para avistar las costas de Perú. En su «derrotero» comprado a precio de oro a un piloto español renegado, no figuraba en parte alguna que allí, sobre la raya misma del ecuador y a setecientas millas de Tierra Firme, se alzara ninguna isla.

Pero fue así como, al amanecer, calmó el viento y las olas dejaron de batir con fuerza contra el muro de piedra, Oberlus distinguió el partido casco que descansaba sobre la cornisa de roca, los cadáveres que flotaban y los sacos de té que arrastraba la corriente mar afuera.

Tres hombres exhaustos y malheridos, habían conseguido a duras penas ganar la costa, y aparecían tumbados boca abajo, inconscientes y sangrantes, sobre una minúscula playa de piedras. Cuando, tras la trágica odisea que acababan de vivir y en la que habían estado a punto de perecer, viendo además cómo se ahogaban sus restantes compañeros, consiguieron al fin abrir los ojos, fue para descubrir, horrorizados, que habían sido fuertemente maniatados y se encontraban en poder del más abominable y repugnante de los seres humanos.

Uno de ellos, mayordomo de a bordo, no tuvo siquiera oportunidad de comprender qué era lo que le había sucedido, porque expiró allí mismo a causa de la pérdida de sangre, pero los dos restantes fueron conducidos por la fuerza a lugar seguro. Más tarde, Oberlus fue en busca de Sebastián Mendoza y el noruego Knut, a los que obligó a desembarcar cuanto pudiera serle de utilidad de los restos del naufragado *Madeleine*.

En la camareta del capitán había encontrado dos pistolas y buena cantidad de pólvora y municiones, y eso constituyó, sin duda, el mayor tesoro que hubiera poseído a lo largo de su vida, mucho mayor para él, desde luego, que el pequeño

cofre repleto de perlas y pesados doblones que descubrió empotrado en un mamparo, detrás de un mapa de Francia.

Hizo que sus «esclavos» trasladaran los sacos de té, las sedas y los útiles de a bordo a una de las cuevas grandes de la cañada, y los días sucesivos les obligó a desarmar pieza por pieza los restos de la maltrecha nave, sacando a tierra los trozos que pudieran serle de utilidad y permitiendo que el mar se llevara lo demás.

Una semana más tarde nadie hubiera podido imaginar que en aquel lugar hubiera naufragado algún día una hermosa fragata, y que sus dos únicos supervivientes hubieran pasado a convertirse en esclavos encadenados que vagaban por la isla con prohibición absoluta de aproximarse a menos de trescientos metros, del noruego o el chileno.

Oberlus se mostró muy estricto a ese respecto. Reunió a los cuatro, mostró sus pesadas pistolas aclarando desde el primer momento quién era el único dueño de la fuerza en aquella isla, y sentenció en un tono que no permitía apelación alguna:

—Si os sorprendo juntos, echaré a suertes, mataré a uno, y a los restantes les cortaré dos dedos... ¡Tú...! Enseña a los franceses los que te faltan... —aguardó a que Mendoza alzara la mano mostrando sus falanges amputadas, y añadió en el mismo tono—: Yo nunca amenazo en balde. Y nunca dejo de cumplir lo que prometo... El que me obedezca vivirá en paz; el que se crea demasiado listo, se arrepentirá de haber nacido.

Aguardó a que uno de los franceses, que hablaba castellano, tradujera sus palabras a su compañero, y luego marcó una imaginaria línea que iba, de la alta roca que le servía de atalaya, al centro exacto de la bahía del norte:

—Ésa es la frontera que no podéis cruzar, ni los franceses a un lado, ni vosotros al otro... El que se arriesgue, pierde la vida... —mostró luego la campana del *Madeleine*, que había colgado de la rama de un arbusto—. Cuando la haga sonar os quiero aquí de inmediato... —añadió—. Y al que llegue el último, le daré diez latigazos... ¿Queda claro?

—Lo que está haciendo es raptó y piratería... —le hizo notar Dominique Lassá, el francés que hablaba español—. Y eso, según las leyes del mar, está castigado con la horca...

Su raptor no pudo evitar una divertida sonrisa:

—¿Y quién me va a ahorcar...? ¿Tú por casualidad...? Las leyes del mar no rigen aquí. Aquí únicamente cuenta la ley de Oberlus, y lo que yo diga está bien, y lo que opine cualquier otro, está mal... ¿Quieres que te lo demuestre...?

El interpelado lanzó una ojeada a los muñones de Sebastián Mendoza, y negó con un gesto mientras Oberlus asentía satisfecho por su actitud:

—¡Eso está mejor...! —exclamó—. Los franceses tenéis fama de buenos cocineros... ¿Tú lo eres...?

Lassá señaló a su compañero:

—Él es mejor.

—Bien... En ese caso, dile que se ocupará de la cocina, tú le abastecerás de carne y pesca, Sebastián cuidará de los bancales de cultivo y los aljibes, y el tonto noruego le ayudará en lo que necesite y recogerá lo que el mar arroje a tierra... —señaló al segundo francés—. ¿Cómo se llama?

—Georges... —replicó Dominique Lassá.

—De acuerdo... —puntualizó *la Iguana Oberlus*—. Dile a tu amigo Georges que le haré probar cuanto pretenda hacerme comer para que no se le ocurra tratar de envenenarme... Y no creo que haga falta que os aclare que cualquier tipo de atentado contra mi persona será castigado, de inmediato, con la muerte... —hizo un gesto de despedida—. Y ahora marchaos... ¡A trabajar...!

Permitió que se alejaran apenas doscientos metros, y, alzando la mano, tomó la cuerda de la campana y la hizo repicar con insistencia.

Trpezando y cayendo a causa de las cortas cadenas que unían sus pies, los cuatro hombres acudieron a toda prisa en una tragicómica carrera en la que saltaban con los pies juntos e incluso gateaban, y Oberlus tomó uno de los látigos que había salvado de la fragata y señaló al noruego que había sido el último en llegar.

—¡Túmbate en el suelo...! —ordenó con un gesto autoritario que el otro comprendió de inmediato—. ¡Rápido...!

Le descargó los diez latigazos prometidos, e indicó a Mendoza que le ayudara a ponerse en pie:

—La próxima vez daré más fuerte... —señaló—. Puedo azotar muy fuerte cuando me lo propongo... Lo de hoy no ha sido más que una advertencia... ¡Fuera...!

Caibzajos y silenciosos, rumiando su miedo, su dolor y su ira, los cuatro hombres se alejaron en direcciones opuestas.

La Iguana Oberlus los observó mientras se perdían entre los arbustos, sacó una vieja cachimba renegrida, probable regalo de su esposa a un difunto tripulante del *Madeleine*, y la encendió muy despacio exhalando, satisfecho, una espesa nube de humo.

Era el amo.

El amo absoluto, y lo sabía.

—¿Qué haces?

Había surgido de improviso a su lado, naciendo, como siempre, de la nada y en absoluto silencio, como una sombra sin cuerpo, y Dominique Lassá dio un respingo aterrorizado.

—Estoy escribiendo.

—¿Sabes escribir...? —se sorprendió *la Iguana*.

—Si no supiera, no escribiría... —fue la lógica respuesta—. Yo llevaba el Diario de a bordo del barco.

—Eso lo hace siempre el capitán... Son los capitanes los que saben escribir.

—El capitán prefería que lo hiciera yo, porque mi letra era mejor que la suya...

—¿Es ése el Diario de a bordo?

—No. Es mi propio diario... Lo encontré entre las cosas que el noruego y Sebastián bajaron a tierra... Algunas páginas se han mojado, pero aún sirve.

Oberlus extendió la mano, tomó el libro, grueso y pesado, encuadernado en una sobada piel oscura, y lo hizo girar entre sus manos abriéndolo, estudiando la letra menuda y de perfecta caligrafía, y las páginas que quedaban en blanco.

—No sé leer... —admitió al fin devolviéndoselo—. Nadie quiso enseñarme nunca.

El otro no respondió, cerró el pesado libro colocándolo a sus espaldas, como si se tratara de un preciado tesoro que pudieran arrebatarle, y observó, tratando de vencer su repulsión, al hombre que se había sentado frente a él, y que contemplaba ausente el mar que se extendía, indescriptiblemente tranquilo, de color plomizo, como un bruñido espejo sin la más leve mancha, hasta perderse de vista en la distancia.

—Tampoco me hubiera servido de nada saber leer... —comentó Oberlus al cabo de un largo rato—. De nada... Aunque me hubiera convertido en el hombre más sabio del mundo, seguiría teniendo este mismo rostro, y todos me hubieran rechazado de igual modo... —le miró de frente—. ¿Para qué sirve leer?

—Para comprender lo que otros han escrito... —replicó el francés con naturalidad—. A veces, cuando nos sentimos solos tristes o casi desesperados, lo que nos cuenten otros puede tranquilizarnos... Saber cómo sufrieron experiencias

semejantes, y de qué modo les hicieron frente, ayuda...

La Iguana Oberlus meditó unos instantes y negó convencido:

—No en mi caso... —replicó por último—. No creo que nadie haya pasado antes por cuanto yo he pasado y tuviera ánimos para contarlo.

—¿Cómo puede estar tan seguro...? —inquirió Dominique—. Nadie puede estar seguro de algo así, porque nadie ha leído todos los libros que se han escrito.

—Lo sé, porque lo que yo siento... lo que me habéis hecho sentir a lo largo de estos años —toda una vida—, nadie puede haberlo expresado en modo alguno... —agitó la cabeza con gesto pesimista, buscó la cachimba, y frotó el pedernal para encenderla—. Se empeñaron en convencerme de que por haber nacido deformado era un auténtico «hijo del Averno», y acabaron convenciéndome... ¿Pero dónde está mi padre, el demonio...? Nunca acudió en mi ayuda, y todas las maldades que se supone que debía enseñarme, las fui aprendiendo poco a poco porque los demás me las hacían... Si yo no soy capaz de expresar, ni simplemente hablando, lo que he sufrido, ¿cómo puede nadie expresarlo escribiendo?

No obtuvo respuesta porque el francés se sentía incapaz de comportarse con naturalidad ante la presencia de aquel espantoso ser, al que odiaba ya como no había odiado a nadie desde que guardaba memoria, y que le repugnaba como si un vaho fétido escapara por cada uno de los poros de su cuerpo. No le resultaba ni siquiera factible tratar de captar el hilo de sus pensamientos, ni comprender a través de qué larga cadena de padecimientos había llegado hasta aquel lugar y aquel punto. En cierto modo, y por el simple hecho de mirarle y advertir su repelente fealdad, resultaba natural y lógico aceptar que la humanidad se hubiera comportado con él con la crueldad con que lo había hecho.

Oberlus había permanecido también en silencio, contemplando el mar, inmerso en sus propios pensamientos, y al cabo de un largo rato fijó la vista en la pluma de cormorán que había quedado sobre la piedra, junto al tosco tintero que no era otra cosa que un viejo cazo de latón, y comentó secamente:

—Enséñame a escribir.

—¿Cómo ha dicho...? —se asombró Lassá.

—Lo has oído: que me enseñes a escribir... —tomó la pluma y jugueteó con ella—. Sé que puedo aprender, y me servirá para contarle al mundo lo que me hizo y por qué le declaré la guerra... —sonrió divertido—. Al fin y al cabo, si voy a convertirme en Rey de Hood, justo es que, como Rey, sepa escribir.

—¿Tiene idea de lo que hacen los españoles con quienes pretenden coronarse rey de alguno de sus dominios...? Les arrancan la lengua y los ojos, les dan a beber plomo derretido, y si aún son capaces de mantenerse con vida, hacen que cuatro caballos los descuarticen...

—Me parece muy justo —admitió Oberlus con tranquilidad, y se diría que en verdad le parecía la cosa más natural del mundo—. Si no fuera por temor a tales

castigos, cualquier cobarde se atrevería a alzarse... —hizo una pausa—. Los rebeldes debemos saber contra qué nos rebelamos y a qué nos exponemos, porque, de lo contrario, esa rebeldía no tendría mérito... —mostró la pistola que descansaba sobre su regazo—. Yo sé que, en cuanto descuide mi vigilancia, acabaréis conmigo de la peor manera posible, pero acepto ese riesgo, pese a que me hubiera resultado mucho más sencillo continuar viviendo en paz, aquí escondido para siempre.

—¿Luego le consta que lo que está haciendo es malo...?

—Malo, no... Distinto... —replicó Oberlus—. Al fin y al cabo, ¿en qué se diferencia mi postura de la de cualquier rey...? ¿No descuartizan a quien se les opone? ¿No quema la Inquisición a quienes no ven a Dios como ellos pretenden que se le vea...? ¿No está plenamente aceptado esclavizar a los negros por el simple hecho de que su piel es distinta a la nuestra...? La Ley lo admite, y si se ahorcara a todos los propietarios de esclavos, pocos nobles quedarían con vida... Tú eres distinto a mí, no por el color de tu piel, sino por el hecho de que yo soy distinto a todos... —se encogió de hombros—. Por esa única razón, tengo tanto derecho como cualquier estúpido noble a esclavizar a quien no sea igual a mí... —trató de sonreír con aquella mueca que le hacía más espantoso aún si es que ello era posible—. Únicamente respetaré a mi igual, a aquel que sea tan monstruoso, deforme y desgraciado como yo...

Alzó las manos en un ademán que no quería decir nada pero quizá significaba mucho.

—Se me antoja una postura consecuente para los tiempos en que vivimos, ¿no te parece...?

Dominique Lassá, nacido en Sete, educado en Marsella y en París, segundón de una antigua familia, y que había elegido el mar como válvula de escape a su sed de aventuras y sus ansias de conocer el mundo y a sus gentes, no supo, o no quiso, buscar argumentos que enfrentar a lo que consideraba peregrinas teorías de su captor. Había corrido mucho; había conocido muy diversos pueblos y muy distintas idiosincrasias y regresaba de un largo periplo por Oriente, donde su contacto con chinos y japoneses había constituido una de las más intensas e interesantes experiencias de su vida. Aun tan alejados como se encontraban de su forma de ser y pensar, admitía con ciertas reservas el fatalismo de los orientales y la indiferencia con que se enfrentaban a su destino o a la muerte. Podía comprenderlos, pese a que su concepto del honor, sus relaciones con las mujeres y los niños, su culto a los ancianos, o su bárbara sed de sangre a la hora de la guerra, le desconcertaran.

Pero el hombre que se encontraba sentado frente a él, *la Iguana Oberlus*, constituía un hecho aislado, un ser único —único e irrepetible—, y se negaba a aceptarlo. Por lógica no debería existir ni formar parte de la especie humana, y en caso de ser considerado como lo que en realidad era: un trágico error, su lugar

tan sólo podía estar allí, en aquel islote abandonado, oculto a la mirada del resto de los hombres.

¿Cómo podía semejante error, del que apenas cabía esperar que fuera capaz de emitir media docena de palabras inteligibles, aspirar a enfrentarse a cuantos no fueran tan monstruosos como él, osando convertirse en soberano de un solo metro cuadrado de tierra?

Representaría desde luego un magnífico papel como tiranuelo de una roca, gobernando cómicamente sobre iguanas, tortugas y cientos de miles de cagonas aves marinas, pero resultaba en verdad risible que pretendiera aspirar a más nobles empresas, en especial si en tales empresas se hallaban involucrados auténticos representantes de la especie humana.

—Si todos aquellos que, por algún motivo, se consideraban en cierto modo diferentes, pretendieran imponer su ley a quienes no son o no piensan como ellos, el mundo se volvería un infierno... —dijo al fin.

—El mundo es un infierno... —fue la respuesta—. Al menos, lo ha sido para mí, y no veo por qué no debo contribuir a que continúe siéndolo, si eso me beneficia... ¿Me enseñarás a escribir...?

—No creo que sepa hacerlo.

La amenaza llegó seca e inapelable:

—Si dentro de un mes no sé escribir, te cortaré una mano —aseguró la Iguana Oberlus, y el francés tuvo la absoluta certeza de que lo haría.

Al final de la primera semana, Oberlus se sentía capaz de distinguir las letras y dibujarlas con ayuda de un palo en la arena de la playa, donde las olas acudían luego a borrarlas mansamente.

Constituía en verdad un espectáculo insólito, y en cierto modo enternecedor, si no se hubiese tratado de un ser tan profundamente repelente, arrodillado allí durante horas, marcando palotes con infinita paciencia o trazando toscas letras que repetía en voz alta como un párvulo concentrado en las explicaciones de Dominique Lassá.

Éste —convencido como estaba de que su captor era muy capaz de cumplir su promesa y cortarle una mano si no le enseñaba a leer— se esforzaba en su tarea de improvisado maestro, ya que, de ese modo, se libraba al propio tiempo de labores más duras en el trabajo diario de la isla.

Habían elegido de mutuo acuerdo el español para comunicarse, ya que era el idioma que, en conjunto, ambos dominaban mejor, y era también la lengua en que aparecían escritos la mayoría de los libros que habían recuperado de la biblioteca del *Madeleine*.

Por aquellos tiempos, la mayoría de los oficiales de grandes navíos estudiaban continuamente el español, ya que les resultaba de todo punto imprescindible a la hora de tener un mejor conocimiento de las tierras o las rutas de navegación del Nuevo Mundo.

El Cuaderno de Bitácora de una nave española o un Diario Personal o «derrotero» en el que se hubiesen apuntado con exactitud, vientos, corrientes, puertos abrigados, o escollos y peligros en las rutas de las Indias Occidentales y los periplos de circunnavegación del Globo, constituían a los ojos de los armadores y capitanes extranjeros auténticos tesoros de un valor incalculable dado que no existían mapas o cartas marinas en las que confiar plenamente.

Durante siglos, la profesión de «Ladrón de Derroteros», o espía de rutas secretas de navegación, constituyó un próspero negocio, provechoso hasta el día en que capitanes y armadores llegaron a la conclusión, a base casi siempre de dejarse los barcos e incluso la piel en el empeño, de que la picaresca había conseguido que fueran ya más los «derroteros» falsos que circulaban por el mundo, que los realmente fiables.

Un contraamaestre andaluz ya retirado, Luis de Úbeda, consiguió hacerse rico y famoso por el curioso procedimiento de vender a los holandeses más de veinte « Diarios de a bordo », garantizados, que explicaban, con todo lujo de detalles, la forma de arribar sin problemas a los más seguros puertos de la costa del Pacífico, desde Valparaíso a Panamá, incluido el puerto de La Paz, pasando por alto el pequeño detalle — ignorado sin duda por él mismo — de que La Paz se encontraba situada a casi cuatro mil metros de altitud, tierra adentro, en plena cordillera de los Andes.

Pero ésas no eran, al fin y al cabo, más que nimiedades anecdóticas, y el español continuaba siendo, pese a su picaresca, imprescindible para los navegantes de todas las nacionalidades.

Fue por ello que, un mes más tarde, ya *la Iguana Oberlus* se sentía capaz de tomar asiento en su roca predilecta, en lo alto del acantilado, para deletrear en voz alta los primeros capítulos del *Quijote*, asombrándose, a medida que iba tomando conciencia de lo que leía, de las incontables aventuras que podían llegar a acaecerle a un ser humano en tierra firme; aventuras que jamás hubiera supuesto factibles, ya que Oberlus abrigaba el absoluto convencimiento de que todo cuanto no estuviera muy directamente ligado con el mar, no tenía apenas razón de existir.

Una semana más tarde, comenzó a solicitar de Dominique Lassá que le aclarase puntos que se le antojaban oscuros sobre la personalidad de Don Quijote y su escudero, Sancho Panza, maravillándose ante el descubrimiento de que se trataba tan sólo de personajes de ficción que no habían existido, tal vez simples caricaturas de otros que pudieron existir realmente muchos años atrás.

—¿Por qué contarlos entonces...? —fue su pregunta—. ¿Por qué dedicar tanto tiempo y tanto esfuerzo a relatar algo que no es verdad...?

El francés trató de hacerle comprender, poniendo en dicho empeño todo su talento, que para un escritor, lo más importante no era, quizás, el que sus personajes hubieran tenido o no una identidad auténtica, sino el conjunto de las ideas que conseguían transmitir a sus lectores, a través de semejantes personajes.

—¿Crees que Don Quijote era un loco...? —concluyó tuteándole por primera vez desde su llegada.

—Desde luego... —replicó Oberlus.

—¿Por qué...? Porque veía el mundo de una manera y los demás de otra, o porque había quedado anclado en un tiempo pasado que sus contemporáneos se empeñaban en asegurar que ya no existía...

—¿No es acaso un loco el que se esfuerza en luchar contra gigantes que en realidad son molinos...?

—Más sencillo se me antoja que los molinos se conviertan en gigantes por obra de encantamiento y tratar de vencerles, que enfrentarse al Rey de España, su inmenso imperio y sus miles de soldados. Y tú lo intentas...

—¿Me estás llamando loco...?

—Te estoy haciendo notar que todo depende del lado desde el que se mire... —puntualizó Lassá—. Don Quijote trataba de transformar un mundo que no le agradaba porque advertía que los demás no eran como él... Lo mismo estás haciendo tú.

La Iguana Oberlus meditó unos instantes, y cuando respondió lo hizo seriamente, convencido de lo que decía:

—Yo no estoy intentando transformar el mundo... —puntualizó—. En eso tengo las ideas muy claras... Lo único que pretendo es construir en esta isla, olvidada de todos, otro mundo a mi medida, ya que el de fuera me rechaza y no me sirve... Ellos pueden quedarse con el suyo, pero el que venga al mío, deberá atenerse a las consecuencias.

—Tendrías que advertirlo previamente... —le recordó el francés—. Colocar al menos un cartel en la bahía y el desembarcadero, para que todo el que llegue sepa a lo que se expone... En otro caso, no tienen idea de que penetran en un mundo « diferente » ...

Oberlus meditó de nuevo su respuesta, dedicando a ello todo el tiempo que necesitó en llenar de nuevo su cachimba. Por último, aspirando el humo con fuerza, admitió:

—Tal vez lo haga... —dijo—. Un día, cuando me considere lo suficientemente fuerte, colocaré un letrero en la playa: « Éste es el reino de Oberlus. Nada vale aquí más que su voluntad... » —sonrió entre divertido e irónico—. Necesitaré una bandera —añadió—. No hay reino sin bandera... ¿Sabes dibujar...?

—Un poco.

—Píntame una bandera entonces... Grande y roja, con una enorme iguana en el centro... Tendré entonces mi bandera, mi isla y mis súbditos. ¿Qué más puedo necesitar...?

—Cuatro súbditos no son muchos... —señaló Lassá.

—Vendrán más, no te preocupes... Estoy seguro de que pronto creceremos...

Pero *la Iguana Oberlus* se equivocaba.

El número de sus súbditos no aumentó, sino que, por el contrario, decreció bruscamente en una cuarta parte, lo que significó —como hubiera significado en cualquier otro « reino » del mundo— una auténtica catástrofe.

Fue cinco días más tarde, cuando, a la hora del almuerzo, encontrándose enfrascado como siempre en deletrear en voz alta las aventuras del Ingenioso Hidalgo castellano, y absorto en sus andanzas, desatendió por un instante la vigilancia a que tenía sometido de continuo a Georges, el cocinero, que en el instante mismo de servirle una enorme fuente de huevos de tortuga, trató de apuñalarle dirigiéndole una feroz cuchillada al corazón.

Debió de ser el temblor de la mano que sostenía la fuente lo que llamó la atención de Oberlus en el momento de aparecer por el rabillo de su ojo, pues con una reacción instintiva y felina dio un salto atrás consiguiendo que, lo que hubiera sido un golpe mortal, se transformara en un simple arañazo, que hizo sin embargo correr la sangre escandalosamente, empapando de inmediato su andrajoso pantalón.

Trastabilló cuatro o cinco metros, tropezó con una roca, cayó de espaldas y lanzó un rugido de dolor, pero cuando el cocinero se abalanzó sobre él dispuesto a rematarle, se encontró de improviso con un pesado pistolón amartillado ante los ojos.

—¡Un paso más y te vuelo la cabeza...! —masculló Oberlus furiosamente, y el francés se quedó inmóvil, clavado en el suelo y aterrado mientras dejaba caer el arma con gesto de impotencia.

Al tañido de la campana acudieron sus compañeros de cautiverio, que no necesitaron hacer pregunta alguna para comprender, de un solo golpe de vista, lo que había ocurrido.

La Iguana aún sangraba, sin esforzarse en absoluto por restañar la sangre de la herida, y la desolación del cocinero aclaraba, sin necesidad de palabras, la historia de los acontecimientos.

La sentencia llegó casi al instante. Oberlus tomó el largo y afilado machete que siempre cargaba a la cintura, y se lo entregó a Dominique Lassá:

—¡Córtale la cabeza...! —ordenó.

—¿Te has vuelto loco...? —protestó el interpelado negándose a aceptar el arma...—. Es mi amigo.

—Deja de llamarme loco si no quieres que acabe también contigo... —le amenazó—. Y por eso mismo: porque es tu amigo, quiero que seas tú quien cumpla la sentencia... Te ordené que le advirtieras del peligro que corría si trataba de matarme...

Lassá negó de nuevo:

—No lo haré. Es un crimen.

—Es la ley... «Mi ley», y por esta primera vez no voy a mostrarme excesivamente cruel, ordenándote que le des a beber plomo derretido o que le descuarticéis entre los tres... —hizo una pausa y los miró amenazante—. La próxima, me comportaré como un auténtico rey, torturando al culpable hasta que suplique morir... —ofreció de nuevo el machete al francés—. Haz lo que te ordeno.

—No.

Le miró con fijeza. Sin ira, sin rencor, casi con sorna. Más tarde, se volvió al noruego y al mestizo, que asistían mudos a la escena, esforzándose por pasar inadvertidos, y se volvió por último al reo que sollozaba sentado en una piedra y con los codos sobre las rodillas ocultando el rostro entre las manos.

—De acuerdo... —admitió con naturalidad—. Es tu amigo, has navegado muchos años con él, y es, también, el único superviviente que queda de tu barco... ¿Estáis muy unidos, no es cierto...?

Lassá afirmó en silencio, mientras Georges alzaba levemente la cabeza, como si prestara atención disminuyendo al propio tiempo el tono de sus sollozos. Una leve esperanza de vida acababa de nacer en lo más profundo de su corazón.

—Es hermosa la amistad... —continuó Oberlus en el mismo tono, tranquilo, casi afable y sin señales de ira—. ¡Bien...! Te concedo cinco minutos para cortarle el cuello... Luego, será él quien disponga de cinco minutos a su vez para cortártelo a ti, con lo que me consideraré desagraviado y daré por cumplida la sentencia... —sonrió sardónicamente—. Espero que sea tan amigo tuyo como tú de él, porque después volverás a disponer de otros cinco minutos, y así sucesivamente, hasta que uno de los dos se decida, porque lo que te garantizo es que, antes de oscurecer, uno de los dos, no me importa cuál, tiene que estar muerto.

—¡Eso es una canallada...! —protestó Lassá—. La más repugnante canallada de la que nunca haya oído hablar... ¿Es ése tu sentido de la justicia...? ¿Enfrentar a dos hombres que han compartido tantas calamidades...? ¡Mátalo tú...! Sé que te gusta matar... Sé que odias a la Humanidad entera porque no es tan espantosa como tú... Ahora tienes una buena ocasión para vengarte... ¡Mátalo, y déjame a mí en paz...!

—Un rey nunca mata personalmente... —le recordó con voz muy queda,

casi humorística—. Y tengo que empezar a comportarme como rey.

—¿Rey tú...? —se asombró el francés—. «Rey de las Iguanas» es lo que eres... Rey de las focas, los albatros o las tortugas... Rey quizá de todos los demonios del Averno, de todos los abortos que hay an nacido nunca; de los sapos, los gusanos y las babas... Rey de...

—Se te acaban los cinco minutos... —le recordó interrumpiéndole—. Y si no piensas utilizarlos, siéntate en la piedra y deja que «tu amigo» coja el machete... —añadió burlón—. Si no te corta la cabeza, al menos mantendrá la boca cerrada...

Dominique le observó confuso. Volvió luego la vista hacia los dos mudos testigos de la escena como buscando una ayuda que sabía de antemano que no encontraría, y bajó por último los ojos hacia Georges, que había cesado por completo en sus llantos, y parecía aguardar, tenso, a que transcurrieran con la mayor rapidez posible los segundos que faltaban para disponer de su oportunidad.

Se diría que Lassá pasaba mentalmente recuento a los tiempos idos, tratando de convencerse a toda costa de que Georges, su amigo y compañero de fatigas durante tantos años de navegación, no sería capaz, bajo ninguna circunstancia, de cortarle la cabeza aunque le fuera en ello la suya.

Oberlus alzó lentamente el brazo y lo mantuvo así un instante, dando a entender sin necesidad de palabras que iba a bajarlo de un momento a otro, considerando acabado el primer período de cinco minutos.

El cuerpo del sentenciado se tensó aún más si es que ello era posible, y de improviso, como asaltado por un pánico irrefrenable, Dominique Lassá se abalanzó sobre el machete, lo tomó con las dos manos, dio un decidido paso adelante, y de un solo tajo, brutal y salvaje, cercenó el cuello de la víctima, que no tuvo tiempo siquiera de dejar escapar un lamento.

La cabeza rodó hasta los pies de Sebastián Mendoza que dio un salto atrás, asqueado, y los ojos del muerto contemplaron aún por una décima de segundo al noruego que vomitaba sobre él incontinentemente, enfermo de improviso por el macabro espectáculo.

Dominique Lassá, que había abierto las manos dejando caer el machete, echó a correr perdiéndose de vista entre el bosquecillo de cactus, y Oberlus, que había permanecido serio e indiferente observando el cuerpo de Georges, que había quedado sentado, exactamente en la misma posición en que le sorprendió la muerte, hizo un gesto autoritario dirigiéndose al chileno:

—¡Tíralo al mar...! —dijo.

Luego, recogió en un plato los restos del almuerzo que no habían caído al suelo, y se alejó unos metros, a tomar asiento en una roca, donde comenzó a comer como si nada hubiera sucedido.

La Biblia no despertó en absoluto su curiosidad. Comenzó a leerla sentado, como siempre, en la roca de la cumbre del acantilado, se esforzó por interesarse en ella conociendo de antiguo la importancia que aquel libro parecía tener para la mayoría de los seres humanos, en especial aquellos que arriesgaban a diario sus vidas en el mar, pero la abandonó pronto, comprendiendo que, probablemente, no encontraría, entre sus múltiples personajes, ninguno que se le asemejase.

Era un libro que hablaba demasiado de Dios, el Dios que adoraban aquellos de los que él había renegado, y prefería hacerse una idea clara de cómo estaba constituido el mundo, del que no conocía más que algunos puertos, las costas y la inmensidad de sus océanos.

Se concentró por tanto en dos tomos de geografía, los «derroteros», una gruesa historia que se remontaba a tiempos que ni siquiera hubiera sospechado nunca que pudieran existir, y un tratado de botánica con el que procuró, vanamente, obtener un más profundo conocimiento de la flora de su isla.

En las noches, a solas en la inmensa cueva fantasmagóricamente iluminada por lamparillas de aceite de tortuga, dejaba transcurrir las horas leyendo trabajosamente con aquella cantinela suya, monótona, de chicuelo de parvulario, deteniéndose de tanto en tanto a meditar sobre lo que había aprendido, volviendo atrás paciente, tratando de captar el exacto significado de lo escrito, o tomando notas mentalmente para solicitar al día siguiente la oportuna aclaración.

Ahora, también Mendoza se veía de continuo asaeteado a preguntas sobre palabras en castellano que Oberlus no comprendía y subrayaba con sumo cuidado, y un eventual observador no hubiera podido evitar probablemente un escalofrío de terror al descubrir la sombra de aquel ser deforme y encorvado, recortándose temblorosa por el juego de las llamas contra la alta pared de roca de la caverna salpicada de estalactitas, inclinada la cabeza sobre un libro y musitando constantemente palabras ininteligibles que pudieran sonar a fórmulas mágicas. Fuera, tibias noches ecuatoriales de cielo castigado de estrellas que aparecían allí más tangibles que en ninguna otra parte del planeta, o furiosas tormentas que obligaban al viento a aullar dolido al estrellarse contra el acantilado, venciendo con sus lamentos el estruendo de las olas cien metros más abajo.

Y fuera, también, tres hombres atemorizados en cuyas retinas permanecía vivo el recuerdo de una cabeza que se estrellaba contra las piedras, o unos ojos aún vivos que miraban suplicantes, conscientes de su miedo, y de que se sentían incapaces de rebelarse contra quien les mantenía tan injustamente esclavizados: un engendro cada vez más difuso y misterioso que parecía esfumarse días enteros, como si abandonara la isla en pos de los grandes albatros, para reaparecer, de improviso, nacido de la nada.

Knut, el noruego, estúpido y profundamente supersticioso como buen gaviero, parecía abrigar el casi absoluto convencimiento de que Oberlus era en verdad mitad hombre-mitad demonio, un ente quimérico dotado de mágicos poderes, capaz de esfumarse ante sus propios ojos, o de materializarse nuevamente en el momento más inoportuno. Vivía por ello en una constante zozobra, con el oído atento y los ojos casi desorbitados de tanto buscar a su alrededor la temida presencia, presto a echar a correr en cuanto repicase la aborrecida campana, pues por lo lento y torpe, era quien con mayor frecuencia recibía los latigazos prometidos a quien se rezagase.

Obedecía también, ciegamente, al mestizo, quien había comenzado a revelarse como ladino embrollador y marrullero, que buscaba día y noche una fórmula para escapar de aquel lugar maldito o acabar con el tirano sometiéndolo a un largo martirio, pero al que el miedo agarrotaba cuando se encontraba en presencia de Oberlus, vaciando su mente y haciéndole olvidar al instante sus más meditados planes.

El tercer cautivo, el francés Dominique Lassá, daba muestras de haber perdido el control de sí mismo a raíz de la ejecución de Georges, y cabría suponer que se sentía culpable de la muerte de su amigo, como si el simple hecho de que le hubieran colocado en la disyuntiva de matar o ser muerto hubiera cargado sobre sus hombros la totalidad de la responsabilidad sobre tan abyecto crimen.

—Un juez... —le había asegurado Oberlus—, y tanto que te importan a ti los jueces, no dudaría a la hora de ahorcarte, ya que le asesinaste cuando se encontraba de espaldas y desarmado, y de eso existen tres testigos.

—Tú me obligaste...

—No es cierto... —le había rebatido con firmeza—. Yo me limité a señalarte que si no le matabas, él podría matarte a ti, y tú actuaste en consecuencia... Tal vez actuaste en defensa propia, o tal vez te precipitaste y él no hubiera hecho nada.

—Pero uno de los dos tenía que estar muerto antes del anochecer. Se trataba de él o yo, porque me consta que no hubieras dudado a la hora de matarnos.

—Eso no es más que una suposición... —había dicho Oberlus conservando como siempre la calma—. Lo más probable es que me hubiera limitado a indicarle a Mendoza o al noruego que, si deseaban conservar la vida, uno de los

cuatro debería estar muerto al anochecer... Y ellos hubieran elegido... Tal vez los hubieran matado, o tal vez no. No puedes culparme por tanto de un crimen que cometiste voluntariamente, basándote únicamente en suposiciones... —su sonrisa era sardónica—. No creo que ningún juez me condenara por eso, aunque yo no soy como tú, y me importa muy poco lo que opine un juez. Yo soy mi juez... —había concluido—. Y ninguna sentencia prevalece sobre la mía.

A través de aquella conversación Dominique Lassá tomó conciencia de hasta qué punto llegaba a ser retorcido su carcelero, y hasta qué punto disfrutaba del poder que ejercía sobre sus víctimas, experimentando un morboso placer en el acto de dominarlos, tanto física como psíquicamente.

Su mente se encontraba por lo tanto terriblemente confundida, y a menudo se culpaba de haberse precipitado a la hora de tomar la decisión de ejecutar a su viejo compañero de fatigas, impulsado sin duda por un pánico manifiestamente exagerado.

Georges había actuado de forma valerosa al rebelarse contra el monstruo y arriesgar su vida por liberarles, y él, su amigo, había respondido a ese gesto de valor cercenándole la cabeza, cuando su reacción lógica hubiera tenido que ser la de apoderarse del machete que le ofrecían y abalanzarse sobre el monstruo sin darle tiempo a echar mano a sus armas.

No disponía más que de dos pistolas y ellos eran cuatro. Aun encadenados como se encontraban, arrojándose al unísono sobre él le hubieran conseguido derribar, aniquilándole de una vez por todas, aun a costa, en el peor de los casos, de perecer la mitad de ellos en la intentona. Pero era tan grande el pavor que sentían en presencia de aquella criatura del Averno, que bajo su simple mirada sus músculos se atenazaban y sus miembros no reaccionaban al mandato del cerebro.

Dominique Lassá, que había recorrido todos los océanos, que se había enfrentado a las más violentas tempestades y soportado estoicamente días y semanas de calma en alta mar, que había sobrevivido a dos guerras y a docenas de feroces riñas de taberna, se sentía sin embargo tan acobardado e indefenso como un niño en la noche, pues comprendía que aquel hombre —aquella bestia— le dominaba en todos los terrenos y jugaba con él como pudiera hacerlo con un pichón de albatros.

Pero ¿qué podía hacer frente a un ser al que había enseñado dos meses atrás las primeras letras, y ya había leído más libros que él mismo en toda su larga vida?

Las lamparillas de aceite comenzaron a agitarse atacadas por un súbito acceso de tos, la sombra bailoteó a su ritmo por las ásperas paredes de la gran caverna, y al poco esas mismas paredes se estremecieron, crujiendo y

amenazando con quebrarse en mil pedazos o venirse abajo de improviso, mientras un sordo rugido nacía de las entrañas mismas del infierno, y ascendía como un monstruo aullador en busca del fresco aire de la noche.

La Iguana Oberlus dejó caer al suelo el libro que leía, se aferró con fuerza a su tosca butaca, y luchó denodadamente por mantener el equilibrio, pero acabó derribado y zarandeado por una gigantesca mano invisible que parecía divertirse cruelmente arrojándolo de una parte a otra de la amplia estancia.

Llegó luego la calma; una calma en la que se diría que la Tierra permanecía anormalmente firme, y con esa calma llegaron también la quietud y el silencio de un instante en el que los seres vivientes no se atrevieron siquiera a respirar.

Más tarde, un ronroneo profundo ganó intensidad a medida que ascendía nuevamente, y nuevamente las paredes de la cueva pretendieron juntarse las unas con las otras, cayeron con estrépito algunas estalactitas, se desparramó por el suelo el aceite de las lámparas, y el fuego de una de ellas prendió con avidez en el colchón que había pertenecido al capitán del *Madeleine*.

Oberlus trató de huir de las llamas yendo hacia la salida, pero era como intentar caminar sobre las aguas de un océano encrespado, y cayó redondo cuantas veces pretendió erguirse, aun buscando apoyo en sillas y mesas que se volcaban con estrépito.

La segunda arremetida se le antojó aún más larga, y la isla toda se estremeció como un gigantesco pudín de gelatina, mientras pesadas rocas se desprendían del techo amenazando con aplastarle en su estruendosa caída.

Pero con el nuevo intervalo de calma alcanzó la cornisa exterior, aspiró con ansia el aire fresco de la noche, y se detuvo en el borde mismo del abismo, al advertir cómo las piedras desprendidas de la cima, sobre su cabeza, se precipitaban hacia el mar en forma de lluvia mortal que le alcanzaría, derribándole, en cuanto intentara iniciar el ascenso.

Aguardó temeroso, preguntándose qué ocurriría si la pared del acantilado comenzaba a temblar cuando intentara trepar hacia la cumbre, e instintivamente se echó atrás en un lógico deseo de buscar protección en la cueva, pero el humo y el fuego la estaban convirtiendo en un infierno inhabitable. Tosió casi asfixiado, advirtió cómo comenzaban a escocerle los ojos dificultándole la visión, y abandonó de nuevo la gruta, manteniéndose en pie, indeciso y desconcertado, en el diminuto antepecho exterior.

Buscó aire fresco de nuevo y miró hacia abajo. El mar se había retirado al pie del acantilado, dejando al descubierto un negro abismo, y presintió más que ver, horrorizado, que allá a lo lejos, una inmensa ola iba tomando cuerpo para avanzar, mortificadamente silenciosa por el momento, hacia la isla.

La coronaba, como orgulloso morrión, una gigantesca cresta de espuma, y se iba curvando muy lentamente, cobrando fuerza; una potencia inconcebible, titánica, avasalladora, capaz tal vez de borrar de la faz del mar el diminuto islote

rocoso.

Comprendió que tenía el tiempo justo de alcanzar la cima para tratar de ponerse a salvo tierra adentro, y trepó desesperadamente olvidado de las piedras que caían; engarfiándose, como si sus dedos se hubieran convertido en garras, a los salientes de las rocas, las oquedades o las raíces que tan bien conocía. De tanto en tanto volvía la cabeza para comprobar, a la extraña luz rojiza que se había apoderado de la noche, cómo la gran onda crecía y crecía hasta convertirse en una arqueada montaña de agua y espuma.

Alcanzó la cumbre cuando el temido silencio se había convertido ya en un rugido más ensordecedor aún que el que ascendió desde los centros mismos de la tierra, y se precipitó, a trompicones, corriendo, saltando y cayendo, ladera abajo, para ocultarse al fin en una profunda quebrada, segundos antes de que el océano en pleno se aplastara contra los acantilados de barlovento, elevando al cielo una pared de agua de más de doscientos metros de altitud.

Cayó luego esa agua sobre la isla arrastrando y derribando a cientos de aves que habían alzado el vuelo aterrorizadas por los imprevistos estremecimientos del suelo, y aplastando con su peso millones de huevos y cientos de polluelos apresados en sus nidos.

El efecto del maremoto fue sin lugar a dudas infinitamente más devastador que el del seísmo que lo había provocado, y cuando, al retirarse el agua, Oberlus se alzó muy despacio para contemplar, incrédulo, tamaño estrago, comprendió que aquel lugar no había sido un auténtico islote desolado hasta aquella noche.

Una luz rojiza, irreal, lejana y desconocida, lo iluminaba todo, terrorífico incendio que parecía extenderse por el horizonte, al noroeste, y de cuyo centro ascendían altísimas lenguas de fuego e incandescentes brasas que parecían pretender chamuscar a las propias estrellas.

Tembló una vez más bajo sus pies, y comprendió al escuchar un lejano estallido, semejante al estruendo de mil buques de guerra que hubiesen disparado a la vez todos sus cañones, que uno de los innumerables volcanes del archipiélago había entrado en erupción.

Fue aquella la noche en que imaginó que vendrían a visitarle todos sus parientes del Averno, puesto que agua y fuego, mar y lava, y luz y sombras rivalizaban a la hora de conferir grandiosidad al espectáculo, con nuevas olas que se arrojaban una y otra vez contra el acantilado, sobre una tierra enferma, aquejada por un brutal ataque de epilepsia.

El sordo gruñido lejano del volcán se unía al estruendo del mar y los desesperados graznidos de las aves marinas, mientras las iguanas corrían sin rumbo, las focas se llamaban en la playa, y docenas de gigantescas galápagos a las que la primera sacudida había sorprendido en pie, pataleaban panza arriba condenadas a morir así, meses más tarde, en la más cruel y lenta de las agonías.

Distinguió luego al noruego, cuya silueta se recortaba contra el distante

incendio, marchando a cuatro patas y enredando en rocas y matojos sus cadenas, y se ocultó en la espesura, pues comprendió de improviso que se encontraba desarmado, y era aquélla una noche propicia para que sus esclavos se rebelasen.

Permaneció por tanto acurrucado durante horas en lo más intrincado de la rala maleza, insensible a los arañazos de las ramas espinosas o los pinchazos de las afiladas púas de los cactus, hipnotizado por el espectáculo de la lejana erupción, sintiéndose tan minúsculo y endeble como no se había sentido jamás, a lo largo de su muy difícil existencia.

La Naturaleza se había complacido en hacer una demostración de su portentoso poder en aquel apartado rincón del Universo, y *la Iguana Oberlus* tuvo que limitarse a aceptar, convencido, que ni él, ni nadie, significaban ni significarían nunca nada frente a semejante demostración de fuerza.

Con el amanecer la tierra descansó apaciguada tras su loca noche de orgía, pero el sol no acertó a abrirse paso por entre la espesa cortina de humo y cenizas, y al estrépito y la fiesta de colores sucedió un silencio gris queapestaba a azufre y amoníaco, convirtiendo en irrespirable una atmósfera que era allí, por lo general, clara y transparente.

Una hora después comenzaron a caer del cielo pájaros que ni siquiera gritaban, como si el silencio ambiental atenazara sus gargantas, y los polluelos en tierra abrían una y otra vez el pico buscando aire con los ojos dilatados por el terror, para torcer de pronto el cuello y quedar rígidos, con las cabezas caídas hacia atrás en una trágica mueca.

Las focas resoplaban en la bahía aflorando apenas lo justo el morro, y las iguanas marinas habían desaparecido de sus rocas pese a que la marea se encontraba en su punto más alto.

Un hombre se movió a lo lejos, mansamente, como una sombra más gris que el resto de los grises, y reconoció al mestizo que avanzaba por la playa arrastrando los pies y caídos los brazos. Lo vio sumergirse hasta el pecho en el agua, y permanecer así largo rato, tal vez ansiando que el mar le devolviera a una realidad de la que no se sentía en absoluto partícipe.

A media mañana, vencido y magullado, *la Iguana Oberlus* se puso en pie y regresó cansinamente al borde del acantilado, desde donde contempló el aún agitado mar de barlovento que pugnaba por recobrar la calma tras haber alcanzado, horas antes, la cumbre de la pared de piedra.

Descendió con suma prudencia hasta la entrada de su caverna, y contempló entristecido su «hogar», el único que había tenido nunca, y que, entre fuego y agua habían transformado en un confuso revoltijo de suciedad y fango.

La mitad de sus libros y casi todos sus víveres se habían malogrado

definitivamente, la pólvora aparecía inservible, y del hermoso colchón del capitán del *Madeleine* no quedaban más que tristes jirones.

Tomó asiento en el pretil de piedra de la entrada, observó en silencio aquel desastre, y se preguntó por qué razón los fuegos del centro de la Tierra y las aguas del mayor de los océanos tenían que confabularse contra él, cuando por fin había conseguido construirse un refugio en el que podía considerarse a salvo de las acechanzas de hombres y bestias.

Quizá trataban de convencerle de que Naturaleza, Universo, Dios, o todos al unísono se oponían a él y a sus designios, y que si se hacía necesario que el centro del planeta se partiera en pedazos para que no disfrutara de un remanso de paz, se partiría.

« Pero no me echaréis de aquí —masculló mordiendo con rabia las palabras—. Ni mar, ni fuego, ni terremotos, volcanes o cataclismo acabarán conmigo, porque yo soy Oberlus, la Iguana, y reinaré en esta isla aunque desaparezca en las profundidades, porque si es necesario acabaré aprendiendo a respirar bajo las aguas...» .

Y era muy capaz de cumplir lo que aseguraba, porque aquel ser, tan solo en parte aparentemente humano, escondía en su interior tanta voluntad y una tal indómita resistencia a la adversidad, que su inconmensurable tenacidad vencía cuantos obstáculos se interpusiesen en su camino.

Alzó la mesa, se acurrucó en ella y durmió cuatro horas.

Luego, se puso en pie y comenzó a reparar, paciente, los desperfectos de su « hogar » .

La campana repicó insistentemente, asustando a alcatraces, rabihorcados y piqueros, que alzaron el vuelo de inmediato graznando molestos, y obligando a correr a tropicónes a los cautivos, temerosos de llegar retrasados, y temerosos, igualmente, por el simple hecho de que su amo y señor, «su rey», los convocara, lo cual constituía por lo general anuncio de desgracias.

—Un barco viene... —fue todo lo que éste dijo a modo de explicación a su llamada—. Tengo que encerrarlos.

Dominique Lassá quiso protestar, pero Oberlus se limitó a tomar la mano izquierda del chileno Mendoza, y mostrarle una vez más los dedos que faltaban.

—Lo que yo ordeno no se discute —puntualizó—. ¿Quieres que te aplique el mismo castigo...?

Desfilaron por tanto en silencio, cabizbajos, apretando los puños para contener la ira o quizá los deseos de llorar, como ovejas arreadas hacia el redil, angustiados ante la idea de que podían pasar quizá tres días atados y amordazados en la más oscura de las cavernas y en el más absoluto de los silencios, temerosos siempre de que algo pudiera ocurrirle a su captor y no volviera jamás a rescatarlos.

Eran aquellos casi los únicos momentos en que los tres se encontraban reunidos, ocasión ideal para lanzarse al unísono sobre su verdugo y acabar con él de una vez para siempre, pese a que alguno de ellos pereciera en la intentona, pero Oberlus también tenía plena conciencia de que era así, y permanecía por ello atento a sus menores gestos, tensa la mano sobre la empuñadura de sus armas y dispuesto a destrozarse a bocajarro al primero que intentase sorprenderle.

Eran tres, pero incluso treinta se hubieran sentido igualmente impotentes, porque la sola presencia de *la Iguana* bastaba para atemorizarles, su expresión demoníaca les petrificaba, y podría pensarse que sus ojos —«lo único decente que había puesto Dios sobre aquel rostro abominable»— sabían de antemano cuanto cruzaba por sus mentes.

Permitieron por tanto que los empaquetara como a fardos vivos, martirizados por la presión de las ligaduras y la semiasfisia de las mordazas, para caer una vez más al fondo de las húmedas grutas, y advertir, llorando, cómo las entradas se tapiaban hasta sus más minúsculas rendijas y quedar enterrados en

vida por tiempo indefinido.

Oberlus, tranquilo ya sobre la seguridad de sus « súbditos » recorrió más tarde el islote ocultando las huellas de su presencia y caía la tarde cuando buscó refugio en el bosquecillo de cactus de la playa, aguardando a que el navío virara sobre la costa de poniente enfilando rectamente la bahía, mientras arriaba el trapo y dejaba caer el ancla en sus aguas quietas y profundas.

Pero apenas el botalón de proa rebasó la punta oeste, y el nombre del ballenero hizo su aparición —pintado, altivo y desafiante— en la amura de estribor, *la Iguana Oberlus* advirtió cómo un estallido de odio resonaba en su pecho, y algo muy parecido a una corriente eléctrica le recorría la espina dorsal.
¡María Alejandra!

El *María Alejandra*, el barco del negro que se había burlado de él haciéndose pasar por « muerto-viviente »; la nave del viejo capitán que mandó azotarle y de la tripulación de vociferantes energúmenos que habían coreado, divertidos, cada uno de los cincuenta latigazos, osaba regresar a la isla en la que le habían humillado tan profundamente, y de la que él, Oberlus, era ahora amo absoluto y rey indiscutible.

El *María Alejandra*, que había arrasado sus plantaciones destrozando sus cuevas y robando su ámbar, se atrevía a dejar caer nuevamente el ancla en « sus » aguas, y podía percibir con absoluta claridad el vozarrón del viejo capitán gritando sus ordenes, el repicar de la campana, a popa, y el resonar de los pies descalzos corriendo sobre la pulida cubierta.

¡El María Alejandra!

—¡Bote al agua...!

Pronto desembarcarían, hollarían la arena de la playa, establecerían un campamento en tierra, y comenzarían a buscarle con ánimo de robarle y golpearle una vez más, porque ellos, los hombres del *María Alejandra*, eran los únicos que le conocían, que tenían una certeza absoluta de su existencia, y que sabían que allí, en la isla de Hood, o La Española, la más solitaria del archipiélago de las Encantadas, un monstruoso arponero con fama de asesino se había establecido para siempre.

Su primer impulso fue el de huir, ascender hasta la cumbre del acantilado de barlovento, y buscar refugio en su cueva con la absoluta seguridad de que en ella jamás le encontraría nadie, pero caída la noche, las tinieblas acudían veloces en su ayuda, y comprendió que ni siquiera el negro Miguelón, que no parecía temer a estas tinieblas o a lo desconocido, se atrevería a adentrarse ahora en la isla hasta que amaneciera nuevamente.

Únicamente él, Oberlus, conocía a ojos cerrados cada sendero, cada roca, barranco o abismo, y a diez metros de distancia del límite de la playa y el posible resplandor de las hogueras, no tenía por qué preocuparse por la presencia de intrusos. Se quedaría por tanto allí, acechando desde las sombras, y tal vez

derribaría de un certero pistoletazo al odiado capitán o al mismísimo negro.

Se le antojó una buena idea. Matar al capitán y correr a esconderse en su refugio, permitiendo que al día siguiente removieran cada piedra de la isla, buscándole inútilmente, porque de ese modo aprenderían que no se debía humillar a un hombre como le habían humillado a él, para regresar luego a provocarle así impunemente.

Aguardó por tanto mientras el plan de venganza iba madurando en su cerebro, pero transcurrieron los minutos, la noche ecuatorial se abalanzó, como un ave de presa, sobre el barco y el islote sin que la lancha se apartara del costado del *María Alejandra*, y tímidos faroles comenzaron a brillar a bordo, reflejando su tembloroso destello en las tranquilas aguas.

De la quietud llegaron voces, risas, y tintinear de platos y cubiertos, sombras humanas se recortaron contra los mamparos, y un grumete orinó ruidosamente desde cubierta.

Pasó el tiempo, concluyó la cena, alguien cantó en proa, mal acompañado por una vetusta bandurria, y al poco todo fue paz y silencio a bordo, al tiempo que las luces se iban extinguiendo una por una, hasta quedar luciendo únicamente las de situación.

Para entonces hacía ya tiempo que Oberlus había comprendido que la tripulación del *María Alejandra* no tenía intención de desembarcar hasta el amanecer siguiente, y se sintió burlado. Furioso y burlado, como si abrigase el convencimiento de que habían averiguado sus intenciones, lanzando el bote al agua para reírse de él haciéndole concebir la falsa esperanza de que iban a caer en su trampa.

Bajarían a la luz del día y todos juntos, protegiéndose los unos a los otros, para acosarle por la isla persiguiéndole con la intención de volver a castigarle.

Eran los mismos; con el mismo capitán y el mismo negro y el mismo contramaestre diminuto que manejaba el látigo con diabólica pericia; los mismos que le abandonaron inconsciente en una playa de un islote solitario, malherido y desangrado, vejado en su orgullo y despojado de cuanto poseía de valor.

Eran ellos, y además se permitían la insolencia de mofarse de él haciendo escarnio de sus ansias de venganza, por el sencillo procedimiento de dejarle aguardando en tierra como a un imbécil mientras se retiraban, tranquilamente, a dormir.

Imaginaba sus comentarios de aquellos momentos en el sollado de la marinería, excitados ante la idea de disfrutar de un día diferente; un día que nada tendría en común con aquellos otros—monótonos hasta la desesperación— a que estaban acostumbrados desde siempre.

Saltar a tierra, cazar iguanas y tortugas, almorzar carne fresca, bañarse en la playa, pescar entre las rocas y divertirse a costa de un monstruo contrahecho, odioso y abominable, no era programa habitual en la vida de un ballenero,

resignado, desde siempre, a no disponer de otra distracción que la que proporcionaba el mar al pasar bajo la quilla o las nubes al cruzar sobre las velas.

Y él, Oberlus, « Rey de Hood » y señor de cuanto alcanzaba la vista en todas direcciones, era la víctima elegida por aquella manada de sucios escrofulosos, ignorantes sin duda de que —desde el día en que le apalearon— muchas cosas importantes habían sucedido en aquella isla.

Y muchas más tenían que suceder.

Dejó transcurrir las horas, quieto como una roca más entre las rocas, con los ojos fijos, como hipnotizado, en las luces del *María Alejandra* que parecían recordarle machaconamente que seguían allí, aguardando impacientes la llegada del alba, la hora en que tañera la campana anunciando el comienzo de un día de cacería humana.

Su odio creció a solas, alimentándose de sí mismo y de sus elucubraciones a medida que las estrellas avanzaban a lo largo de un cielo sin luna, y hubo un momento en que estuvo a punto de estallar y gritarles en la noche, escupiéndoles su rabia, pero no lo hizo y permaneció muy quieto, rumiando sordamente sus ansias de venganza.

Cuando al fin se puso en pie, había tomado una decisión. Dejó a un lado las armas conservando tan sólo su largo y afilado machete, el mismo que decapitara al francés, y se deslizó en silencio para penetrar en las aguas de la tranquila ensenada con la suavidad de una iguana marina.

Nadó despacio, sin levantar espuma, olvidado de los tiburones de barlovento y sus esporádicas visitas a la bahía, sabedor de que allí, en las Galápagos, era tal la proliferación de vida en las aguas, que ningún tiburón se molestaría en prestar atención a una presa excesivamente grande.

No era un gran nadador, pero tampoco era mucha la distancia, y al llegar no se sentía cansado, sino tan sólo excitado cuando se aferró a la borda del bote auxiliar.

Aguardó, buscando desde el agua, con los ojos hechos ya a las tinieblas, la presencia de un centinela que, como suponía, dormitaba en proa, ajeno por completo al peligro, seguro de sí mismo y de un barco firmemente anclado en el centro de una pacífica bahía solitaria en el corazón del más pacífico y solitario de los océanos.

La Iguana se alzó a pulso hasta la lancha, aguardó allí otro instante, y trepó después a cubierta con la agilidad propia de quien ha pasado la mayor parte de su vida a bordo de un navío semejante, permaneciendo después agazapado hasta abrigar la absoluta certeza de que el hombre de proa no había captado ni uno solo de sus movimientos.

Fue hasta él paso a paso, con la paciencia de los galápagos gigantes que

jamás alzaban una pata sin tener las otras tres firmemente asentadas en tierra, esgrimiendo el machete y con los ojos muy abiertos y el oído atento, sintiendo bajo sus pies y por primera vez en mucho tiempo el familiar contacto de la madera de una cubierta, a través de la cual le parecía percibir hasta el último latido de la vida del buque.

Y aquel buque dormía. Dormía al igual que el centinela, que murió entre sueños, limpiamente degollado por la afilada hoja que le cercenó la garganta de oreja a oreja, para que su cuerpo permaneciera en idéntica postura, tal vez, quizá, un poco más inclinada, sobre el pecho, la desarticulada cabeza.

Luego, sin prisas, *la Iguana* cerró y atrancó firmemente las escotillas de los sellados, asegurándose, como perfecto conocedor de aquel tipo de balleneros, que no dejaba un solo hueco por el que resultara posible escapar a la marinería.

Sabiéndose ya dueño absoluto de la superestructura, derribó de una seca patada la puerta del camarote del capitán, en el castillo de popa, y cuando éste se alzó en su litera, sorprendido y tratando de echar mano a la pistola que guardaba en el cajón de una mesa, fue ya demasiado tarde, pues la punta del machete brillaba a menos de una cuarta de sus ojos.

—¡Quieto...! —le ordenó Oberlus secamente—. Un gesto y te degüello... ¿Me recuerdas...?

Una minúscula lámpara de aceite ardía en el más apartado rincón del camarote, y el capitán tuvo que esforzarse por reconocer, a su escasísima luz, el rostro deforme del intruso que permanecía en pie y amenazante, frente a él.

—¡Oberlus...! —exclamó asombrado—. ¿Qué haces en mi barco...? ¿Es que también te has convertido en pirata...?

—Me he convertido en rey... —fue la absurda respuesta—. Rey de Hood, y has fondeado sin permiso en mis aguas.

El otro le miró estupefacto aunque aún no había conseguido recuperarse del primer momento de sorpresa, y se diría que no acababa de estar seguro de si lo que estaba ocurriendo era verdad o se trataba tan sólo de un estúpido sueño.

Pero *la Iguana* no le dejó tiempo para reflexionar, porque de un brusco empujón le obligó a tumbarse de nuevo, boca abajo aferrándole las manos cruzadas a la espalda.

Buscó con la vista a su alrededor, se apoderó del cinturón que descansaba sobre una silla, y le maniató fuertemente. Por último tomó una jarra empotrada en un mueble esquinero, la olió y bebió hasta apurar un ron fuerte y oloroso.

—¡Buena vida os pegáis los capitanes...! —exclamó al concluir—. Nunca os falta nada y tenéis espacio de sobra mientras la tripulación se pudre amontonada abajo... Ron, cama limpia, buena comida y hasta mujeres a costa de los que en realidad trabajan... —dejó la jarra a un lado y comenzó a abrir cajones y baúles, amontonando sobre la mesa cuanto le pareció de interés—. Recuerdas a Guyenot, ¿verdad...? Embarcaba a las más bellas prostitutas, y nos las restregaba

por las narices durante meses de navegación. Decía que un capitán debe demostrar que es superior a los demás, incluso en el orden sexual... Él tenía derecho a acostarse con mujeres... Nosotros, la obligación de verlo y escuchar la algarabía que formaban en las noches de calma... ¡Diablos...! Aún no comprendo cómo nadie le cortó nunca el cuello... Me fui de su barco por no estrangularlo... Deserté, y juró que si un día me encontraba, me colgaría del palo mayor... —Chasqueó la lengua—. Lástima que éstos no sean sus rumbos; me gustaría darle la bienvenida a mi isla... —se encontraba revolviendo entre los libros de un baúl y se detuvo con uno de ellos en la mano—. *La Odisea*... —leyó deletreando cuidadosamente—. ¿De qué trata...?

No obtuvo respuesta, y acudió a la litera, tomando al viejo capitán por el blanco cabello y obligándole a alzar el rostro y mirarle a los ojos.

—He preguntado que de qué trata este libro... —le espetó con brusquedad—. ¿Vas a responderme o empiezo a darte latigazos como hiciste conmigo...?

—Es de historia... —musitó el otro—. Historia antigua... Y aventuras...

—¿Verdad o mentira...?

—No lo sé muy bien... Creo que nadie lo sabe.

—Me gusta la historia... —afirmó Oberlus mientras depositaba el libro en el fondo de un arcón que iba llenando con cuanto le interesaba—. Me gustan todos los libros... excepto la Biblia... ¡Vaya! —exclamó luego entusiasmado por su descubrimiento—. ¡Hermoso catalejo...! El mejor que he visto nunca... Me ayudará a vigilar a mi gente...

Guardó silencio de pronto, como si le cansara una cháchara a la que no estaba acostumbrado, o se viera asaltado por una súbita prisa, preocupado porque alguien pudiera despertarse en los sollados. Permaneció muy quieto, escuchando, y le tranquilizó el hecho de que no se percibiera más que el crujir acompasado del navío y el rumor del agua bajo la popa.

Luego, cargó al hombro el pesado baúl y lo llevó hasta el bote donde lo depositó con sumo cuidado. Regresó, obligó al capitán a tumbarse en el suelo, y se apoderó del colchón de lana, ancho y pesado. Al enrollarlo, su mirada reparó en una trampilla de madera asegurada con un candado al fondo de la litera.

Buscó en el cuello de su cautivo y le arrancó la llave. Como imaginaba, la trampilla ocultaba una caja metálica más que mediada de doblones y monedas francesas y holandesas. Trasladó caja y colchón a la ballenera y regresó una vez más, para tomar con sumo cuidado la lamparilla de aceite y aplicarla con extrema delicadeza a las cortinas, la ropa y las sábanas que habían quedado desparramadas por el suelo.

El capitán le vio hacer con los ojos desorbitados por el terror:

—¿Es que vas a incendiar mi barco...? —sollozó—. ¿Estás loco...?

—Eres muy astuto... —replicó burlón *la Iguana* con absoluta calma—.

Pronto, del *María Alejandra* no quedará más que el recuerdo de que fue el barco

del capitán que me mandó azotar.

—¡Pero hay cuarenta hombres abajo...!

—Hoy no reirán... —aseguró convencido—. Y lo único que me apena, es que nunca sabrán quién los mandó al infierno. ¡Vamos...! —le ordenó ayudándole a erguirse—. Quiero que veas desde tierra cómo se hunde tu barco.

Le empujó hacia cubierta, anonadado como iba, casi idiotizado, mientras las llamas comenzaban a tomar cuerpo en la vieja estructura de madera, y el humo se apoderaba del interior del camarote.

A tropicones le hizo descender hasta la falúa, cortó las amarras de un seco machetazo, y tomó los remos alejándose sin prisas del buque que iba convirtiéndose en una auténtica antorcha flotante.

Al poco, comenzaron a escucharse los gritos de los hombres encerrados bajo cubierta que clamaban por escapar de la trampa de fuego, golpeando inútilmente las escotillas sobre sus cabezas.

Las llamas abandonaron pronto la camareta del capitán propagándose velozmente a los cabos y al velamen, y el aceite de ballena que empapaba los mamparos y parte de la cubierta hizo que el barco se transformara en cuestión de minutos en una especie de gigantesco castillo de fuegos de artificio. Estallaban maderos, la botabara del palo de mesana cayó con estrépito, y por escalas y escotas trepaban las llamas alumbrando la noche.

Las focas se lanzaron al agua, asustadas, evocando sin duda la erupción volcánica, millones de peces acudieron casi hasta la superficie atraídos por la intensa luz, y el viejo capitán lloró incontinentemente sin tratar de ocultarlo, viendo, impotente, cómo su nave se perdía para siempre y su tripulación perecía en la más espantosa de las muertes.

—¡Monstruo maldito...! —gritó una y otra vez—. ¡Monstruo maldito...! —y se diría que no era capaz de recordar ninguna otra palabra, como si su mente se hubiera nublado, anonadado por la impresión que le producía el espectáculo que estaba presenciando.

Oberlus, por su parte, remaba pausadamente, relajado, satisfecho de sí mismo y de la conclusión de su venganza, con el aire indolente de quien disfruta de un paseo en barca por la laguna de un parque público disfrutando de una exhibición pirotécnica.

Dentro de la nave, algunos hombres, semiasfixiados ya, golpeaban desesperadamente las cuadernas más altas en un enloquecido intento de encontrar una salida, pero el *María Alejandra* era un viejo ballenero construido a conciencia, acostumbrado desde siempre a resistir los embates de una mar gruesa. El filo del hacha más pesada apenas había hecho su aparición a unos cuantos centímetros por encima de la línea de flotación, cuando ya el hombre que la manejaba la dejó caer, perdidas las fuerzas y el conocimiento por el humo que se filtraba por todos los resquicios de cubierta.

Los cuarenta hombres habían perecido, asfixiados, mucho antes de que el armazón de la nave comenzara a dar señales de que tenía la intención de quebrarse.

El bote varó en tierra. Oberlus empujó al capitán hasta sentarlo en la arena, patético o ridículo envuelto en su sucio camión blanco, lloroso y temblando de miedo y tristeza, y juntos aguardaron, en silencio, a que, convertido en una única llama alucinante, el *María Alejandra* fuera tragado por las aguas chisporroteando crujiendo y lamentándose, antes de perderse, para siempre, en las profundidades.

En el aire flotaron pavesas, y un fétido olor a grasa de ballena y carne chamuscada comenzó a extenderse sobre las aguas, para alcanzar, por último, hasta el más apartado rincón del solitario islote.

Con el amanecer, algunas tablas, el palo mayor, dos cadáveres calcinados, y media docena de barriles vacíos que arrastraba mar afuera la corriente, era cuanto quedaba de lo que había sido un altivo y valiente ballenero.

Dominique estaba muerto.

Tal vez asfixiado por la mordaza; tal vez de miedo; tal vez de pena. Nadie sabía nunca la razón, pero lo cierto fue que en el momento de abrir la cueva y penetrar a desatarle, *la Iguana* se encontró con que le estaba mirando con los ojos muy abiertos y casi fuera de las órbitas.

Le observó unos instantes, contrariado, y optó por dejarle donde estaba, cubriendo nuevamente de rocas la improvisada tumba, molesto tan sólo por el hecho de que ya no tendría a quien consultar sus dudas cuando no supiera captar el significado de una palabra o el pasaje de algún libro.

Fue esa muerte, probablemente, la que salvó momentáneamente la vida al capitán del *Marta Alejandra*, que había quedado maniatado al borde del agua, pues aunque Oberlus presumía que el anciano no le sería de mucha utilidad a la hora de trabajar y se había convertido en un molesto testigo de su múltiple crimen, constituía, no obstante, la única persona de un cierto nivel cultural a quien acudir con sus preguntas en caso de necesidad.

Sebastián Mendoza no era más que un pobre marinero, tan ignorante como pudiera serlo el mismo Oberlus, y del noruego nada cabía esperar, pues en todo lo largo del tiempo que había pasado ya en la isla, apenas había sido capaz de aprender un par de decenas de palabras en español, y se diría que, con el paso de los días, su estupidez aumentaba.

El botín que había recuperado del *María Alejandra*, ropas, libros, armas, el colchón, y, sobre todo, el espléndido catalejo del capitán, contribuyeron de forma muy importante a hacer más fácil y agradable la vida de Oberlus en el islote de Hood, ya que a partir de aquel momento tomó la costumbre de sentarse durante largas horas en lo alto de su roca predilecta del acantilado, dedicado a la lectura, y a vigilar de lejos a sus súbditos en sus andanzas por la parte baja de la isla.

No necesitaba ya ocultarse entre las piedras o en los bosquecillos de cactus o matojos para estar siempre al tanto de lo que hacía su gente, y aprendió más tarde que aquel gran ojo mágico le descubría también un nuevo y vasto universo al permitirle estudiar de cerca el vuelo de las aves o su comportamiento en tierra, así como los juegos amorosos y las luchas intestinas de las familias de focas que poblaban el litoral.

Volvían de su larga migración los albatros gigantes, y los observaba con ayuda del catalejo desde que eran apenas un punto en el horizonte, maravillándose de la majestad irrepetible de su vuelo, tratando de descubrir vanamente el misterio de su capacidad de mantenerse quietos en el aire por tiempo indefinido.

La curiosidad; una casi morbosa curiosidad por todo, había hecho mella en el ánimo de la Iguana Oberlus, al que la lectura, el catalejo y la sensación de poder transformaban día a día, hasta el punto de que la existencia cobraba para él un nuevo sentido a medida que ensanchaba el campo de sus conocimientos.

La Odisea, por ejemplo, se le antojaba muy hermosa, ya que relataba las aventuras de un hombre que —como él— se enfrentaba a las adversidades, venciénolas, y le satisfacía constatar al propio tiempo que no se trataba de un loco soñador fruto de la imaginación de otro soñador, tal vez loco también, sino que se ceñía a una historia cierta. Antigua, muy antigua, pero cierta.

Y se trataba, además, de la historia de un hombre de mar.

A diferencia de Don Quijote, que olía a tierra, Ulises respiraba aire marino, luchaba contra las tormentas, las sirenas y las islas embrujadas, y buscaba siempre en el mar remedio a sus incontables contratiempos y desgracias.

Entendía a Ulises. Se «compenetraba» con Ulises, y admiraba en él aquella indomable capacidad de recomenzar una y otra vez partiendo de la nada, con una tenacidad que no desfallecía ante los hombres, los elementos, las brujas o los dioses, porque al final del camino sabía que le aguardaba un destino envidiable que él, Oberlus, compartía: ser rey de su propia isla, recuperando al mismo tiempo a la mujer que amaba.

Se preguntaba a veces si algún día encontraría en su vida una mujer semejante, alguien capaz de ver más allá de su rostro deforme y descubrir al auténtico hombre que escondía un cuerpo contrahecho y repelente.

Pero se esforzaba siempre por alejar pronto tales pensamientos que le hacían daño, porque, en esos momentos su mente volaba a los oscuros ojos de la hermosa muchacha que una noche cantara —para él— en la pequeña playa de la ensenada norte.

Ella podía ver más allá de las tinieblas; ella podía sentir una presencia extraña, y, de igual modo, tal vez estuviera también capacitada para captar la fuerza interior de un ser que producía, sin embargo, tan profundo rechazo en los demás.

Ella —nunca sabría su nombre— se había convertido en la representación de todas las mujeres de la Tierra: las que contempló de lejos, y de lejos le rechazaron, repeliéndole, o las que hubiera deseado conocer, conformándose tan sólo con sentarse a su lado y observarlas sin saberse abominado.

Gordas repugnantes, flacas esqueléticas, viejas desdentadas, o jovencuelas devoradas ya por el «mal francés», le habían vuelto la cara, escupiéndole o

gritándole « bestia del Averno» cuando intentaba establecer con ellas una simple comunicación amistosa, ahogando de ese modo en su alma hasta el último asomo de ternura, y sus más íntimos deseos de amar o ser amado.

Aquellos sentimientos —si es que alguna vez existieron realmente— estaban muertos; completamente muertos, salvo en sus sueños, cuando de improviso despertaba, húmedo y avergonzado de su propia debilidad, y tan sólo el frágil rostro pálido y atemorizado, de la joven pasajera del *Virgen Blanca*, había conseguido hacer renacer en su interior, después de tantos años de soledad y olvido el agrídulce encanto de su estéril ansiedad frente a la presencia de una mujer cualquiera.

Dulcinea o Penélope; Elena o tantas otras que parecían constituir la más ansiada meta de los hombres, le estaban vedadas por completo y lo sabía, y por ello libraba una angustiada batalla contra sus más secretos anhelos, pues odiaba sentirse vulnerable y parecerse en algo a todos aquellos de los que había decidido separarse para siempre.

La vida, y ahora los libros, le enseñaban que incluso los héroes —reales o de ficción— perdían gran parte de su fuerza cuando de cualquier forma invadían su existencia las mujeres, y le admiraba confirmar cómo hasta los más duros y enérgicos se dejaban dominar por ellas.

Guyenot fue siempre un capitán violento y temido por su tripulación y a bordo del *Dynastic*, bastaba una orden para que hasta el palo mayor temblara, pero la última puta de la más sucia taberna jugaba con él como con un muñeco destripado, y cuando traía alguna a bordo, embarcándola en una de aquellas inacabables travesías, era más el tiempo que pasaba encerrado en su camarote retozando con la barragana, que el que dedicaba a marcar el rumbo en busca de las grandes familias de ballenas.

Él, Oberlus, no caería nunca en una trampa semejante, y si las mujeres le habían rechazado desde que tenía memoria, y aun desde antes, puesto que su madre, a la que nunca había conocido le rechazó también, él las rechazaba a su vez, y se castigaba a sí mismo mentalmente cuando se sorprendía pensando en la muchacha de la playa.

Consideraba que semejante debilidad no era digna de él, de su fortaleza, o de los proyectos que había forjado para un futuro no demasiado lejano.

El viejo capitán del *María Alejandra*, don Alonso Pertiñas y Gabeiras, había nacido en el minúsculo villorrio de Aldan en la península del Morrazo, agreste punta de tierra que separa las rías de Vigo y Pontevedra, en Galicia, España.

Escondido en el fondo de una larga ensepada —ría a su vez dentro de otra gran ría—, Aldan vivía del mar y para el mar, y ningún hombre nacido allí hubiera imaginado nunca otra vida que la de salir a navegar en cuanto tuviera uso

de razón, y no regresar más que durante cortas escalas temporales o para la larga escala final en espera de la muerte, pese a que, por aquellas fechas, casi el sesenta por ciento de los marinos aldaneses habían desaparecido para siempre tragados por las aguas.

Era el suyo un cementerio de mujeres, ancianos y algún que otro niño, pues sabido era que la Muerte, por mucho que se avispara y rápidamente que actuase, rara vez tenía ocasión de atrapar a un marino de Aldan en tierra firme.

—Tengo ocho hijos —admitió el anciano capitán una tarde, al borde de la playa, allí, en el punto exacto en que contempló cómo su nave se hundía para siempre—. Los ocho han sacado mi nariz y mis rasgos, pero, en conjunto, no recuerdo haber pasado más de un par de años de mi vida en casa, sumando todos los días que he dormido en ella... —jugueteó con la arena—. Las mujeres de mi pueblo odian el mar... —«La Mar», la llaman ellas...—. «Putas de ojos verdes y suave runruneo que les roba a los hombres...». Cuando no los devora, los devuelve ancianos, decrepitos, y eternamente melancólicos...

—A mí también me gusta el mar... —admitió Oberlus—. Aborrezco a los barcos y los marinos, pero el mar me gusta...

—Yo amaba a mi barco más que al mar... —replicó el viejo como ausente—. Por eso, tal vez por celos, y como no podía hundirlo por más que lo intentó, ese mar te sacó a ti de los confines del Averno para que al fin lo quemaras... —se volvió a mirarle, despectivo y asqueado—. ¿Cómo puedes ser tan repelente y contrahecho; tan infrahumano y hediondo...? ¿Acaso no sientes vergüenza de ti mismo?

La Iguana Oberlus sonrió apenas y continuó fumando, paciente, el aromático tabaco que el noruego Knut cultivaba en las zonas altas de la isla.

—No pienso matarte por lo que digas... —le advirtió—. Ni castigarte siquiera porque sé que buscas ese castigo, ya que no soportas la idea de estar vivo, mientras tus hombres se encuentran allí abajo para siempre... —Le apuntó con la boquilla de la cachimba—. Fuiste tú quien decidió azotarme... —le recordó—. Fuiste tú quien cometió el error de humillarme, y un segundo error al dejarme con vida... Fuiste tú quien hizo que decidiera rebelarme contra todo, avivando mis deseos de venganza, por lo que no era más que el capricho de una tonta mañana en la que no se te ocurrió nada mejor que azotarme para divertir a tu tripulación... —Hizo una larga pausa y fumó de nuevo agitando la cabeza como si le pesara lo ocurrido—. Terrible debe de ser para ti descubrir que has despertado a una fiera dormida y ésta ha devorado cuanto amabas...

El español le miró con asombro e indignación.

—¡Fiera dormida...! —exclamó—. ¿Quién te has creído que eres, estúpido...? ¿Dios...? ¡Fiera dormida...! —repitió—. Sucio asesino y basta... Desecho humano que rezuma rencor por algo de lo que nadie más que tú tiene la culpa... ¡Maldito sea yo, en efecto!, pero no por lo que hice, sino por ser un viejo

caduco y sin fuerzas... Aún no hace diez años que te hubiera estrangulado con mis propias manos, sin importarme esa artillería de fante que te cuelgas a la cintura para asustar a tus esclavos.

La Iguana Oberlus rió de buena gana por primera vez en mucho tiempo, o quizá por primera vez en su vida, pues en verdad que no recordaba haberse sentido nunca tan alegre y satisfecho. Aquel curtido lobo de mar, Alonso Pertiñas y Gabeiras, natural de Aldan, en la gallega península del Morrazo, buscaba provocarle, insultándole, no para menospreciarle o enfrentarse a él en una riña abierta y excitante, sino como forma de recibir un castigo que le redimiera de una culpa que, en su origen, no era otra que la de haberle menospreciado en demasía.

El pobre viejo pedía la muerte, no con llantos, sino con amenazas e inectivas, y era digna de ver la humillación que eso debía de significar para él, incapaz de humillarse, sin embargo rogando.

—No me hubiera gustado verte llorar —le dijo—. Ni pedir clemencia por tu vida, porque a un cobarde no vale la pena derrotarle... Pero me gusta comprobar que reclamas tu muerte sin mendigarla, porque te avergüenza tu actual existencia y no eres capaz de poner fin a ella... —le observó muy de cerca, casi inclinándose sobre él—. ¿Por qué...? ¿Sólo porque tu religión te prohíbe el suicidio...? Aquí nadie te va a expulsar del camposanto... Suicídase si quieres... —le animó—. Yo lo apruebo. En realidad, es lo que estoy esperando desde el momento en que te dejé en libertad...

—La muerte me llegará cuando Dios quiera... —fue la serena respuesta del gallego—. Si Él me exige sobrevivir en esta isla en la que cometí un error imperdonable, aquí me quedará mientras me lo ordene... —Le devolvió la mirada con idéntica intensidad como si de improviso hubiera recuperado su entereza y se sintiera otra vez dueño de sí mismo...—. Y si algo me alegra... —añadió— es haber descubierto que a ti ni siquiera te queda el consuelo de confiar en la misericordia divina, y en que algún día tu existencia sea menos deleznable. Hagas lo que hagas, estás condenado a seguir encerrado en ese asqueroso cuerpo hasta que se lo coman los gusanos, y como no crees en el infierno, ni siquiera allí te verás libre de él.

La Iguana Oberlus se puso en pie con tranquilidad. Vació su pipa golpeándola contra una roca e hizo un leve gesto con la mano, como si se limitara a despedirse de un agradable contertulio.

—Ha sido un hermoso discurso, viejo... —dijo—. Muy hermoso. Pero nada de cuanto has dicho me afecta, porque lo sabía de antemano... —Agitó la cabeza pesimista—. Tenía unos seis años cuando me sujetaron entre cuatro obligándome a contemplarme largo rato en un espejo. De entonces acá, no ha pasado un solo día sin que me asaltara ese recuerdo... Y si lo olvidaba, allí estabais vosotros para refrescarme la memoria... ¿Sabes en cuántos idiomas soy capaz de reconocer la

palabra «monstruo»? En dieciocho, incluidos el quechua, el chino y el malayo. ¿Cómo puedo creer en la existencia de un Dios que tuvo el valor de echarme al mundo con esta cara...? —Rió de nuevo—. Si alguna vez lo hubo, se murió del susto, o de vergüenza, al verme.

Casi un mes más tarde el anciano capitán se refirió, en una charla extensa y un tanto incoherente, a la vida en su Galicia natal, a las supersticiones de su pueblo, y al extraño y gigantesco mono blanco que acompañaba a menudo a los pescadores y marinos de Aldan cuando se dirigían, al amanecer, hacia sus barcas.

Recordó luego de igual modo, sin conseguir situarlo exactamente en el tiempo, a su tío Santiago, al que ahorcaron por «pirata de tierra», y, oyéndole, Oberlus comprendió que el pobre viejo perdía día a día la razón, o había entrado en un rápido proceso de senilidad, ya que desvariaba sobre las cosas más simples.

—¿Qué es un «pirata de tierra»? —quiso saber, puesto que aquel era un término nuevo para él, pese a que durante un corto período de tiempo había sido auténtico pirata de mar.

—Uno como mi tío —fue la ilógica respuesta—. Mi tío Santiago era «pirata de tierra», y bien merecido tuvo que lo ahorcaran de una higuera.

¿Pero qué hacía?

—Él no nació en Aldan... —quiso puntualizar el español—. Los de Aldan nunca encallarían un barco a propósito... Él era de tierra adentro... De algún lugar de Orense...

—¿Cómo los hacía encallar...?

—Como lo hacen siempre los piratas de tierra...

—Pero ¿cómo...? —se impacientó Oberlus.

El otro le miró sorprendido, como si la pregunta se le antojara estúpida:

—Con luces...

—¿Luces...?

—¡Luces...! —Ahora fue el viejo el que se impacientó de veras—. ¿Acaso no sabes lo que son las luces de situación de un barco...?

Oberlus no respondió, consciente de que su interlocutor estaba atravesando uno de sus frecuentes momentos de crisis, y optaría por enmudecer por completo si advertía que el tema le interesaba en exceso.

Guardó silencio por lo tanto; comentó algo intrascendente sobre las ridículas evoluciones de una pareja de alcatraces de patas azules, que llevaban más de tres

horas danzando cómicamente el uno frente al otro sin decidirse a poner fin al rito prenupcial, y abandonó al gallego, que parecía sumirse cada vez más profundamente en sus extrañas obsesiones, y murmuraba confusas órdenes destinadas al parecer al primer oficial del *María Alejandra*.

Pero Oberlus volvió sobre el tema a la semana siguiente, cuando encontró al capitán cocinando un puchero repleto de cangrejos escarlatas que pululaban a millares en torno a las colonias de iguanas marinas y las familias de focas.

Inocentemente, Alonso Pertiñas le explicó entonces, con todo lujo de detalles, los trucos que utilizaban algunas gentes de su tierra gallega para engañar en las noches oscuras a los navíos extranjeros que bordeaban sus peligrosas costas, haciéndoles creer que precedían a otra nave que seguía un rumbo correcto. Se encontraban de ese modo súbitamente encallados en una playa o estrellados contra un bajío, sufriendo el ataque inmediato de los piratas, que les asaltaban pasándoles a cuchillo y despojándoles, en cuestión de horas, de su carga.

—Es astuto —admitió Oberlus.

—Es cobarde... —replicó el otro—. La más cobarde forma de pillaje que ha inventado el hombre... Hunden un barco y ahogan a sus tripulantes por conseguir un puñado de fardos empapados... La mayor parte de la mercancía valiosa se guarda bajo cubierta y acaba siempre en el fondo del mar.

—Pero resulta comprensible que, quien no tiene un barco para abordar a otro, emplee su inteligencia para traerle a un terreno donde pueda vencerle con menor esfuerzo...

El capitán Pertiñas se envaró bruscamente, como si de pronto, en su mente, confusa a ratos desde semanas antes, se hubiera abierto paso la idea de que su verdugo le había utilizado, sonsacándole una información que pensaba utilizar algún día.

No dijo nada. No hizo comentario alguno, pero esa tarde, cuando Oberlus leía en lo alto de su roca, espionando de tanto en tanto a sus cautivos con ayuda del catalejo, reparó en la encorvada figura del anciano que ascendía cansinamente la suave pendiente que conducía a los acantilados de barlovento.

Alcanzó la cima a menos de cuatrocientos metros de donde él se encontraba, y tras contemplar un largo rato el mar lamiendo dulcemente las piedras que dejaba al descubierto la marea respiró por última vez, profundamente, y se lanzó, decidido, al abismo.

Lo observó mientras trazaba una trágica pirueta en el aire para ir a estrellarse con un golpe seco contra las rocas de un fondo de veinte centímetros de agua. Luego, lo enfocó con el catalejo comprobando que había muerto en el acto, quebrado el espinazo.

Mientras contemplaba cómo las olas jugueteaban con el cuerpo inerte, antes de arrastrarlo mar adentro, meditó en el hecho de que su Dios debía de haberle abandonado de improviso, o que un nuevo sentimiento de culpabilidad, más

fuerte aún que el anterior, le había hecho insoportable la existencia.

Paseó la vista por la isla, hermosa, solitaria y pacífica en la templada tarde ecuatorial, sonrió satisfecho ante el paisaje, y se sumergió de nuevo en la lectura.

Había progresado mucho, y ya apenas necesitaba deletrear las sílabas.

Dos súbditos eran pocos incluso para un reino tan minúsculo como el de la isla de Hood, y su monarca pareció comprenderlo al poco tiempo.

Necesitaba gente, o de lo contrario él mismo tendría que regresar al trabajo, a cultivar la tierra, pescar, cocinar o reparar las cisternas, y eso le impediría dedicar todo su tiempo a lo que en verdad deseaba: leer, aprender, y observar hasta el último detalle de cuanto le rodeaba.

Los barcos que fondearon en la isla durante los meses siguientes, un falucho con todas las trazas de estar tripulado por piratas y un majestuoso buque de guerra de más de sesenta cañones, no le brindaron oportunidad alguna de apoderarse de nuevos cautivos, obligándole, por el contrario, a ocultarse y ocultar a los suyos durante el tiempo que permanecieron en «sus» aguas.

Ambas naves aprovecharon la estancia para cargar iguanas de tierra y galápagos, y advirtió, preocupado, que la población de estas últimas comenzaba a disminuir de forma alarmante. De los centenares que pululaban por el islote cuando desembarcó en él, se habían reducido, en el transcurso de cinco años escasos, a poco más de una veintena, refugiadas en los más inaccesibles barrancos del Oeste.

Las iguanas se reproducían con rapidez y jamás escasearían, pero no ocurría igual con las tortugas, cuyo ciclo vital era lento y terriblemente complicado, pues, pese a los centenares de huevos que solían desovar las hembras, sólo uno de cada diez mil aproximadamente llegaba a convertirse en un animal adulto.

Algunos capitanes habían descubierto ya que el aceite de galápagos resultaba muchísimo más apreciado y rentable que el de las propias ballenas, aprovechándose al mismo tiempo su caparazón para fabricar objetos de adorno, y cada vez arribaban buques con mayor frecuencia al archipiélago, no ya para abastecerse de carne fresca para una larga travesía, sino, en especial, a la búsqueda de un fructífero y cómodo cargamento.

Oberlus sabía que podía alimentarse de iguanas, huevos, peces y verduras de sus huertos indefinidamente, pero la carne de galápagos había constituido desde el primer momento la base de su alimentación, y le inquietaba seriamente el hecho de que un día pudiera llegar a faltarle. De hecho, las galápagos de Hood, de caparazón distinto a las del resto del archipiélago, se extinguieron por completo, fruto de la depredación, antes de concluir ese mismo siglo, y el propio Oberlus fue la principal causa de su desaparición.

Prohibió por tanto a Mendoza y al noruego que las mataran impidiendo el

consumo de su carne salvo pena de severos castigos, y escondió la mayoría de las que quedaban en una gran caverna que se convirtió de ese modo en una despensa de seres vivientes que necesitaban muy poco cuidado y alimento, responsabilizando al chileno de su número y su seguridad.

Éste vivía obsesionado por la idea de evadirse, comenzando a ocultar con tal motivo alguno de los maderos que el mar arrastraba hasta las costas de levante, animado por la esperanza de que algún día estaría en condiciones de construir una balsa hacerse a la mar y alcanzar, en seis o siete días, alguna de las restantes islas del archipiélago.

Habiendo navegado sin embargo como lo había hecho, durante más de quince años por aquellas latitudes, Sebastián Mendoza sabía a ciencia cierta que la fuerte corriente que llegaba de la costa americana le impulsaría de modo inflexible hacia poniente. Si no tenía por tanto la suerte de recalar pronto en la isla de Charles o en la punta sur de Albemarle, esa corriente le adentraría en el Pacífico y transcurrirían en ese caso meses antes de avistar de nuevo tierra firme. Cabía incluso entonces el peligro de ir a caer en manos de las salvajes tribus antropófagas de Nueva Guinea o la Melanesia, si es que, por algún extraño milagro, había conseguido conservar hasta entonces la vida.

Era un bote a remos y una vela lo que necesitaba para salir de Hood, pero no podía siquiera soñar con ello ignorante como se encontraba de que su verdugo, *la Iguana Oberlus*, había ocultado la lancha auxiliar rescatada del *María Alejandra* en una diminuta cala de sotavento.

Agreste, rocoso y escaso de vegetación, el islote no ofrecía demasiados escondites próximos al mar, por lo que Oberlus había optado por el sencillo procedimiento de hundir la embarcación cargándola de piedras en un punto poco profundo y bien protegido, justo a unos cinco metros del límite que alcanzaban las aguas en las mareas más bajas. Allí nadie iría a buscarla ni podría encontrarla por casualidad, y sabía que la tendría a su disposición por el medio de introducirse en el agua, descargar de piedras y hacerla flotar nuevamente. Era una ballenera fuerte segura y rápida, capaz para ocho remeros, un timonel y un arponero; una de aquellas valientes lanchas con las que tantas veces había perseguido en mar abierto a las ballenas, o se había dejado arrastrar, a velocidad suicida, cuando la gran bestia se sentía herida e iniciaba una desesperada carrera huyendo de la muerte.

—¡Por allá sopla...!

Aún resonaba en sus oídos el grito excitado del vigía, que en la cofa apuntaba con el brazo hacia el punto en que el gran cetáceo había hecho su aparición, y era aquél, sin duda, el más alegre y maravilloso de los gritos: la única frase que consiguió despertar jamás eco en su espíritu, pues a partir del momento en que el capitán ordenaba «¡Botes al agua!», y saltaba de inmediato a la proa del primero, *la Iguana Oberlus* dejaba de ser el más hediondo monstruo que surcara

los mares, para convertirse en el mejor, más valiente, astuto y certero de los arponeros del Pacífico.

Lanzaba el arma con la fuerza de un resorte de acero que se liberase, vibrando, tras meses de permanecer aprisionado, acompañándose de un grito corto y seco que parecía duplicar su potencia, para saltar atrás de inmediato y permitir que el largo cabo se desenrollara sin trabas, siguiendo al animal herido en su loca fuga hacia las profundidades.

Parecía saber luego siempre el momento justo en que la ballena cambiaría de idea y se lanzaría a una desesperada carrera hacia la superficie, y presentía —como si un sexto sentido se lo advirtiese— cuándo llegaba en plan de ataque o cuándo únicamente buscaba aire con el que iniciar una nueva escapada.

Remeros y timonel le obedecían a ciegas, conscientes de que, en más de una ocasión, habían salvado la vida por su causa, y Oberlus se transformaba en esos momentos en el jefe indiscutible, el líder que tal vez hubiera sido en vida, si la Naturaleza no se hubiera ensañado con él proporcionándole aquel rostro impresentable.

Pero media hora más tarde, cuando al fin había vencido, el cetáceo flotaba muerto sobre las aguas y la excitación de la caza y el peligro habían pasado, Oberlus se convertía de nuevo en el «monstruo» el «hijo del Averno», con el que pocos condescendían —o se arriesgaban— a cruzar una palabra.

Cuando no cazaba, dejaba pasar los días al aire libre, en proa, incluso bajo las lluvias torrenciales o el sol más violento, y prefería dormir también al raso, acurrucado sobre un jergón en el fondo de la mayor de las balleneras, sin ocupar casi nunca su hamaca del sollado de la marinería, al que no acostumbraba a descender más que cuando el mal tiempo arreciaba y el capitán ordenaba desalojar la cubierta.

De igual modo, comía solo en un rincón, de pie la mayoría de las veces, y recostado contra un mamparo se emborrachaba a solas cuando le correspondía emborracharse, y no se unía al resto de la tripulación más que cuando faltaba un jugador y le invitaban a sumarse a una partida de dados o de naipes.

Los puertos los recorría solo igualmente, asustando a la gente, y nadie se acordaba de él, ni se le aproximaba, hasta el momento en que, ya en mar abierto, el vigía gritaba con voz ronca:

—¡Por allá sopla...!

Pero, para su desgracia, no había muchas ballenas en los océanos, por lo menos, no tantas como hubiera necesitado para sentirse importante y dueño de su vida y la de otros con mayor frecuencia, y era eso lo que había hecho que —al fin— abandonara la caza y se encerrara para siempre en la soledad de un Islote.

Algunas tardes, cuando distinguía los surtidores de los cetáceos en la distancia durante sus largas peregrinaciones del Ártico al Antártico, evocaba con nostalgia aquellos pocos momentos en que había disfrutado de una auténtica plenitud y casi

felicidad, pero le constaba que nunca más volvería a embarcarse, porque tras aquellos años de soledad e independencia, no se sentía capaz de acostumbrarse nuevamente a las muestras de horror o las frases de desprecio de cuantos le rodeaban. Ahora era Oberlus *Rey de Hood*, y había aprendido lo que significaba ser libre y, en cierta forma, poderoso.

La rebeldía inicial y el ansia de venganza que había motivado alguno de sus actos, impulsándole a secuestrar a Mendoza o al noruego Knut, e incendiar el *María Alejandra*, iba dejando paso, con el transcurso del tiempo, a un profundo convencimiento de que, en realidad, aquél era el destino para el que había nacido.

Era distinto al resto de los seres humanos, y su diferencia no estribaba tan sólo en un rostro deforme y un cuerpo contrahecho. Era distinto también en su forma de ser y de pensar, y en inteligencia, anhelos y sentimientos. Por todo ello, su concepto de la moral, el bien o el mal tenía que diferir, en lógica, de la del resto de los seres humanos.

El daño que pudiera causar mutilando o azotando a sus víctimas no podía compararse con el que le habían causado aborreciéndole desde que era niño, porque los castigos físicos se olvidaban con el tiempo, pero las heridas de un espíritu atormentado día tras día, no cicatrizaban nunca.

Matar a un hombre significaba tanto para él como matar a una foca, porque esos mismos hombres le habían convencido de que no formaba parte de su especie, no era un « semejante », y resultaba evidente que tan sólo el hecho de matar a un semejante constituía delito de sangre para la Justicia.

¿Habría castigado esa Justicia a quien matara a un monstruo como Oberlus? Él, el propio Oberlus, estaba convencido de que —si el juez le conocía personalmente— absolvería a quien acabara con él, incluso tal vez felicitándole por haber librado a la sociedad de semejante carga. Vejar, insultar, pegar, ofender, azotar, mutilar e incluso asesinar a *la Iguana Oberlus*, no debía resultar condenable a los ojos de la mayoría de los hombres, y por lo tanto, y a la recíproca, vejar, insultar, pegar, ofender, azotar, mutilar o asesinar a un hombre, no debía resultar condenable a los ojos de *la Iguana Oberlus*.

Y no es que fuera el suyo un razonamiento al que hubiera llegado tras larga meditación, sino un íntimo convencimiento asentado en lo más profundo de su subconsciente, como resultado de toda una vida de sentirse menospreciado.

La muerte de Lassá, Georges, el capitán Pertiñas o todo el conjunto de la tripulación del *María Alejandra*, no repercutían ya en la conciencia de Oberlus con la mayor intensidad de lo que pudiera repercutir el matar a una tortuga, pescar un tiburón, o arponear, años atrás, una ballena.

Sentía más afecto y respeto por cualquier viejo macho de foca de las que le hacían compañía en la cumbre del acantilado, que por ninguna persona de este mundo, y, desde luego, no hubiera cambiado la vida de uno por la de otro.

Y es que, en cierto modo, se sentía identificado con aquellos machos condenados a la soledad hasta el día de su muerte, tras haber sido fuertes, valientes y amos absolutos de un territorio y un harén sobre el que dominaron con poder indiscutible.

Día tras día habían luchado contra otros machos más jóvenes siempre por la posesión de su familia, hasta que los años y el cansancio les vencían, y acababan derrotados en su eterna batalla.

Desde ese mismo momento trepaban pesadamente a la cumbre de la isla y se establecían allí, como eternos vigías al borde del abismo, contemplando desde lejos, nostálgicos y resignados, el que había sido su reino y a la que había constituido su familia.

Dejaban pasar las semanas, y aun los meses, inmóviles como estatuas vivientes, hasta que, consumida toda su capa de grasa, se lanzaban de improviso al abismo en un salto suicida.

Si sobrevivían, saciaban su hambre, engordaban rápidamente, y reiniciaban su lenta andadura hasta la cumbre, a la espera de la, muerte o un nuevo salto.

Un amanecer, casi siempre era al amanecer, inclinaban la cabeza sobre el pecho y recibían, tranquilos, a la muerte.

Un mes más tarde, Oberlus acudía a retirarles los largos colmillos, curvos y afilados, que en un tiempo, antes de aprender a leer, se entretenía en tallar con esmero durante largas horas de tedio.

Aquellos viejos machos le habían acompañado durante años con su mal carácter y sus gruñidos, su indescriptible orgullo y su capacidad de sufrimiento, y se le antojaban por ello mucho más dignos de respeto y afecto que cualquier persona capaz de hablar, pensar y despreciarle.

Tuvo que aguardar tres meses antes de que se le presentara la oportunidad en una noche negra, sin luna, con nubes bajas que ocultaban las estrellas; noche en que no se distinguían los objetos —ni aun los más altos cactus— a media docena de metros de distancia, pero en la que aparecieron al fin en la distancia las luces que señalaban la presencia de un barco.

Las estudió largo rato con ayuda del pesado catalejo, tratando de hacerse una idea sobre el tipo de navío al que pertenecerían, y puso luego en práctica las explicaciones del capitán español, encendiendo dos rústicas farolas que colgó a los extremos de una larga vara.

Se paseó más tarde por la costa de poniente, balanceando la vara sobre sus hombros, alternativamente, de forma que un atento vigía pudiera suponer que en la distancia navegaba ante ellos un buque no demasiado grande.

Si el piloto de la nave sabía o suponía que se encontraba en las inmediaciones del archipiélago de Las Galápagos, corriendo por tanto el consiguiente riesgo de

estrellarse contra una de sus islas, lo lógico era que le tranquilizase la presencia de un barco que marchase ante él, en su misma ruta, y optase por seguir sus luces de situación pues mientras brillasen significaba que no corrían peligro.

Cuando quisiera darse cuenta de que se trataba de una trampa, sería demasiado tarde y se encontraría embarrancado en la playa o hundido por un arrecife cerca de la costa.

Sin embargo, o bien el capitán de aquella nave conocía el truco de los piratas gallegos, o estaba muy seguro de cuál debía ser su rumbo, pues no pareció prestar atención a las luces de Oberlus, y se alejó hacia el sur, imperturbable, dejando la punta del acantilado a muchas millas de distancia por su banda de babor.

Cerca ya del amanecer, decepcionado, furioso y muerto de sueño y cansancio, la Iguana Oberlus abandonó su carga, apagó los faroles, y se retiró a su cueva, maldiciendo al viejo capitán y sus absurdas historias.

Pese a ello, en el fondo estaba convencido de que el sistema tenía que ser válido, y no tenía por qué culpar al marino por un primer fracaso.

Era cuestión de tiempo y paciencia.

Y él disponía de ambas cosas.

Esa paciencia dio como resultado que, al cuarto intento, un viejo carguero portugués que había zarpado dos meses antes de Río de Janeiro con destino a las colonias de China, se abriera como una naranja al clavar su proa contra los bajos del sudeste, anegándose en cuestión de minutos.

Sólo cinco de sus tripulantes sabían nadar y alcanzaron a duras penas la costa. Oberlus golpeó a los tres primeros, dejándolos inconscientes, y acuchilló allí mismo a los dos restantes, impidiéndoles poner pie en tierra. Cinco nuevos cautivos se le antojaron demasiados para una sola «hornada» y carecía de grilletes con los que encadenarlos. Tres constituían un número perfecto que se sentía capaz de manejar sin problemas.

A media mañana, y aunque las mareas nunca eran demasiado acusadas en la isla, la pleamar liberó al Río Branco de su trampa de rocas, y las olas y la fuerte corriente lo arrojan, escorado, contra la costa, donde quedó escurriendo agua por la enorme brecha de la amura de proa.

La Iguana Oberlus nunca había poseído tantas cosas. De pronto, y gracias a su ingenio, era un hombre rico.

Viveres, libros, muebles, ropas, dinero, cartas marinas, platos, cacerolas, cubiertos, armas e incluso dos pequeños cañones, que exigieron días más tarde toda una semana de duro esfuerzo por parte de sus cinco cautivos a los que obligó a acarrearlos hasta la parte más alta del islote.

Los emplazó allí, perfectamente protegidos y camuflados, apuntando hacia la entrada de la ensenada, y se sintió orgulloso. Dos cañones significaban fortificar su «reino» y le brindaban la oportunidad de dominar aún más a sus hombres, y

alejarse de sus costas a visitantes inoportunos.

Hood, refugio antaño de aves marinas, comenzaba a convertirse en un lugar importante que el mundo aprendería a temer y respetar.

Comprobó la potencia de su minúscula batería privada, y le divertió advertir el pánico que las explosiones provocaban en la colonia de rabihorcados, albatros, alcatrazes y piqueros, que alzaron de inmediato el vuelo, horrorizados, cubriendo el cielo con sus graznidos y cagadas. Era algo grande convertirse en dueño de tantas riquezas —dos cañones y cinco hombres— y sentarse allí a vigilar, con ayuda del catalejo, a sus cautivos.

De los recién llegados, dos, Souza y Ferreira, parecieron resignarse desde el primer momento a su destino, considerándolo una aventura transitoria, pero el tercero, un piloto llamado Gamboa, de gesto altivo y blanco cabello pese a no haber superado aún la cuarentena, se mostró de inmediato resabiado y silencioso, y había algo en su forma de mirar y aceptar las órdenes, que hizo comprender a Oberlus que pronto le daría motivos para tener que «castigarle». Pese a su seguridad, prefirió aguardar a que fuera el propio portugués el que le proporcionara motivos válidos para hacer justicia, pues deseaba que sus hombres le temieran, pero sabía, por su experiencia a bordo de muchos barcos, que tal temor debía basarse siempre en el convencimiento de que los castigos no eran nunca arbitrarios.

En su «reino», el que respetara su ley estaba a salvo aunque no estuviera de acuerdo con dicha ley. Él, Oberlus, ordenaba, y los demás obedecían.

En el fondo, estaba imponiendo una política tan antigua como la más antigua de las dictaduras regida por un cerebro medianamente lúcido que aspirase a perpetuarse en el poder, porque los caprichos y la anarquía no conducían más que al desconcierto, la desesperación y la rebeldía.

El día que Gamboa le ofreciera una oportunidad de caer sobre él, Oberlus la aprovecharía sin reparo, infringiéndole un castigo ejemplar, pero, por el momento, se limitó a dejarle actuar, vigilándole muy de cerca y aguardando, paciente, a que se decidiera a cometer un error.

Con motivo de la ampliación del número de sus súbditos, elevó a Sebastián Mendoza a la categoría de hombre de confianza y capataz, y pese a que continuaba desconfiando de él y sus marrullerías, le autorizó a recorrer la isla libremente para supervisar las tareas de los otros, aunque sin permitirle nunca detenerse demasiado tiempo junto a ninguno de ellos.

Le constaba que el mestizo le odiaba a muerte por haberle amputado los dedos, pero sabía, también, de igual modo, que le temía más que nadie en la isla, y se preocuparía de que todo funcionase como su amo ordenaba.

—De ahora en adelante la responsabilidad es tuya... —le advirtió—. Y si pretendes conservar los dedos que te quedan, te aconsejo que mantengas los ojos bien abiertos... Ya no tienes que trabajar, te daré una garrafa de ron a la semana

y algunos víveres, pero tendrás que mantenerme informado si alguno remolonea, se rebela, o no atiende a razones...

Consiguió de ese modo dividir a sus cautivos.

De un lado se encontraba Mendoza, y con él su perro fiel, el incondicional noruego, que le obedecía ciegamente, y del otro los portugueses, divididos a su vez entre la latente rebeldía de Gamboa, y el callado sometimiento de Souza y Ferreira.

Podría incluso llegar a pensarse que, para estos dos últimos, el cautiverio no constituía una carga demasiado pesada, ya que no se diferenciaba en mucho a la vida que llevaban a bordo del barco, siempre a las órdenes de un capitán borrachín y autoritario, mal pagados y peor alimentados. Embarcados para sobrevivir de algún modo, expuestos siempre en alta mar a mil peligros, dadas las pésimas condiciones de mantenimiento de la vieja carraca, probablemente se limitaron a considerar que habían cambiado su cárcel flotante por otra más firme y segura, a la espera, como siempre, de la improbable llegada de tiempos más venturosos.

Contentos se daban por el momento con haber salvado el pellejo, convirtiéndose en los únicos supervivientes de una tripulación de treinta y seis hombres, y si todo cuanto se les exigía era trabajar y obedecer, eso era algo a lo que estaban bien acostumbrados. Por tal motivo, cuando Gamboa, que a menudo había abusado de ellos siendo su piloto, trató de aproximárseles incitándoles a amotinarse y jugarse la vida enfrentándose al monstruo, se limitaron a hacerse los sordos, eligiendo mantenerse al margen del problema.

Gamboa —João Bautista de Gamboa y Costa— descubrió pronto, por tanto, que se encontraba solo en sus ansias de libertad y lucha, y comprendió pronto, también, que su captor le vigilaba con especial atención, pendiente de sus actos. Pero Gamboa era hombre acostumbrado a mandar y no a obedecer, no había nacido para esclavo, y era el único, además, que sabía a ciencia cierta que Oberlus le había engañado con sus juegos de luces, precipitándole contra la costa.

Se encontraba de guardia en el puente del Río Branco aquella noche, y había decidido por su cuenta y sin consultar al capitán, seguir el rumbo de aquella nave desconocida que marchaba ante su proa en la distancia. Fruto de su ingenuidad y su iniciativa, era que, a aquellas horas, el capitán y casi todos sus compañeros de navegación se encontraban en el fondo del Pacífico, del navío que le habían confiado no quedaban más que un montón de astillas, y él, João Bautista de Gamboa y Costa, se había convertido en siervo de quien le había burlado de aquel modo.

No era, por tanto, un lógico deseo de libertad lo que le animaba únicamente en su necesidad de rebelarse, sino, sobre todo, una desesperada ansia de venganza.

En menos de veinticuatro horas, *la Iguana Oberlus* se había convertido para

Gamboa en una obsesión exasperante; la representación de todo lo odioso y despreciable de este mundo: una alimaña a la que tenía que aniquilar aun a costa de su propia vida.

Sus posibilidades de triunfo eran pocas, y de eso estaba seguro, pero, armándose de paciencia, confiaba en encontrar el punto débil de su captor. Al fin y al cabo, y pese a su apariencia, su enemigo no era más que un ser humano como otro cualquiera, y los seres humanos solían cometer siempre, pronto o tarde, algún tipo de error.

Ese día, él, João Bautista de Gamboa y Costa, estaría esperando.

Niña Carmen era hija de don Álvaro de Ibarra, y había nacido en la ciudad de Quito, antigua capital de la Provincia Norte del Imperio Incaico, en la que se decía que había nacido, también, fruto de los amores del emperador Huayna Capac con una nativa, el Príncipe Atahualpa, que más tarde le disputaría el trono a su hermano mayor, Huascar.

Huascar moriría a manos de Atahualpa, éste en el patíbulo de Pizarro, Pizarro bajo los puñales asesinos de los partidarios de su antiguo amigo Almagro, y Almagro había sido a su vez ajusticiado previamente por el propio Pizarro.

Se diría que aquella larga cadena de sangre, muertes y violencia, había marcado de un modo trágico a la ciudad de Quito y a la familia Ibarra, ya que el hermano mayor de *Niña Carmen*, Alejandro, había caído con el corazón atravesado de una cuchillada, en un estúpido duelo, y su tío Juan a manos de unos salteadores.

Y es que se aseguraba que, por parte de su abuela materna Carmen de Ibarra —*Niña Carmen* para los conocidos— llevaba en sus venas algo más que algunas gotas de sangre de la estirpe de Atahualpa, y una rama de los Ibarra estuvieron también emparentados con otra rama de los Pizarro.

El resultado de semejante mezcla de razas, había sido una muchacha no demasiado alta, pero de marcada y provocativa silueta, rostro alargado, nariz levemente aguileña y boca sensual y prometedora. Una mata de espeso cabello negrísimo le caía, liso, hasta casi la cintura, ocultándole a menudo la mitad del rostro; un rostro en el que brillaban dos ojos enormes, oscuros y enigmáticos, cuya forma de mirar estaba considerada como la más subyugante y misteriosa de la ciudad.

En conjunto, nadie se habría atrevido a clasificar a *Niña Carmen* como clásica belleza criolla, pero resultaba evidente que no existía en Quito, ni en todo lo que había sido en su tiempo Reino del Norte, una muchacha a la que pretendieran más hombres, ni que despertase, con su sola presencia, pasiones más ardientes.

Por todo ello, y como cabía esperar, a los dieciocho años Carmen de Ibarra eligió entre sus múltiples admiradores y decidió casarse con Rodrigo de San Antonio, el más guapo, arrogante, simpático, generoso, noble e inteligente de los

ricos herederos de la región, cuyo padre poseía vastas haciendas en Ambato, Loja y Zamora.

La boda, fastuosa, atrajo a todo el que «era alguien» de Lima a Cartagena de Indias, y la pareja se estableció en San Agustín, una hermosa hacienda-palacio al pie del volcán Cotopaxi, a una jornada a caballo de la capital.

El lugar parecía elegido por los dioses para que disfrutaran de todo cuanto esos mismos dioses habían desparramado sobre la tierra para hacerles la vida más dichosa, y allí encerrados, sin mostrarse apenas, enamorados hasta un extremo casi enfermizo, vivían el uno para el otro en una suerte de mutua posesión obsesiva, convertidos en un ser único y perfecto que se alimentaba de sí mismo en una especie de maquiavélico rito de antropofagia amorosa.

Pero un día, justamente la mañana en que cumplía veintiún años, *Niña Carmen* descubrió que necesitaba sentirse libre, ser sólo ella misma, escapar de aquel círculo que había contribuido a crear, y demostrarse —o demostrar al mundo— que no había pasado a convertirse en propiedad privada de su esposo pese a que Rodrigo de San Antonio hubiera pasado a convertirse en su propiedad privada.

Lo meditó durante dos días y dos noches en las que una ronca voz parecía aconsejarle, decidió que le apetecía hacer el amor con su primo Roberto, del que siempre supo que estaba profundamente enamorado de ella pero al que nunca había hecho el menor caso, se fue a buscarle y se acostó con él.

Repetió la aventura cinco o seis veces en dos semanas, dejó pasar un mes y se lo contó a Rodrigo.

En un principio el pobre muchacho se negó a creerla. Al fin, ante su insistencia y el lujo de detalles, se rindió, abrumado, a la realidad, y trató, estupefacto, de comprender los motivos.

—Me apeteció —fue la respuesta.

—Pero ¿por qué...? —insistió angustiado—. ¿Es que ya no me amas? ¿Es que no he sabido hacerte feliz...?

—Sí... —admitió Carmen de Ibarra con naturalidad—. Te quiero más que a nada en este mundo, continúo enamorada de ti, y me haces muy feliz en todo... Pero quise hacerlo, y lo hice.

—¿Así sin más...?

—Así sin más... —admitió—. Me sentía demasiado ligada a ti demasiado prisionera de nuestro amor, y necesitaba saber lo que significaba ser libre... —Hizo una pausa—. De pronto, descubrí que te pertenecía incluso en mis más secretos pensamientos, y habías invadido mi intimidad, aposentándote en ella como amo absoluto... —Apartó los visillos y contempló a través del amplio ventanal la cumbre del hermoso volcán eternamente nevado. Sin mirarle, añadió —: Y decidí demostrarme a mí misma que podía expulsarte cuando quisiera...

—Pero yo no hice eso a la fuerza... —protestó Rodrigo de San Antonio—. Y

a cambio de ello consentí en que tú fueras también dueña absoluta de mí, mis secretos y mi intimidad...

—Saber que estoy en ti, no me compensa por el hecho de saber que estás en mí... —argumentó *Niña Carmen* con tranquilidad—. Es mi libertad la que me inquieta, no la tuya.

—Eso no tiene sentido.

—Sí que lo tiene para mí... Y soy yo quien decide. Acabo de cumplir veintiún años, y no quiero que un día, a los sesenta quizá, me detenga a pensar en mi vida y descubra, demasiado tarde, que me limité a ser esclava de un hombre y unos sentimientos. Nací libre, y pretendo continuar sintiéndome libre, pese a quien pese...

—¿Aunque a causa de ello pierdas cuanto amas...?—quiso saber él.

Asintió con firmeza:

—Aun así.

Fue la última frase que cruzaron en su vida. Rodrigo de San Antonio dio media vuelta, abandonó el amplio salón acristalado desde el que tantas veces había contemplado la puesta de sol sobre las laderas del Cotopaxi, y, ya en el exterior, se volvió a mirarla, en pie junto a su caballo, con la mano firmemente apretada sobre la culata de su pistola. Pero pareció comprender que no podía matar a quien tanto amaba, rompió a llorar, subió a la silla y se alejó para siempre de su casa.

Rodrigo de San Antonio vagó por Quito durante dos largos años como borracha sombra de sí mismo, se embarcó más tarde en una loca aventura amazónica a la búsqueda del fabuloso tesoro del general Rumiñahui, y murió, comido por los mosquitos y la malaria, a orillas del río Aguaruna, sin haber llegado a comprender aún en qué se había equivocado.

Por su parte, Carmen de Ibarra —aún seguía siendo *Niña Carmen* para algunos— regresó a casa de sus padres, se negó a dar cualquier clase de explicación sobre el fracaso de su matrimonio, ni aun a su hermana, viuda, con la que compartía las largas horas de soledad y silencio, y se negó, igualmente en redondo, a recibir las visitas de su ansioso y enamorado primo Roberto.

Al conocer la muerte de su esposo, se vistió de luto y asistió, impasible, a los funerales por su alma, pese a que su hermana comprobó, desconcertada, que pasó luego meses llorando silenciosamente en la soledad de su alcoba.

Su padre, el altivo y severo don Álvaro, se convirtió a partir de entonces en un ser desconcertado y mustio, encorvado y cabizbajo, que parecía vivir avergonzado ante el mundo por culpa de un delito cometido por su hija, y del que nadie sabía darle una auténtica explicación.

Año y medio más tarde, finalizado el luto por Rodrigo, *Niña Carmen* decidió emprender un largo viaje que le ayudara a olvidar, y embarcó en Guayaquil, con destino a Panamá para cruzar el istmo y seguir rumbo a España.

Allí, en un baile de la Corte, conoció a Germán de Arriaga, un maduro aventurero de dudosa moral y pasado algo turbio, del que se enamoró y al que se entregó en poco más de una semana.

De modo sorpresivo, y pese a su reconocida experiencia en asuntos de faldas y su fama de bribón en tal aspecto, el caballero de Arriaga perdió también la cabeza por la joven criolla, convirtiéndose muy pronto ambos en la pareja más desconcertante y al propio tiempo feliz de la capital del reino.

Afortunado en los negocios, dinámico y bien relacionado, Germán de Arriaga sentó cabeza, empezó a olvidar pasados devaneos que le impedían sacar un mejor provecho de sí mismo y concluyó por pronunciar una palabra que se había jurado que jamás escaparía de sus labios: matrimonio.

—Necesito pensarlo... —replicó *Niña Carmen*.

—¿Pensar qué...? —protestó él vehemente—. Nos llevamos bien tanto en la alcoba como fuera de ella, y puedo ofrecerte una vida cómoda y holgada... ¿Qué más se necesita si los dos somos libres...?

—Eso... Ser libres...

Germán de Arriaga no lo entendió en un principio, imaginó que no era más que una frase hecha o una cierta coquetería femenina al no querer rendirse al primer embate, y dejó pasar un cierto tiempo, seguro como estaba de los sentimientos de ambos.

Grande fue su sorpresa, por tanto, cuando, al regresar de un corto viaje de negocios, Carmen de Ibarra le comunicó con absoluto desparpajo y naturalidad:

—El conde de Rioseco me ha invitado a conocer su hacienda en Sevilla y he aceptado... Nos vamos mañana.

Pese a su larga experiencia con respecto a las mujeres, y un reconocido aplomo que le había permitido en una ocasión ganar una fortuna a los naipes, el caballero de Arriaga tuvo que tomar asiento, desconcertado, y sacudir por dos veces la cabeza antes de balbucear incrédulo:

—¿Cómo has dicho...?

—Que me voy a Sevilla con el conde de Rioseco.

—¡No hablas en serio...!

—Completamente en serio... Tengo preparado el equipaje y me recogerá al amanecer...

—Pero ¿por qué...?

—Porque me apetece...

—¿Qué quieres decir con eso de que te apetece...?

—Eso exactamente... Me apetece, y como soy libre de hacerlo, lo hago...

—Sin importarte lo que yo sienta o lo que yo piense...

—No tienes por qué pensar o sentir nada... El conde es un amigo, y voy con él porque me resulta ameno, interesante y divertido... —le observó con cierta sorpresa—. ¿Qué tiene de malo el viaje...?

—Que conozco al conde de Rioseco... —fue la respuesta—. Lo mismo se acostaba con la mujer de un amigo, que con su amigo, y su casa es famosa por las orgías que organiza...

—Lo sé —admitió ella—. Pero eso no quita para que su conversación me distraiga... Y te garantizo que no va a acostarse conmigo mientras yo no desee acostarme con él, lo que no es muy probable que ocurra... Como hombre no me atrae, puesto que estoy enamorada de ti...

La observó estupefacto.

—¿Enamorada de mí y te vas con otro...?

—Por eso mismo lo hago. Necesito sentirme libre para hacerlo, saber que no dependo de ti; que, pese a quererte, desearte constantemente y necesitar que me hagas el amor a todas horas, continúo siendo dueña de mí misma y si me apetece hacer algo, lo hago.

—¿Aunque eso me hiera...?

—Aun así...

—No consigo entenderte...

—Nunca te he pedido que me entiendas... —dijo—. Tan sólo que aceptes cómo soy... —le miró largamente, con aquella mirada suya, oscura, profunda y misteriosa—. Y ahora, lo que deseo es que me tomes en brazos, me llesves a la alcoba y me hagas el amor como tú sabes...

—No podré sabiendo que mañana te vas con otro.

—Sí podrás... Estoy segura. —Hizo una pausa—. Pero quiero que tengas bien presente, que el que te desee no me hace cambiar de idea. Mañana iré a Sevilla.

Hicieron el amor. Como nunca antes lo habían hecho, apasionada y casi desesperadamente, y ella repitió una y otra vez que le amaba, que era suya, y que nada podía existir más portentoso que vivir aquellos momentos.

Se durmieron satisfechos y agotados, pero a media mañana, al despertar, Germán de Arriaga descubrió, estupefacto, que en efecto, *Niña Carmen* se había marchado al amanecer.

Otro hombre con menos aplomo o experiencia tal vez hubiera acabado suicidándose, ya que vivió los días más exasperantes, vacíos y dolorosos de su vida pese a que trató de buscar, en sus antiguas amantes, consuelo a sus desdichas. Fue como un sueño o una amarga pesadilla de la que renació al fin un mes más tarde, seguro de sí mismo, y decidido a olvidar por completo a la criolla.

Pero la criolla volvió a buscarle, le dijo que le amaba y le necesitaba; le aseguró que nada había ocurrido entre ella y el conde de Rioseco, y que estaba decidida a aceptar su proposición de matrimonio si aún la mantenía en pie.

Todo volvió a su cauce, y todo fue nuevamente hermoso y apasionado, olvidados los pasados nubarrones, hasta que quince días antes de la boda, ella anunció, inesperadamente, que el conde la había invitado a un nuevo viaje y se

marchaba.

El caballero de Arriaga nada dijo. Mandó enganchar su carruaje, y emprendió un largo periplo por Europa, para ir a morir en Florencia, al verano siguiente, víctima de la peste.

Carmen de Ibarra —casi nadie la llamaba ya *Niña Carmen*— aguardó su regreso durante un año, pero al conocer la noticia de su muerte, se vistió nuevamente de luto y emprendió el regreso a Quito, donde se encerró en su casa a recordar al hombre que había amado, y a contemplar, impotente, la lenta agonía de su destruido padre, que se consumía, de tristeza y vergüenza, incapaz de reaccionar, arruinado y solo.

A veces, Carmen de Ibarra se preguntaba a sí misma si aquellas desesperadas ansias de escapar de todo y sentirse libre la compensaban por lo que sufría luego y hacía sufrir a los demás pero nunca encontró respuesta satisfactoria a tal pregunta.

Ni siquiera ella misma comprendía las razones de su rebeldía y del loco impulso incontrolable que la desquiciaba, cubriendo su mente con una especie de oscuro velo impenetrable a toda luz o todo razonamiento. Cuantas veces alcanzaba la felicidad, la rechazaba, y aunque más tarde se odiara por ello, no podía frenar su desbocada carrera hacia la autodestrucción, cuando aquella voz ronca y profunda gritaba en su interior ordenándole romper con todo y emprender una insensata huida hacia la libertad.

A solas en el abandonado jardín —su hermana se había vuelto a casar y vivía ahora en Latacunga—, pasaba revista una vez más a sus recuerdos, evocando los rostros de los hombres que había amado, y retrocediendo a los días felices en la hacienda del Cotopaxi, o el hermoso viaje que hiciera con Germán de Arriaga a Aranjuez en primavera, cuando buscaban la escondida capilla en la que deseaban casarse.

Toda aquella dicha había quedado definitivamente atrás y lo sabía, pero aún no era capaz de explicarse, ella misma, por qué.

Casi un año después murió su padre, y durante el funeral conoció a Diego Ojeda, que le impresionó por su porte, y porque le recordaba de modo casi obsesivo, a su esposo, Rodrigo de San Antonio.

Por su parte, Diego Ojeda se enamoró de Carmen de Ibarra nada más verla, y lo que le enamoró fue su ahora delgadísima silueta, su triste mirada, y sobre todo, aquel aire de desamparo del que ni siquiera ella era consciente, pero que atraía aún más a los hombres.

Acudió a visitarla a menudo, pese a la oposición de su rígida familia, convencida de que aquella mujer traía la desgracia sobre los hombres que se le aproximaban, y deseosa de mantener las apariencias, ya que Diego Ojeda era casado aunque llevaba años separado de su esposa.

En una de aquellas visitas, habló del viaje que acababa de realizar al

archipiélago de Las Encantadas, y a la intención que tenía de establecerse en él, fundando en la isla de Indefatigable, una factoría para la explotación del valioso aceite de tortuga.

—En las Galápagos fundaré un imperio para ti si vienes conmigo... — concluyó—. Allí viviremos en paz, lejos del mundo, tú y yo solos.

—¿Solos...?

—Me llevaré unas cuantas familias de indios otavaleños. Sé que puedo contar con ellos, y son fieles, honrados y trabajadores... Esas islas son el paraíso, y están ahí, esperando a que alguien decida hacerlas suyas...

—Lo pensaré... —prometió Carmen.

Y cumplió su promesa pensando en ello largo tiempo, haciéndose a la idea de que su vida en el archipiélago sería como un regresar a sus años en la hacienda del Cotopaxi.

Diego Ojeda era un hombre dulce, culto, atractivo y al parecer terriblemente sensual, y carecía del espíritu infantil y un tanto posesivo de Rodrigo o de la personalidad absorbente que le agobiaba en Arriaga. Era lo que Carmen de Ibarra necesitaba para rehacer su vida ahora que su padre había muerto y su madre se había ido a vivir también a Latacunga. No tenía por tanto a quién dar cuentas de sus actos, y la aventura de las Galápagos se le antojó como la más apetecible y lógica, dada su situación.

Acabó por tanto por aceptar la invitación, y dos meses más tarde embarcaron en el puerto de Guayaquil, en una grácil y elegante goleta blanca, la *Ilusión*, en compañía de un primer contingente de quince indios otavaleños, un taciturno capitán y seis miembros de la tripulación.

Hasta aquel momento, Diego Ojeda, caballeroso siempre, no se había decidido ni a tocarle una mano. La deseaba ardientemente, pero deseaba también que fuera ella quien decidiera el día y la hora en que quería entregárselo...

Fue aquella una inolvidable travesía pese a la penuria de espacio, cargados hasta las bordas como iban de todo cuanto necesitarían luego en las islas, con un mar en calma, como era costumbre en aquellas latitudes y casi nulo viento, empujados más que nada por la suave corriente que llegaba desde las costas del Perú.

Esa misma corriente les desvió unos grados hacia el sur, apartándolos de la ruta prevista, pero, a mediados de la segunda semana, el vigía avistó tierra, y ante ellos comenzó a destacarse cada vez más nítido, un islote árido, rocoso y solitario, refugio de Iguanas, locas, alcatraces y albatros gigantes, que se elevaba con suavidad, desde las tranquilas playas y la ensenada del norte, a los agrestes acantilados cortados a cuchillo de su límite sur.

Mientras costeaban, muy cerca de tierra, una hora antes de oscurecer, a punto ya de que el capitán ordenara arriar las velas y lanzar el ancla, *Niña*

Carmen, acodada en la borda junto a Ojeda, señaló una escondida playa de blanca arena y comentó:

—Me apetece darme un baño en esa playa, y que me haga el amor, a la luz de una hoguera.

La Iguana Oberlus vio llegar a la goleta, encerró a sus hombres, tomó sus armas y desde el bosquecillo de cactus espío a la tripulación que botaba una lancha al agua, y a la pareja que saltaba a esa lancha, y se aproximaba, remando sin prisas, al desembarcadero.

Los siguió, casi reptando, como un tigre al acecho, hasta la diminuta playa del fondo, y observó cómo ella se desnudaba con tranquila parsimonia mientras caía la noche, para introducirse luego en el agua limpia y tibia.

El hombre se ocupó mientras tanto en encender una gran hoguera con ramas secas, extendió una manta sobre la arena, se desnudó a su vez para introducirse en el mar tan sólo unos instantes, y aguardó por último, ya cerrada la noche, a que ella viniera a su encuentro.

Con el negrísimo cabello empapado cayéndole por la espalda, la cobriza piel húmeda reflejando las llamas, y los inmensos ojos oscuros brillando de deseo, tanto a Diego Ojeda, como al hombre que acechaba desde las tinieblas, se le antojó que la visión de *Niña Carmen* en aquel momento era la más portentosa e increíble que imaginarse cupiera.

Se tumbó en la manta, inclinó la cabeza y sonrió a Diego Ojeda, que comenzó a acariciarla tembloroso, maravillado sin duda por el hecho de que aquella criatura irreal y casi divina fuera a ser suya.

Se inclinó luego a besarla, en un beso largo, dulce y tibio, a la vez tímido y apasionado que ella devolvió con amor, y por último, con toda la fuerza y la delicadeza de que se sintió capaz, comenzó a penetrarla.

Apenas lo había hecho, advirtió cómo una mano huesuda y poderosa, casi una garra, le aferraba del hombro y le empujaba hacia atrás, y tuvo el tiempo justo de distinguir el rostro demoníaco de un engendro surgido de los infiernos, antes de que un largo y afilado machete se le clavara en el estómago, atravesándole de parte a parte.

Con un estertor de agonía, Diego Ojeda se dobló sobre sí mismo al tiempo que *Niña Carmen* abría los ojos sorprendida al notar que había salido de ella, para descubrirle ensangrentado y moribundo, y descubrir, al propio tiempo, el terrorífico rostro de su asesino.

Quiso gritar, pero no llegó a hacerlo puesto que perdió el conocimiento.

La Iguana Oberlus apartó a un lado al herido, se despojó de sus mugrientos calzones y por primera vez en su vida penetró en una mujer, poseyéndola con furia demencial contemplado aún por los ojos de un hombre al que se le

escapaba la vida por segundos.

Fue una muy larga noche. La noche más larga de la historia de las islas, probablemente; noche en que murió un hombre y otro no se cansaba nunca de violar a una mujer inerme, que cuantas veces recuperó el sentido, otras tantas lo perdió de nuevo, horrorizada.

Tan sólo media hora antes del amanecer, Oberlus se puso en pie, maniató fuertemente a su nueva víctima, y trepó con agilidad a la cumbre del acantilado, donde dejó al descubierto sus cañones.

Los cargó a tope, colocó al alcance de la mano nuevas municiones, y aguardó, paciente, la primera claridad del alba.

La tripulación y los pasajeros aún dormían cuando un proyectil silbó sobre sus cabezas. El segundo penetró por el costado de estribor, muy cerca de proa, y el tercero y el cuarto convirtieron la frágil goleta en un montón de astillas humeantes.

Los indios andinos no sabían nadar y se hundieron en el acto con la nave, y aunque dos marineros trataron de ganar la costa a duras penas, los persiguió a cañonazos hasta despanzurrarlos a mitad de camino.

A los quince minutos, el silencio se había apoderado una vez más del islote y las miles de aves marinas comenzaron a regresar, temblando, a sus hogares.

Cuando *Niña Carmen* despertó, pasado el mediodía, descubrió que se encontraba tumbada sobre una tosca cama, desnuda, y sujeta por una larga cadena a un garfio clavado en el centro de una inmensa caverna de altas paredes y luz difusa.

Tardó mucho tiempo en tomar conciencia de la realidad, y a su memoria fueron regresando, con horror, escenas que, como entre sueños, tenía la sensación de haber vivido la noche antes. Era como una loca confusión de imágenes en las que se entremezclaban la expresión de angustia y el ceniciento rostro de Diego Ojeda en el momento de caer atravesado por el machete, con la expresión bestial, inhumana y terrorífica de una extraña criatura; una especie de demonio nacido de las más densas tinieblas.

Nada de aquello podía en lógica ser verdad, y aguardó, con los ojos abiertos, observando el techo, como si confiara en que la absurda pesadilla iba a esfumarse y pasaría a encontrarse nuevamente acostada en su litera de la goleta o en su casa de Quito.

Pero no fue así.

Insistente, el áspero y ennegrecido techo de la cueva se mantenía sobre su cabeza, frente a sus ojos, y los objetos se le aparecían cada vez más concretos bajo una suave luz que penetraba a través de pequeños agujeros de las paredes, mientras el agudo grito de cientos de gaviotas y rabihorcados llegaba, nítido,

desde el exterior.

Estaba despierta. Viva y despierta, y cuanto había ocurrido, no era fruto de un sueño o de su imaginación enferma, sino la más angustiosa realidad.

Aquella criatura repugnante era de carne y hueso, había asesinado brutalmente al que estaba a punto de convertirse en su amante, y la había violado una y otra vez a lo largo de toda una noche indescriptible.

Y ahora la mantenía allí, encadenada, amarrada a un poste como un perro desnudo, esclavizada, « ella », que siempre había amado su libertad por encima de todas las cosas de este mundo.

Trató de erguirse, y un grito de dolor subió a sus labios. Era como fuego lo que sentía en las entrañas y al bajar los ojos descubrió que aún sangraba como si la violación hubiera tenido lugar con un objeto punzante. Las piernas se negaron luego a mantenerla en pie en el primer momento, y comprendió al instante que también había sido sodomizada e igualmente sangraba por el ano.

Se mordió los labios para no gritar nuevamente, o para no estallar en un llanto incontenible porque había llorado ya demasiado en su vida por culpa de sus propios errores, y no iba a seguir haciéndolo ahora cuando se consideraba inocente de esta nueva desgracia.

Se limpió como pudo, conteniendo la hemorragia con un trozo de sábana y sucia de por sí de sangre seca, y buscó agua para lavarse.

La cadena, sujeta a la pierna por medio de un grillete que cerraba un perno, le permitía una amplia libertad para deslizarse por el interior de la caverna excepto en su punto más alejado, en el que distinguió tres grandes arcones y un rústico catre.

De las estalactitas goteaba un agua muy limpia que iba a depositarse en un ingenioso recipiente construido con grandes conchas de galápagos intercomunicantes, de las que bebió, lavándose luego a conciencia, esforzándose por contener el dolor. Por último, tomó asiento de nuevo al borde de la cama y lo observó todo a su alrededor mientras meditaba en su habitación.

Quién era aquella « cosa », y de dónde había salido, no podía imaginarlo, pero resultaba claro que, por lo que recordaba de él, más semejaba una bestia o un demonio que un ser humano, pese a que su comportamiento, a juzgar por los objetos que le rodeaban, era, sin lugar a dudas, el de un hombre.

Varios libros se amontonaban en un rincón de la tosca mesa, en cuyo centro, y abierto, descansaba lo que podría considerarse un Diario. Lo tomó. Las dos terceras partes aparecían escritas en francés, idioma que apenas entendía, por lo que, a duras penas, dedujo que se trataba del relato de los viajes y experiencias personales de un marino. Más adelante, casi al final, la minúscula y cuidada caligrafía daba paso a una letra grande y tosca que contrastaba violentamente con la anterior.

La primera frase, en español, pero escrita con pésima ortografía de difícil

interpretación, resultaba, sin embargo, significativa:

« Éste ha muerto y aquí acabó su historia. Murió porque se tropezó conmigo, yo, Oberlus, rey de Hood y de sus aguas, antes conocido por *la Iguana...* ».

Evocó el rostro de sus pesadillas, y no le cupo duda de que, en efecto, su violador se asemejaba más a una iguana que a un auténtico ser humano. Aquél debía de ser por lo tanto Oberlus *rey de Hood*, y por lo que sabía del archipiélago, Hood era la más meridional de las islas, un islote tan minúsculo y aislado, que ni siquiera había entrado a formar parte de los planes de explotación de Diego Ojeda.

Cerró los ojos, dolida, al recordarle, y le asaltó, nítida, su expresión de sorpresa y agonía cuando comenzó a inclinarse con el cuerpo atravesado de parte a parte. Una vez más, su sino era atraer la desgracia sobre los seres que amaba, y era aquélla una maldición de la que jamás conseguiría liberarse, ya que estaba en ella misma y en su propia voluntad, sin depender de factores externos.

Durante cinco meses en Quito, una semana en Guayaquil y diez o doce días de navegación por las calmadas aguas del Pacífico, se había resistido a la idea de entregarse a Ojeda, pese a que deseaba hacerlo, le apetecía, y aun casi lo necesitaba. Podía, de igual modo, haber esperado una noche más, aguardando el arribo a una de las islas grandes en las que pensaban establecerse de forma definitiva, pero, sin embargo, sin saber por qué extraña razón, aquella vieja voz ronca y autoritaria parecía haberle gritado, al divisar la tranquila playa, que era allí, y en ningún otro lugar, donde debería hacer el amor con Ojeda la primera vez.

Allí, en el punto en que la bestia le estaría esperando.

No se había dado cuenta entonces de que era la misma voz que otra vez le había ordenado marcharse de viaje con el conde de Rioseco, o, mucho más atrás en el tiempo, hacer el amor con su primo Roberto.

Pero ahora sí, a solas en la cueva, reconocía el timbre de aquella voz, que no era, como ella había creído siempre, la voz que la empujaba hacia la libertad, sino la que había acabado por conducirla a concluir encadenada de aquel modo en el corazón del más desolado de los islotes, y en poder de la más repugnante criatura que hubiera existido nunca.

¿O se trataba tal vez de un castigo?

No le había bastado a los cielos, quizá, todo cuanto se había castigado a sí misma por haber menospreciado las oportunidades de ser feliz que se le concedieron, y decidían por tanto condenarla a una auténtica esclavitud, bien distinta desde luego a todas cuantas su estúpida fantasía había imaginado hasta el momento.

¿Pero qué culpa tenía Ojeda? ¿Por qué había tenido que pagar con su vida, al igual que Rodrigo o que Germán de Arriaga?

Cuatro muertes, pues le constaba que debía incluir también la de su anciano padre, eran demasiadas para que cayeran sobre su conciencia por el simple delito de haberse negado a pertenecer por completo a un hombre.

Desde que tenía apenas uso de razón, *Niña Carmen* se había acostumbrado a mirar a su alrededor, rebelándose contra la mansedumbre con que las demás mujeres —incluida su madre o su propia hermana— aceptaban convertirse en propiedad privada de sus esposos, sumisas y resignadas a un papel que no iba mucho más allá del de simples siervas de unos amos a menudo tiránicos, zafios, alcohólicos y brutales.

Su madre, una andaluza inteligente y delicada, había tenido que soportar, resignada, la altivez y el despotismo de don Álvaro, un marido inflexible al que bastó sin embargo la «deshonra» de su hija, para venirse abajo como lo que en realidad era: una burda estatuilla de arena y barro.

Ya antes de casarse, le asombró advertir cómo sus amigas temblaban a veces al hablar de sus esposos, y a una de sus primas —hermana de Roberto—, su ridículo novio le llamó la atención la noche de bodas porque advirtió que estaba comenzando a excitarse.

—¿Cómo te atreves? —le había gritado—. ¿Es esto propio de una mujer casta de noble familia española? Pareces una india.

—Deja entonces de moverte... —le había rogado ella con humildad—. No me es posible mantener mi castidad si te mueves de ese modo, arriba y abajo.

—Reza... —fue la respuesta que obtuvo del hidalgo extremeño—. Reza como es tu obligación, mientras yo me muevo con el fin de procrear un hijo, como es la mía.

Aquel energúmeno, al que siempre quiso que partiera un rayo y al que un rayo fulminó al cruzar los páramos del Cayambe, utilizaba a su prima como podía utilizar a su caballo, sus botas o la jarra en que bebía, y se permitía, además, hacerla callar en público, ridiculizándola, cuando era él, en verdad, el auténtico patán ignorante y bocazas que aguaba todas las reuniones.

Fueron quizás aquellas injusticias las que la marcaron en un tiempo, impidiéndole por lo tanto entregarse abiertamente, aun amando como había amado a Rodrigo de San Antonio, Germán de Arriaga, o incluso Diego Ojeda.

Y ahora se encontraba allí, sometida al fin a un hombre —¿era realmente un hombre aquel engendro?—, encadenada, ofendida, utilizada y humillada, como no lo estuvieran nunca su prima, su madre, ni ninguna otra mujer de este mundo.

¡Oberlus, rey de Hood!

Escuchó un rumor en el exterior, advirtió cómo una sombra deforme y encorvada se proyectaba sobre el suelo de tierra apisonada de la entrada, y tuvo que apretar los dientes para no gritar de espanto, cuando su silueta se recortó contra el deslumbrante hueco de la entrada.

Él permaneció allí unos instantes, sin duda para acostumbrar sus ojos —«lo

único decente que había puesto Dios sobre aquel rostro abominable» — a la penumbra y avanzó luego, cojeando levemente, para detenerse frente a ella y observarla con una mirada hiriente que parecía pretender hipnotizarla.

—¿Cómo te llamas...? —inquirió autoritario.

—Carmen... Carmen de Ibarra.

—Carmen de Ibarra... —repetió—. Bien... De ahora en adelante no tienes nombre. Eres la única mujer en esta isla, y por lo tanto lo necesitas... Y escucha, porque solamente digo las cosas una vez... —le advirtió—. Aquí mando yo, el que me obedece vive, el que no, muere, aunque la muerte no es el peor de los castigos que puedo aplicar... Cada vez que hagas algo que me enoje, te daré veinte latigazos, y si la ofensa es grave te cortaré un dedo de una mano —sonrió, y la mueca de su boca, de dientes putrefactos, le espantó aún más, si ello era posible, que su indescriptible fealdad—. Puedo ser muy cruel cuando me lo propongo... —continuó—. Hazme caso por tanto: límitate a mantener la casa limpia, prepararme buenas comidas, y abrir las piernas cuando yo lo ordene y te garantizo que vivirás en paz hasta que me canse de ti... ¿Has entendido?

Asintió en silencio, convencida de que hablaba completamente en serio, y *la Iguana Oberlus* comenzó a despojarse de los pantalones mientras ordenaba:

—En ese caso, tumbate en la cama y abre las piernas.

Anonadada, incapaz de emitir una sola palabra, muda de terror, indefensa y entregada como un pájaro frente a la mirada de una anaconda, Carmen de Ibarra se tumbó en la cama, cerró los ojos, abrió las piernas y lanzó un alarido de dolor cuando penetraron en ella, desgarrándola y destrozando su sexo en carne viva.

Luego, perdió de nuevo el sentido al sentir sobre su cuerpo el contacto viscoso y repelente de aquel ser deforme que buscaba, además, besarla ansiosamente en la boca.

Ya era todo un rey, dueño de una isla, una mujer, cinco hombres, dos cañones, un tesoro y un oculto palacio inaccesible.

Ya era todo un rey, cuando hacía poco más de un año, tal vez dos, que había decidido enfrentarse al mundo, y ese mundo había comenzado a pagarle sin rechistar, y generosamente, el tributo que exigía como compensación por sus sufrimientos anteriores.

Docenas de vidas, tres barcos, nueve o diez esclavos de los que aún conservaba la mitad, una mujer hermosa, libros, armas, dinero y mercancías... ¡Todo!, se le entregaba ahora con la misma facilidad con que antaño se le negó incluso la posibilidad de considerarse una persona, y se maldecía por su estupidez al no haber reclamado antes cuanto juzgaba que le pertenecía.

Años rumiando su soledad y su angustia en la proa de un barco, soportando los embates del mar, la lluvia, el viento o un sol implacable, a la espera siempre de una voz amiga, un gesto amable o un atisbo de justicia por parte de quienes se negaban a aceptar que no tenía la culpa de haber nacido contrahecho. Y años de compartir esa misma soledad con las bestias de un peñasco rocoso.

Y ahora, súbitamente, descubría que todo era sencillo, y había bastado con intercambiar el papel de víctima por el de verdugo.

A la crueldad había que responder con sadismo; a la injusticia con tiranía, y a los azotes con asesinatos. El resultado a la vista estaba: había pasado de ser *la Iguana Oberlus*, un monstruoso arponero, hijo del Averno, a Oberlus, rey de Hood, y tal vez, algún día, rey de Las Galápagos.

Ya no necesitaba excusarse por su aspecto y su presencia, ni pasar las noches en vela ofreciendo sacrificios a Elegbá para que le cambiase las facciones. La puta diosa negra podía pudrirse en sus hediondos pantanos dahomeyanos, porque ya él, Oberlus, jamás pediría nada a nadie. Ni siquiera a los dioses.

Lo que deseaba, lo tomaba por la fuerza, y a quien se le oponía, lo aniquilaba.

Y así el mundo entendía.

Tumbado en su roca, paseaba el catalejo sobre la isla y distinguía a sus súbditos, doblado el espinazo, afanados en trabajar doce horas diarias sin pronunciar palabra ni dejar escapar una queja. Disciplinados y sumisos, ni siquiera se atrevían a alzar el rostro hacia donde él se encontraba por miedo a

que pudiera estar enfocándoles en ese instante. Incluso para hacer sus necesidades tenían que darse prisa y mantenerse bien visibles, porque sabían que —de ocultarse— su «rey» era muy capaz de descender de su trono y azotarles.

Cada tres días revisaba con sumo cuidado sus cadenas, advirtiéndoles que, quien pretendiera librarse de ellas, estaba condenado a una pena que iba, desde perder un pie, a la ejecución inmediata.

Y sabían que lo haría.

Su crueldad y su indiferencia ante el dolor ajeno había alcanzado las más altas cotas de lo infrahumano, y podía asegurarse que —sin disfrutar por ello— tampoco experimentaba el más leve síntoma de compasión cuando aplicaba, o hacía aplicar, aquellos refinados castigos a los que tan a menudo echaba mano para mantener la disciplina.

Esa disciplina era lo único que parecía importarle, y se comportaba como una máquina de guerra que lo arrasara todo a su paso con tal de alcanzar sus objetivos.

Aquellos hombres, aquellas bestias, o aquellas cosas, que poco le importaba la diferencia, eran «suyas», y únicamente tenían razón de ser en cuanto a que le fueran o no de utilidad.

De igual modo, la mujer que mantenía encerrada en la cueva constituía tan sólo un objeto para su disfrute personal —como *El Quijote* o *La Odisea*—, y así como a nadie se le ocurriría escandalizarse en exceso porque alguien arrancase una página a un libro, tampoco él se escandalizaría si un día se le antojaba arrancarle un dedo a su cautiva.

Le gustaba morderla y golpearla, en todas partes excepto en el rostro y contemplaba satisfecho las huellas de sus dientes o sus manos, no por sadismo, sino por el hecho de que encontrar las marcas sobre su cuerpo confirmaba la indiscutibilidad de su propiedad sobre ella.

Carmen de Ibarra, por su parte, soportaba estoicamente tales castigos, las continuas violaciones e incluso que la sodomizara manteniéndole la cabeza clavada contra el suelo, como si con ello estuviera pagando una larga lista de cuentas pendientes.

A menudo perdía el conocimiento por el dolor o por el asco que sentía, aunque, a decir verdad, la mayor parte del tiempo permanecía como sonámbula, fuera de la realidad o, más exactamente aún, confundiendo la realidad con la fantasía.

Pero un día, cumplida ya la tercera semana de cautiverio, se sorprendió a sí misma, y sorprendió a su violador con un largo y desesperado alarido, que no era de dolor, ni aun siquiera de asco, sino el grito incontinente que acompañaba al más profundo, intenso, desconcertante y prolongado orgasmo que había experimentado a todo lo largo de su vida.

Fue como si un rayo le hubiese penetrado de improviso por la base del cráneo

para descender ardiente como plomo derretido a todo lo largo de su columna vertebral, abrasarle los riñones, estallar durante un tiempo inconcebiblemente largo en la vagina, y escapar luego por el inmenso pene que la penetraba una y otra vez, incansable; un pene que más se le antojaba un gran hierro al rojo, que la parte viva de un ser humano.

Gamboa, João Bautista de Gamboa y Costa, ex primer piloto del Río Branco, consideró que había llegado el momento de moverse.

Sin razón aparente, y desde el día en que encontrándose atado y amordazado en el fondo de una cueva, le alarmó el repetido retumbar de los cañones, su captor, *la Iguana Oberlus*, parecía haber aflojado de forma notable su férrea vigilancia.

Pasaba ahora mucho menos tiempo en lo alto de la roca del acantilado, y por dos veces, se había retrasado en su rito de inspeccionar las cadenas cada tercer día.

Incluso el mestizo Mendoza parecía mostrarse consciente de tal cambio en el comportamiento de su amo, y aunque continuaba sin confiarse, manteniéndose siempre a la distancia reglamentada y procurando no cruzar con el portugués más palabras que las estrictamente necesarias, había « algo » indefinible en su actitud y en el ambiente del islote en general, que alentaba Gamboa.

El chileno odiaba a Oberlus y tenía tantas o más ganas que el piloto de saberle muerto, pero éste no se decidía a confiar en él, ni aun a hacerle participe de sus intenciones.

En realidad, no deseaba su ayuda, y le bastaba con que, llegado el momento, se mantuviera al margen de la contienda, sin tomar partido.

Dejó pasar por tanto otra semana; comprobó que *la Iguana* continuaba pasando más tiempo en su escondite que en la roca, y una tarde en la que negras nubes que llegaban del oeste hacían presagiar una ruidosa noche de tormenta, decidió actuar.

La niebla cubrió la isla media hora antes de anochecer, y con las primeras sombras, una cortina de agua, acompañada de relámpagos y retumbar de truenos se abatió sobre él.

La llegada de las tinieblas le sorprendió sentado sobre la roca que había elegido, golpeando con grandes piedras que había seleccionado y amontonado día a día, pacientemente, la gruesa cadena que unía sus pies.

Llovió torrencialmente, con estruendo, empapándole y mezclándose con el sudor que corría a chorros por su espalda, y aunque de tanto en tanto se detenía a escuchar, abrigaba la casi absoluta certeza de que, con aquel endiablado tiempo, ni siquiera el hijo del demonio se decidiría a abandonar su acogedor refugio.

Pero a las cuatro horas de luchar, golpe tras golpe, machacando la cadena, le

asaltó el desaliento. Seis piedras había partido ya, hechas añicos, y las manos le sangraban, destrozadas, pero el eslabón que había elegido, del grosor de un dedo de la mano, apenas si presentaba un leve aplastamiento.

El hierro se había calentado, pero aun así, nada hacía presagiar que el metal acabara por ceder pese a que insistiera en el esfuerzo.

Decidió tomarse un descanso y fue entonces cuando advirtió que estaba tiritando, y el agua le había calado hasta los huesos. Se dejó resbalar, hasta quedar sentado en la tierra empapada, con la espalda apoyada en la roca, recostó en ella la cabeza, y por unos instantes permitió que gruesas lágrimas inundaran sus ojos compadeciéndose de sí mismo.

Había contravenido la ley. Había atentado contra la integridad de su cadena intentando cortarla, y le constaba que el castigo sería brutal, ya que su verdugo aguardaba desde mucho tiempo atrás a que diera un paso en falso para dejar caer sobre su cabeza todo el rigor de « su » justicia.

Desde que descargara el primer golpe no existía posibilidad alguna de volver atrás, y sus opciones se limitaban a acabar con la bestia o dejarse aniquilar por ella. Se concedió, por tanto, media hora de reposo, y reanudo la tarea pese a que los brazos le dolían terriblemente y el simple hecho de alzar una piedra de no más de dos kilos se le antojaba un esfuerzo sobre humano...

La abatía una y otra vez, con obsesiva insistencia, casi como un autómatas, mordiéndose los labios para contener sus ansias de gritar de dolor, porque las manos, despellejadas, convertidas en auténticas llagas sanguinolentas, parecían negarse a continuar obedeciendo a unos dedos entumecidos y tumefactos, incapaces de sujetar nada con firmeza.

Hora tras hora, golpe tras golpe hasta quedar dormido bajo la lluvia, y despertar de nuevo, sobresaltado por un trueno o por su propio pánico, para girar la vista a su alrededor en espera de la temida y odiada presencia de su captor.

Luego, cuando no faltarían más de tres horas para el amanecer la noche quedó en calma, y advirtió, espantado, que los golpes resonaban estruendosos en el silencio del islote, cuyas rocas parecían devolver, centuplicados, sus mil ecos.

Pero el eslabón aparecía a esas alturas terriblemente machacado y sabía que no podía detenerse. Se rasgó el pantalón y se envolvió las manos con los jirones, reanudando sus esfuerzos pese a que cada brazo le pesaba como si fuera de plomo.

Y rompió sus cadenas.

Desconfiaba de conseguirlo y continuaba intentándolo por pura inercia, cuando, de improviso, advirtió que había cedido, y comprobó, asombrado, que el eslabón se partía en dos y podía avanzar ahora sin tener que hacerlo casi a saltos o sin miedo a caer de bruces en cuanto intentara un paso demasiado largo.

Se tomó un corto descanso para disfrutar de aquél, su primer triunfo en mucho tiempo, y luego, pesadamente, se encaminó al escondite en el que había

ido ocultando parte de los víveres que le correspondían y un hacha rudimentaria fabricada con el mango de un viejo azadón, gruesas tiras de piel de iguana, y una ancha y pesada piedra que había ido afilando pacientemente durante horas robadas al sueño.

Utilizó otras tiras de piel, sobrantes, para sujetarse los restos de las cadenas a los tobillos evitando que tintineasen o le molestasen al andar, y se deslizó por último, sigilosamente, hacia la costa de poniente, la más agreste de la isla.

Bebió de un charco hasta saciarse, llenó hasta los bordes una diminuta calabaza seca, que era el único objeto que Oberlus les permitía poseer, se introdujo en el mar, y vadeando con el agua al pecho, tropezando y cayendo, pero esforzándose por no soltar nunca ni el hacha ni la calabaza, avanzó muy despacio hacia el sudoeste, hacia el pie del acantilado.

Pronto comenzaría a amanecer.

Una hora más tarde *la Iguana Oberlus* abrió los ojos, abandonó el jergón en que dormía, en el fondo de la cueva, a poco más de dos metros del punto límite a que llegaba la cadena de *Niña Carmen*, y la contempló, desnuda como estaba, abierta de piernas y aún dormida, exactamente en la misma posición en que la dejó la noche antes, cuando concluyó de hacerle el amor.

Sin permitirle siquiera abrir los ojos la poseyó de nuevo, ella tuvo su orgasmo entre sueños y se quedó muy quieta, mientras Oberlus se introducía en unos rojos pantalones demasiado anchos, cruzaba al cinto sus dos pesados pistolones, y salía tomando el catalejo y el machete.

Trepó a la cima, se instaló en su atalaya, y oteó el mar, cerciorándose de que no se distinguía señal alguna de navío en el horizonte.

Ya no aguardaba, ansioso, la presencia de una vela en la distancia. Ahora no necesitaba más que lo que tenía, y hubiera deseado que ningún otro barco recalase jamás en «sus aguas». Cinco súbditos, una mujer, y abundante existencia de víveres, pólvora, ron y libros era cuanto precisaba para sentirse feliz y satisfecho, y odiaba la idea de tener que convocar una vez más a sus esclavos, amordazarlos, esconderlos y pasar luego largas horas inquieto por la posibilidad de que los intrusos descubrieran que en algunas zonas de la isla existían bancales de cultivo, árboles frutales, aljibes y huellas inequívocas de que aquella roca en apariencia solitaria estaba poblada por seres humanos.

Despejado el horizonte, dedicó la atención a sus cautivos que tenían la obligación de estar trabajando desde el alba, y advirtió al instante, la desaparición del piloto portugués.

Lo buscó con el catalejo, a todo lo largo y lo ancho de la zona que le había asignado, pero no necesitó mucho tiempo para convencerse de que, lo que siempre había supuesto, acababa de ocurrir.

No le tomaba por sorpresa, y casi le alegraba el hecho de que a fin se hubiera decidido a dar el paso, porque le hubiera molestado equivocarse con respecto a Gamboa, su mentalidad, y su futuro forma de actuar.

Se cercioro de que los otros cautivos se mantenían en sus puestos, tranquilos y ajenos a la desaparición de su compañero comprobó que las pistolas estaban cargadas, empuñó decidido el afilado machete y emprendió el descenso, colina abajo, espantando a su paso a las colonias de albatros gigantes.

Cauteloso, atento a las emboscadas o a cualquier tipo de trampa, inspeccionó con suma atención la parcela de la isla de la que faltaba Gamboa, y descubrió la roca que utilizara como yunque, las destrozadas piedras el roto eslabón.

No necesitó mucho más para hacerse una idea de lo que había ocurrido. Su enemigo disfrutaba ahora de una cierta libertad de movimientos, probablemente se había agenciado algún tipo de arma, y se escondía en cualquier rincón del islote, dispuesto a caer sorpresivamente sobre él.

También podría ocurrir, y en eso estribaba quizás el mayor riesgo, que la intención del portugués fuera la de mantenerse oculto hasta la llegada de un barco, mostrarse sólo entonces y conseguir, con ayuda de su tripulación, dar una batida, descubrir su escondite y destruirle.

No le quedaba por tanto más remedio que buscarle dondequiera que se ocultase y acabar con él.

Su primer paso fue ocultar convenientemente maniatados a los restantes cautivos, y aunque en aquella ocasión no los amordazó, advertencia fue suficientemente explícita:

—No estaré lejos... —dijo—. Y si os oigo, vendré y os cortaré dos dedos a cada uno, sin importarme quién haya gritado...

Camufló con el cuidado de siempre la puerta de la cueva que comenzó, paciente y metódico, la búsqueda del piloto portugués.

Gamboa, João Bautista de Gamboa y Costa, ex primer piloto del *Río Branco*, encontró refugio bajo el saliente de una laja de roca, donde, acostado y pegado a ella, resultaba por completo invisible desde tierra, incluso para quien pasara a un metro sobre su cabeza.

Cuando la corta marea alcanzaba su punto más alto, las olas llegaban mansamente hasta él y se veía obligado a acompasar su respiración al flujo y reflujó, por lo que abrigó el convencimiento de que, en cualquier otro océano que no fuera el Pacífico y sus tranquilas aguas, semejante escondite hubiera resultado por completo impracticable.

Evocó el violento batir del mar contra la costa de su Cascaes natal, y dio gracias a Dios porque no se tratara del mismo océano, ya que el violento Atlántico le hubiera destrozado contra la pared del fondo de su refugio con la

primera embestida.

Así pues, la mitad del tiempo en seco, la otra mitad empapado, dejó que las horas del sol se desgranasen lentas. Doce. Ni una más ni una menos, minuto a minuto, y aunque trató por todos los medios de administrar su escasa agua potable, el enemigo al que más temía de momento, la sed, le asaltó al final de la tarde debido al pesado calor y el salitre.

Las manos, completamente despellejadas, le ardían con un dolor sordo, latente e insoportable, y se veía obligado a lanzar un gemido cada vez que necesitaba coger algo o afianzarse a las rocas.

Vio al sol descender sobre el horizonte, justo frente a él y aguardó pacientemente a que se ocultara por completo ensuciando de rojo un cielo tachonado de nubes altas e increíblemente largas.

Era un hermoso espectáculo en verdad, pero João Bautista de Gamboa y Costa no se encontraba en situación de apreciarlo, y tan sólo rogaba para que durase lo menos posible y las tinieblas se abatiesen con rapidez sobre la isla.

Ya a oscuras, vadeó de nuevo la costa, siguiendo el camino a la inversa, y cuando puso el pie en tierra firme, se tumbó en la arena y aguardó muy quieto y con el hacha aferrada todo lo firmemente que le permitía su agarrotada mano, atento al más mínimo movimiento que se detectara en la isla.

Casi media hora después avanzó arrastrándose, centímetro a centímetro, consciente de que su vida dependía de su paciencia y de que el tiempo era lo único que tenía a su favor en la lucha que había emprendido.

Un rabihorcado aleteó a unos metros de distancia, y se aplastó contra el suelo, aterrorizado. Cuando el corazón dejó de latir queriendo escapar de su pecho, gateó hasta el ave, la apartó con suavidad, y se apoderó del único huevo que incubaba. Lo cascó contra una pequeña piedra, y se lo bebió con ansia. Buscó luego otros nidos y otros huevos, y fue consumiendo glotonamente todos aquellos que no contenían un embrión de polluelo.

Sus ojos se habían habituado ya a la oscuridad, lo que le permitía distinguir los contornos a cinco o seis metros de distancia, y eso hizo que media hora más tarde diera al fin con lo que venía buscando: un grupo de rocas que conformaban en su centro una diminuta hondonada que contenía un agua limpia y fresca que le supo a gloria.

Durmió allí mismo un par de horas, debió de nuevo, llenó la calabaza y continuó su incursión sin alejarse nunca de la costa, hasta tropezar con el tronco de un grueso cactus, a cuyo pie descubrió a una pacífica iguana de tierra que no hizo gesto alguno al verle y se dejó atrapar sin oponer resistencia.

Hubiera preferido retorcerle el cuello en silencio, pero ni siquiera tenía fuerzas suficientes para ello y optó por aplastarle la cabeza con el hacha de piedra.

La devoró despacio, cruda y casi palpitante, venciendo su repugnancia y

permitiendo que la sangre le chorreara por el rostro y el cuello, pues tenía la plena seguridad de que si no recuperaba sus maltrechas fuerzas, jamás podría enfrentarse a su enemigo.

El alba le sorprendió ya de vuelta al refugio, donde aprovechó, media mañana, el descenso de la marea para dormir a gusto por primera vez en cuarenta y ocho horas.

Al octavo día, Oberlus comenzó a irritarse.

Había registrado la isla palmo a palmo, sin olvidar una sola cueva, ni el más diminuto bosquecillo de cactus, barranco o recoveco, y no sólo no había encontrado al fugitivo, sino que ni siquiera había descubierto una simple huella de su paso.

Cada dos días se veía en la necesidad de liberar temporalmente al resto de los cautivos cuyo estado físico y mental se deterioraba a ojos vista, sucios, demacrados y atemorizados, y anhelaba regresar a la rutina de su vida diaria, tumbado en la cumbre del acantilado, vigilando su reino, leyendo durante largas horas y disfrutando del hermoso cuerpo de su prisionera.

Se le ocurrió la posibilidad de que el portugués se hubiera suicidado, pero la idea se le antojó improbable, puesto que para eso no se hubiera esforzado tanto en romper sus cadenas. Tampoco resultaba lógico que se hubiera dejado arrastrar al mar aferrado a un madero, pues como piloto, tenía que conocer la existencia de la corriente que atravesaba el archipiélago. Confiarse a ella constituía otra forma de suicidio, más lenta y desesperante, y por lo que intuía de Gamboa, no debía de ser ése su modo de hacer las cosas.

Continuaba allí, oculto y acechante, aguardando a que se cansara de buscarle y se confiara, para iniciar entonces el juego en sentido contrario, y convertirse, de cazado, en cazador.

Revisados ya todos los escondites naturales que ofrecía el islote, no quedaba, a su modo de ver, más posibilidad que la de que se hubiera enterrado en la arena de la playa o los bancales de tierra cultivable que habían ido acumulando con paciencia en pequeñas depresiones. Rastreó por lo tanto las playas, clavando a fondo en la arena su largo arpón cada medio metro, y asaeteó luego de igual modo los bancales, destrozando los cultivos de lechugas, tomates, tabaco o patatas, pero el porfiado piloto continuaba sin aparecer.

La irritación dejó paso a la frustración y la ira, y esta última a un creciente temor, puesto que en cualquier momento un navío podrá hacer su aparición en el horizonte y tener la mala idea de fondear en la ensenada.

Las consecuencias de esa frustración y esa ira, las pagaba en buena lógica *Niña Carmen*, que, pese al estoicismo con que había soportado hasta el presente los malos tratos, una noche lo empujó fuera de la cama por medio de un violento

y sorprendente empujón, impropio de una mujer de su constitución física.

Se enfrento a él con los ojos relampagueantes:

—¡Ya está bien! —gritó fuera de sí y desmelenada—. ¿Quién te has creído que soy...? ¿Un perro...?

Oberlus se irguió del suelo en cierto modo desconcertado, porque en ese exacto momento no había ido particularmente duro con ella, pareció que no iba a reaccionar, pero, de improviso, dio un salto adelante y le descargó un violento puñetazo en el rostro que la tumbó de espaldas.

Cuando Carmen de Ibarra recobró el conocimiento, se encontró tumbada boca abajo, amarrada a la cama con los brazos piernas en cruz, y el intenso dolor que sentía le hizo comprender que la estaba sodomizando, tratando de hacerle el mayor daño posible.

—¡Por favor...! —suplicó vencida—. ¡Por favor...!

Pero Oberlus continuó hasta derramarse en ella para quedar tumbado sobre su espalda mordéndole el cuello.

Al rato, cuando recuperó el aliento, le murmuró al oído:

—¿Has dicho... «por favor»...?

Ella asintió en silencio.

—Eso me gusta... —admitió él—. Ya es hora de que te decidas a hablar y pedirme las cosas como a una persona... ¿O es que no te habías dado cuenta de que soy una persona...?

—No te comportas como una persona.

—Porque nadie me ha tratado nunca como si lo fuera...

Salió de ella y se sentó en la cama, comenzando a desatarla con parsimonia. Por último la obligó a volverse, colocándola boca arriba, y le aferró con firmeza el rostro por la barbilla:

—¡Mírame...! —ordenó—. ¿Te parezco en verdad un ser humano; una persona...? —ante la muda y aterrorizada afirmación, rió divertido—. El más espantoso de todos ¿no es cierto...? Pero persona al fin... —chasqueó la lengua—. Tan sólo existe algo en este mundo que infunda más miedo que mi rostro —hizo una pausa—. Yo mismo... —acudió a la mesa y bebió con avidez, directamente, del gollote de la garrafa de ron—. Me he convertido en algo aún peor que mi propia cara, lo que ya es decir mucho, ¿no te parece...? —inquirió al concluir de beber.

Ella, que le miraba con fijeza, se atrevió a preguntar:

—¿Siempre fuiste así...?

Oberlus se volvió sorprendido, dejando a un lado la garrafa:

—¿Así cómo...? —quiso saber—. ¿Así de feo, o así de violento...? —se encogió de hombros—. Bueno... Creo que ambas cosas van unidas... Sí... —admitió—. Desde que yo recuerdo, siempre he sido así... Nací como uno de esos fetos que los médicos conservan en frascos de alcohol, con la única diferencia de

que yo tuve la mala ocurrencia de continuar respirando... Y mi madre... ¡fanática católica debía de ser la maldita para no consentir que me enviaran de regreso al infierno en ese mismo instante!, se emperrió por lo visto en amamantarme hasta que no pudo más y echó a correr.

Niña Carmen no hizo comentario alguno, limitándose a erguirse hasta quedar sentada en la cama, mientras él buscaba acomodo en el ancho sillón en que acostumbraba a leer, al tiempo que encendía su renegrida cachimba.

La miró de reojo:

—No te atreves a preguntar lo que se siente al haber nacido así, ¿verdad...? —añadió al rato—. Temes que me ofenda y me enfurezca... No... —negó—. Son muchos años llevando esta cara a todas partes... ¡Demasiados años...! Ya nada me ofende. Ahora soy yo quien ofende a lo demás, y eso me gusta.

—Disfrutas con ello, ¿no es cierto?

—Desde luego... —admitió—. Me agrada saber que inspiro terror, pero no por feo, sino porque en verdad lo que hago aterroriza... —hizo una pausa—. Siempre se ha dicho que es preferible inspirar odio a inspirar lástima, y lo cierto es que, jamás, ni siquiera lástima sintió nadie por mí... Sólo asco... —lanzó una nube de humo hacia ella—. También a ti te doy asco, ¿no es cierto?

Carmen de Ibarra —el mundo se había olvidado ya de ella y de que un día la llamaron *Niña Carmen*— negó segura de sí misma.

—Ahora ya no.

Oberlus la observó con mayor atención, como si quisiera leer en el fondo de aquellos ojos misteriosamente inquietantes, fue a insistir en el tema, pero de improviso pareció cambiar de idea y le imprimió un nuevo giro a la conversación:

—¿Quién era...? —quiso saber—. El que mate aquella noche en la playa.

—Diego Ojeda, heredero de una de las mayores fortunas de Quito.

—Eso no me importa... —replicó con sequedad—. Quiero saber quién era para ti... ¿Estabais casados?

—No. No lo estábamos. Y aquella tenía que ser nuestra primera noche juntos.

—¿Le amabas?

—Sí.

—¿Aún le amas?

—Está muerto.

—Dicen que se puede amar a los muertos.

—Únicamente los seres humanos podemos amar a los muertos, y ése es uno de los principales errores de nuestra especie... —replicó ella con calma—. Yo me he pasado la vida amando a hombres muertos, pero he descubierto que estaba equivocada. Equivocada en todo.

La *Iguana Oberlus* no preguntó qué había querido decir con ese «todo», y probablemente ella tampoco hubiera sabido explicarlo por más que se lo

propusiera, porque el cúmulo de sentimientos que Carmen de Ibarra había experimentado desde que se encontraba en aquella cueva, la confundían como nada la había confundido en la vida anteriormente.

La sumisión con que se propuso aceptar su horrendo destino, y que consideró un a modo de expiación por sus anteriores culpas y por la insensatez de unos caprichos que no habían acarreado más que desgracia a los seres queridos, había ido dando paso, de forma para ella inexplicable, a una, cada vez más inquietante, sensación de bienestar. Se sentía feliz pagando por el mal que había causado, al igual que era feliz el penitente que cargaba una pesada cruz en las procesiones de Semana Santa, o el monje que se laceraba cada amanecer con un cilicio.

Pero eso era mentira, y lo sabía.

Desconcertada, iba descubriendo que en lo más íntimo de su ser no se sentía feliz por estar cancelando una deuda a base de soportar resignadamente las más inconcebibles vejaciones, sino que tal felicidad emanaba de las vejaciones en sí mismas, y de la mansedumbre con que le agradaba sufrirlas.

Aunque le doliera, tenía que confesarse a sí misma que no le espantaba ya la llegada de su violador y su verdugo, sino que vivía anhelándola, al igual que anhelaba sus malos tratos y las humillaciones a que la sometía, y que si en un momento determinado se había rebelado contra él, era porque abrigaba la absoluta certeza de que tal rebelión provocaría una nueva reacción de violencia aún más virulenta.

Así había ocurrido, en efecto, y al despertar de la brutal agresión, se había encontrado tan aberrantemente ofendida, que se había sentido tan feliz como nunca lo hubiera sido antes, pese a que aquel pene gigantesco la rasgase por dentro, y al fin no hubiera tenido más remedio que implorar clemencia.

Pero incluso en aquel sumiso suplicar que no continuara atormentándola, había encontrado un especial placer, por el simple hecho de que, como era de esperar, su monstruoso dueño no la había escuchado.

El sol estaba en su cenit, la marea en su punto más bajo, y el portugués Gamboa, João Bautista de Gamboa y Costa, dormitaba en su escondite, a la sombra, dejando pasar aquéllas, las más pesadas horas de calor del mediodía.

Pero de improviso abrió los ojos como si un sexto sentido le avisara, o le hubiera asaltado un súbito presentimiento. Extendió la mano hasta sentir la tranquilizadora presencia del mango del hacha, y quedó luego muy quieto, escuchando, tensos los músculos, listo a saltar a la menor señal de peligro.

A los pocos instantes lo descubrió. Hizo entrada en su campo de visión a menos de veinte metros de distancia, vadeando con el agua al pecho y escudriñando, con aquellos ojos de un azul casi traslúcido, cada gruta y cada cavidad de las rocas.

Comprendió que había llegado el momento, y que no cabía la posibilidad de esconderse por más tiempo. Rodó fuera de su refugio, se puso en pie, muy erguido sobre sus abiertas piernas y blandió el arma, amenazante:

—¡Aquí estoy, maldito hijo de puta...! —aulló—. ¡Ven a por mí...!

La Iguana Oberlus se detuvo, le observó unos instantes, y pareció estudiar el terreno, buscando el lugar más apropiado para el enfrentamiento que iba a tener lugar. Por último, tomó una decisión y se encaminó directamente hacia él.

Las irregularidades del fondo le hacían tropezar, dificultándole la labor de mantener el equilibrio, pero ya con el agua a la cintura alcanzó la arena de una diminuta playa que se extendía casi hasta los pies del portugués, y se detuvo.

Tomó aliento y extrajo con parsimonia el largo y afilado machete que colgaba de su cintura. Se miraron.

Sabían que iba a ser aquella una lucha a muerte, sin piedad por ninguna de las partes, y sin respeto hacia ningún tipo de reglas o leyes. Matar o morir, a eso iba a limitarse la contienda.

Gamboa observó el afilado machete, pero no le inspiró temor. Sin pistolas, inútiles allí, donde la pólvora del cebo se hubiera mojado al primer tropiezo, su enemigo no era ya más que un contrincante al que superaba en peso y envergadura, y el hacha, aunque primitiva, podía equipararse al arma de su enemigo.

—¡Ven...! —repitió con un significativo gesto de la mano—. A ver si eres tan valiente como dices...

Oberlus no respondió. Sus ojos —«lo único decente que había puesto Dios sobre aquel rostro abominable»— estaban fijos en el hacha de piedra, midiendo su grado de peligrosidad, y tratando de averiguar, por la forma en que la empuñaba, cómo iba a utilizarla.

Por último, cuando se sintió seguro, continuó avanzando, salió del agua, y se inmovilizó de nuevo a unos dos metros de distancia.

Comenzaron a moverse muy lentamente, girando y estudiándose cada vez más inclinados, tensos los músculos, listos a saltar y amagando golpes sin decidirse a lanzarlos, conscientes ambos de que el primer error que cometieran sería también, sin duda, el último.

La hoja de acero blandió el aire, silbando, regresó de igual modo con una rápida y hábil torsión de muñeca, y el piloto portugués dio un paso atrás, alzando el hacha, dispuesto a arrojarla con todas sus fuerzas.

La Iguana retrocedió también, agazapándose, listo para esquivarla, pero el golpe no llegó y regresaron a sus primitivas posiciones, trazando círculos y aguardando una ocasión más propicia.

Fue entonces cuando João Bautista de Gamboa y Costa pareció comprender que aquella distancia no le favorecía, dada la mayor longitud del arma de su enemigo, y súbitamente, de un modo por completo inesperado, se abalanzó hacia

adelante, precipitándose sobre Oberlus y derribándole gracias a su impulso y a su mayor peso y estatura.

Rodaron por la arena hasta penetrar en el agua pugnando por herirse mutuamente, golpeándose, mordiéndose y pateándose, en una contienda feroz y desesperada, sin nobleza ni estilo, con la bajeza y la rabia de perros callejeros ansiosos por despedazarse.

El portugués era sin duda más alto y de constitución mucho más fuerte pese a encontrarse debilitado, pero Oberlus era más ágil y marrullero, y tenía, sobre todo, muchísima más experiencia en aquel tipo de peleas, en las que había tenido que tomar parte, lo quisiera o no, desde que tuvo edad suficiente para defenderse de los insultos de otros muchachos.

Aprovechó por tanto la primera ocasión en que su contendiente distrajo la atención de la defensa de sus testículos y los puso al alcance de su rodilla para alzarla con violencia, aplastándoselos con un golpe seco, de salvaje potencia.

El portugués Gamboa advirtió cómo el aire se negaba a descender a sus pulmones, abrió mucho la boca con un mudo grito que no llegó a escapar, y antes de que pudiera reaccionar descubrió, impotente, que la punta del machete penetraba por su costado izquierdo, y giraba con saña buscando destrozarse su paquete intestinal.

Aún agonizaba cuando su verdugo le tomó por un tobillo, lo arrastró hasta el agua, y emprendió el regreso, vadeando, llevándole tras sí, como ensangrentada muestra de su indiscutible victoria.

La normalidad volvió a la isla, que recuperó su ritmo de vida, con la salvedad de que ahora, en su centro y colgando de lo que había sido el palo de trinquete del *Río Branco*, su piloto, João Bautista de Gamboa y Costa, permaneció durante meses expuesto al sol y al viento, hasta que su cadáver se desprendió en pedazos.

La Iguana Oberlus regresó a su roca, a leer y vigilar, mientras sus súbditos abandonaban el encierro y se reintegraban al trabajo lanzando de tanto en tanto furtivas miradas al mástil, del que pendía lo que parecía haberse convertido en la bandera que simbolizaba al islote de Hood, en el archipiélago de las Galápagos o Islas Encantadas, en el océano Pacífico, exactamente sobre la raya del Ecuador, a unas setecientas millas del Continente y la civilización.

Era aquél un mundo en el que el tiempo parecía no tener prisa alguna, y, monótonos, los días se desgranaban idénticos los unos a los otros sin que se advirtieran, más que por la emigración de los albatros, los cambios de estación.

Dos navíos, uno de ellos la ya conocida fragata *Virgen Blanca*, pasaron muy cerca sin dejar caer sus anclas, y un tercero, un falucho rápido y nervioso, buscó inútilmente a los posibles supervivientes del *Ilusión*, que había partido del puerto de Guayaquil con buen viento, mar en calma y un experto capitán, pero no había regresado jamás.

Enviado por la madre de Diego Ojeda, el falucho escudriñó durante dos largos meses cada cala, cada playa y cada farallón del archipiélago sin descubrir resto alguno de la esbelta goleta ni de sus desgraciados ocupantes, y la dolorosa conclusión fue que, o un inesperado golpe de viento la había hecho zozobrar en mar abierto, o había sido atacada por una de aquellas salvajes ballenas asesinas, que cruzaban a veces entre las islas y tierra firme durante sus periódicas emigraciones de uno a otro polo.

No era la primera vez que una orca embestía a una nave, la hundía, y devoraba a sus tripulantes, y aunque remota, tal vez fuera ésa la única explicación válida a la misteriosa desaparición del navío.

Cuando, va en su viaje de regreso, el falucho cruzó casi a un tiro de piedra del acantilado de barlovento del islote de Hood, nadie a bordo podía imaginar que allí en una escondida cueva de aquella alta pared de piedra, se encontraba encerrada, atada a una larga cadena, la única superviviente de la *Ilusión*.

Por su parte, *Niña Carmen* —ya ni siquiera ella se acordaba de que alguna vez la habían llamado de aquel modo— se había adaptado por completo a su nueva existencia, hasta el punto de que cabría imaginar que jamás había conocido ninguna otra.

La inmensa caverna era su mundo, y aun ni siquiera toda ella sino tan sólo la parte a la que alcanzaba su cadena, y aunque de tanto en tanto tomase plena conciencia de hasta qué punto había descendido en su consentida degradación, prefería apartar de su mente, negándose a admitirlos, tales pensamientos.

A sus veintiséis años, Carmen de Ibarra —que nunca había sido estúpida pese a que su comportamiento así lo hiciera suponer con frecuencia— tenía ya suficiente madurez como para reconocer que, si se detenía a analizar a fondo sus sentimientos, tendría que despreciarse a sí misma de tal forma que le resultaría imposible sobrevivir con su propia vergüenza.

Había destrozado muchas vidas y muchas familias, entre ellas su propia vida y su propia familia, y por tanto, su conciencia no le permitía aceptar que no lo había hecho por una irrefrenable ansia de libertad, sino porque su profunda depravación le había impulsado a rechazar a aquellos hombres que no la avasallaron hasta el punto en que ella deseaba, inconscientemente, sentirse sojuzgada.

¿Cómo confesarse a sí misma que ansiaba saberse menospreciada, humillada, ofendida, golpeada y reducida a la simple condición de receptora de las necesidades sexuales de un ser repelente y brutal cuya sola presencia provocaba náuseas?

Aceptarlo, hubiera significado tanto como aceptar la autenticidad de su desequilibrio mental, y que los que la llamaron loca cuando destruyó su matrimonio o su relación con Germán de Arriaga tenían toda la razón.

Y en el fondo, ¿no era una forma de locura aquella incalificable relación que mantenía con su captor, al que odiaba y que en ciertos momentos le repelía, pero al que a la vez deseaba y necesitaba con un ansia enfermiza?

La ambivalencia o la profunda complejidad de sus sentimientos la desconcertaban, y quizá, en inconsciente gesto de autodefensa, prefería dejar su mente en blanco y vivir aquellos días como si se trataran de un largo sueño del que en cualquier momento tenía que despertar necesariamente.

A *la Iguana*, por su parte, y pese a que su experiencia con respecto a las mujeres podía considerarse por completo nula, no le había pasado sin embargo inadvertido el cambio ocurrido en la actitud de su cautiva; cambio que percibía incluso a través de la piel en el momento de poseerla.

Por lógica, no estaba en condiciones de averiguar cuándo una mujer mentía o no en el momento de gritar de placer, pero sí estaba en perfectas condiciones de comprender, mejor que nadie, cuándo repugnaba, y le constaba —tenía la certeza— de que al menos ella se había acostumbrado a su presencia y su

contacto.

Ya no la sentía tensa y agarrotada en el momento de aproximarse y comenzar a acariciarla, y cuando la penetraba, no se enfrentaba con la rigidez y la sequedad de los primeros días, sino con una húmeda, tibia y palpitante acogida, que hacía que se pudiera deslizar dentro de ella con una dulce suavidad, para sentir luego cómo su carne, ya ardiente, le rodeaba, aprisionándole e impidiéndole escapar.

Comenzaron a tener, también, largas conversaciones en las que le habló de su vida, de sus amargos años como arponero en apuestos balleneros, y de los lejanos y curiosos lugares que había conocido a través de sus múltiples viajes.

Pero, sobre todo, y más que de sí mismo, le agradaba hablarle de los libros que había leído, y le gustaba aprender de ella, tratando de que le confirmara cosas de tierra firme o el comportamiento de gentes que se le antojaban por completo inconcebibles.

—Lejos del mar no puede haber vida... —aseguró convencido de lo que decía.

—Te equivocas... —le contradijo—. Y para la mayoría de los hombres, es a orillas del mar donde concluye toda posibilidad de vida... La tierra es fértil, generosa y pacífica, y sabemos siempre lo que cabe esperar de ella... Pero... ¿quién puede confiar en el mar? Un día se muestra tranquilo y dadivoso, y al siguiente se enfurece y lo destruye todo, devorando a las naves y sus tripulantes... No comprendo cómo puede gustarte el mar.

—Si no hubiera sido por él, porque me calmaba en los momentos de ira, o porque comprendía que, frente a su inmensidad, ni yo ni nadie significábamos nada, no creo que hubiera soportado tantos años de burlas y desprecios... —hizo una pausa y quizá por primera vez su mirada y su tono de voz parecieron distintos, casi humanos—: ¿Acaso elegí este rostro y este aspecto...? Sin embargo, nadie ha hecho otra cosa que insultarme y echármelo en cara, y te juro que tardé mucho en aceptar la idea de que nadie... ¡Nadie, óyeme bien...!, tuviera conmigo un solo gesto amable.

—Debió de ser muy duro.

—Duro no es la palabra... —agitó su deforme cabeza como si le costara admitir que había vivido aquellos tiempos—. No existe palabra capaz de describirlo... Ni siquiera mis lágrimas les conmovían, aunque es cierto que pronto dejé de llorar... Un día comprendí que había pasado mi vida buscando compasión, y que en realidad no era compasión lo que deseaba.

—¿Venganza?

—Tal vez.

—¿De qué...? ¿De haber encontrado esa compasión?

—De todo... No sé quién me engendró, ni por qué lo hizo, pero desde ese mismo instante conmigo no se han cometido más que injusticias... —sonrió—. Y

hasta que decidí ser aún más injusto que los demás, no comenzaron a irme bien las cosas... —señaló la cadena—. Por eso te trato así, y por eso soy cruel con cuantos me rodean... Al fuego se le combate con el fuego. No hay otro medio, y ahora me respetan.

—Te temen. No te respetan.

—¿Qué más da una cosa que otra...? ¿Tú me temes...?

—Sí.

—Con eso me basta... —hizo una pausa y se encogió de hombros con sincera indiferencia—. Y ni siquiera me importa repugnar... Incluso me divierte advertir cómo asquea mi presencia... Es una gran cosa imponer esa presencia y saber que tienen que tragarse sus náuseas por miedo a que me enfurezca...

—Es lógico...

La observó un tanto sorprendido por la naturalidad con que lo había dicho.

—¿Qué es lógico...? —quiso saber.

—Que te agrade despertar odio, asco y miedo... —Carmen de Ibarra se pasó la mano por el largo cabello en un ademán que repetía, casi como un tic nervioso, cientos de veces a lo largo del día—. Todos deseamos causar algún tipo de impacto en los demás, y cuando no podemos conseguir que nos amen o nos admiren, preferimos cualquier sentimiento a la indiferencia.

—Yo hubiera preferido esa indiferencia —señaló Oberlus con absoluto convencimiento—. No me hubiera importado pasar por la vida sin que nadie reparase en mí...

—Eso no es cierto... —le rebatió—. Nadie desea pasar por la vida sin que reparen en él, y tú menos que nadie... Me consta que, de algún modo, tendrías que haberte hecho notar.

Él meditó unos instantes. Luego, súbitamente, dijo:

—Tal vez un día te quite esa cadena.

Niña Carmen experimentó una extraña sensación de vacío en la boca del estómago pero no hizo comentario alguno.

Oberlus no pareció reparar en su silencio, e insistió:

—¿Te gustaría salir y recorrer la isla?

Se encogió de hombros:

—No creo que haya a mucho que ver.

—Podrías tomar el sol.

No obtuvo respuesta.

Tres semanas más tarde, *la Iguana Oberlus* tomó cincel y martillo y desprendió el perno que cerraba la ancha argolla que sujetaba la cadena a un tobillo en el que había dejado ya una profunda marca.

—¿Por qué lo haces?

—Ya no hace falta que sigas encadenada... Imaginé que podrías suicidarte, pero ahora sé que no lo harás... Y en esta isla no hay adónde ir.

Cuando se sintió libre, Carmen Ibarra no hizo gesto alguno. Permaneció sentada en la cama, contemplando la cadena, y resultaba de todo punto imposible averiguar qué era lo que en verdad estaba pasando.

Él la observaba inmóvil, y por último señaló los arcones del fondo de la cueva adonde ella nunca había tenido acceso.

—Allí está tu ropa... —dijo.

Dejó pasar un largo rato antes de encaminarse, muy despacio hacia los baúles, abrir el mayor de ellos, y contemplar el vestido que llevaba la tarde que desembarcó, y que recordaba haber doblado, cuidadosamente, sobre una roca antes de meterse en el agua.

Durante todo aquel tiempo había permanecido desnuda, y la ancha falda, el corpiño, las enaguas y la ropa interior, le devolvieron a la realidad de un mundo del que había deseado mantenerse ausente por completo.

Aquel vestido de seda gris con negros encajes en el cuello y los puños, se lo había regalado Germán de Arriaga tras una fabulosa noche de amor, y lo estrenó cuando viajaron a Aranjuez en busca de la capilla en que pensaban casarse un mes más tarde.

Aún recordaba la angustia que le invadió al penetrar en la diminuta iglesia; angustia motivada por el hecho de que sabía que iban a «oficializar» su felicidad de aquellos momentos, convirtiéndola de sentimiento espontáneo, en forzada obligación.

Ahora, la visión de aquel vestido le producía idéntica sensación. La loca fantasía sexual; la orgiástica pesadilla-realidad que había tenido la virtud de trastocar todo su concepto de la existencia y de sí misma como ser humano mostrándole la realidad de su auténtica personalidad, parecía tocar a su fin.

Sin comprender exactamente por qué, intuía que vestirse significaba volver a

convertirse en *Niña Carmen*, el más hermoso miembro de una ilustre y rancia familia quiteña venida a menos. Su elegante traje gris destacaría, absurdo, en el interior de aquella gruta inmunda que había servido de nido durante siglos a millones de pájaros marinos, y la deforme presencia del hombre, también semidesnudo, resaltaría de tal forma que resultaría grotesco.

—¡Póntelo!

—No.

—Quiero verte como el día en que llegaste... ¡Póntelo! —repetió ahora amenazador y autoritario.

Obedeció. No por temor a su furia, pues hasta aquel mismo instante había amado la violencia que engendraba aquella furia, sino porque experimentaba una morbosa sensación de dolor, vacío y amargura al advertir que, a medida que se iba vistiendo, se iba alejando de él, su poder y su influencia.

Se sintió triunfadora.

Si había sido lo suficientemente estúpido como para liberarla de su cadena, imaginando, en su debilidad, que iba a agradecersele y que por ese agradecimiento lo amaría de algún modo, merecía que ella se vistiera, y que, una vez vestida, le hiciera comprender el inmenso abismo que les separaba.

Él, Oberlus, su dueño, había roto el hechizo a martillazos. Tenía una esclava, sumisa y entregada, y no le había bastado. Quería una mujer enamorada, una amante, una esposa; alguien que se acostara con él por cariño, deseo o admiración. Comenzaba a comportarse, por tanto, como cualquier otro hombre; un hombre que resultaba, además, espantosamente feo y ridículamente pretencioso.

Se volvió y allí estaba, embobado porque se había ceñido un ajustado corpiño y unas anchas enaguas que únicamente dejaban al descubierto sus hombros y sus tobillos, y comprobó, con rabia, que su captor, su verdugo, su «amor» absoluto, no era una bestia, ni un hijo del Averno, ni aun siquiera un monstruo de la Naturaleza, sino tan sólo un pobre hombre deforme al que su inconcebible aspecto había deformado también el espíritu.

Y si se trataba tan sólo de un hombre, *Niña Carmen* sabía, por experiencia, que acabaría dominándole.

Continuó vistiéndose, pese a que le producía dolor, amargura y decepción, pero, por todo ello, y al mismo tiempo, un profundo y morboso placer.

Cuando la vio vestida, la admiró largo rato, la hizo girar sobre sí misma e ir de un lado a otro de la cueva, y luego le pidió que se acostara porque deseaba hacerle el amor con el vestido puesto.

No la tiró sobre la cama o la arrojó al suelo y la violó. Ni siquiera se lo ordenó con aquella voz suya, bronca, autoritaria y cavernosa. No. Se limitó a pedirselo como se lo suplicaría un enamorado alférez a la complaciente modistilla que estuviera mostrándole el traje que acababa de planchar para una cliente.

Y resultaba cómico, perdido allí, entre enaguas, encajes y refajos, hociqueándole primero entre las piernas, buscando con la lengua un sexo que se mantenía ahora rígido y seco, para trepar más tarde y penetrarla de mala manera, con ansiosa urgencia, concluyendo en un instante, enredado entre ropas y cintas.

Se tumbó luego junto a ella, acaricio unos instantes las negras puntillas, murmuró algo entre dientes y se quedó dormido.

Niña Carmen permaneció muy quieta largo rato, contemplando el techo pensativa, y luego su vista recorrió, despacio, los mil veces vistos objetos de la cueva hasta detener su atención en las pistolas que él dejaba siempre sobre una piedra, junto a su camastro, lejos del alcance de la cadena.

Alzó la pierna y contempló la profunda llaga, supurante, que había causado el grillete en su tobillo. Meditó, y por último, con sumo cuidado, se deslizó de la cama sin molestar al durmiente.

Avanzó despacio hasta las pistolas, las observó sin tocarlas y se volvió a Oberlus que continuaba en idéntica postura, resoplando acompasadamente. Se inclinó, tomó una de las armas, y con las dos manos la amartilló, regresando sobre sus pasos, para ir a detenerse frente a su captor.

Éste advirtió que le sacudían levemente, despertándole, y cuando abrió los ojos se encontró con el negro agujero del cañón que le apuntaba.

Tardó en hablar, y cuando lo hizo, su voz no parecía alterada:

—¿Vas a matarme?—inquirió.

—Aún no lo sé.

—¿Tienes miedo?

Ella negó con un gesto:

—En absoluto. Pero si te mato, no habré disfrutado apenas de mi venganza... —señaló la cadena, y autoritariamente, ordenó—: ¡Póntela...! Quiero que seas tú quien la lleve ahora...

Pero la *Iguana Oberlus* agitó la cabeza sin perder la calma.

—No pienso hacerlo... —le mostró la pierna—. Pero si quieres, ven tu a colocármela.

Carmen Ibarra sonrió despectiva, rechazando la proposición, mientras tomaba asiento en el sillón de cuero que él utilizaba siempre.

—No soy tan estúpida... —señaló—. No pienso dejarme sorprender tan fácilmente... —Ahora su sonrisa se hizo burlona—. No te creía tan necio... —añadió—. El primer día que dejas de comportarte como una bestia te atrapan como a un conejo...

Oberlus no hizo comentario alguno, limitándose a observarla con fijeza como si quisiera hipnotizarla.

—No me mires así... —le advirtió ella—. Ya no me asusta. Al principio me desmayaba sólo de verte, pero con el tiempo me acostumbré a tu cara... ¿Te he dicho alguna vez que eres realmente espantoso...? Y más que por fealdad, por lo que llamas aún la atención, es porque hay algo en ti que no parece humano... Por mucho que trate de esforzarme y ver más allá de tu rostro tratando de convencerme de que oculta a una persona, me resulta imposible... —Empuñó con más fuerza el arma al advertir que él parecía dispuesto a moverse—. ¡No lo intentes...! —señaló—. Rodrigo me enseñó a disparar... Tan sólo hoy he descubierto en ti una expresión humana... —añadió regresando al hilo de su monólogo...—. Mientras me vestía, me recordaste a mi primo Roberto cuando le dejaba en la cama y comenzaba a arreglarme para volver a casa... —Chasqueó la lengua con un gesto de fastidio—. Se le iba el alma por los ojos mirándome y temiendo que jamás volviera... —Se diría que ahora se estuviera lamentando de algo que le doliera profundamente—. En el fondo, lo mismo le ocurría a Rodrigo... Y a Germán. Me tenían; les pertenecía, y, no obstante, vivían angustiados por el temor de que me esfumara de un momento a otro... —Negó como desconcertada—. Nunca estaban seguros de sí mismos, y era eso, quizá, lo que me empujaba a abandonarlos.

—Me estás cansando —señaló él con naturalidad—. Decide de una vez lo que piensas hacer, porque no voy a quedarme aquí escuchando tu estúpida historia.

—Te quedarás hasta que yo decida.

La *Iguana Oberlus* clavó en ella los ojos, casi burlón, y menospreciando el arma, se irguió con lentitud, mientras ella continuaba apuntándole, con el dedo cada vez más tenso sobre el gatillo.

Ya en pie, la miró de arriba abajo y se encaminó sin prisas al camastro, deteniéndose frente a la piedra junto a la que descansaba la segunda pistola.

—¡No se te ocurra tocarla...! —amenazó *Niña Carmen* con voz ronca, pero él no pareció escucharla; se inclinó, tomó el arma, y se volvió mientras la amartillaba.

—La diferencia entre tú y yo... —dijo mientras le apuntaba con pulso firme — es que no eres capaz de matar ni a tu verdugo, mientras que a mí no me importaría matar a mi propia madre... —Sonrió mostrando su sucia dentadura—. Decidete, porque tienes tres segundos.

Ella trató de leer en el fondo de sus ojos:

—No vas a disparar... —aseguró.

—¿Estás segura?

—Sí.

La explosión atronó la cueva, y su eco pareció repetirse un millón de veces rebotando de pared a pared.

Asombrada, incrédula aún, Carmen de Ibarra permaneció unos instantes muy quieta, tratando de comprender lo que significaba estar muerta tras haber recibido un balazo en el pecho disparado casi a bocajarro.

Pero el estruendo huyó escapando por la estrecha salida de la caverna, y de nuevo se hizo un silencio en el que no se podía percibir más que su agitada respiración y el violento golpear de su corazón.

Buscó la herida bajando la vista, pero no la encontró.

Él, el monstruo ahora más odiado que nunca, continuaba frente a ella, muy quieto, mirándola impertérrito y burlón.

Comprendió la verdad, apuntó a su vez al pecho de su enemigo y apretó el gatillo.

Sólo hubo ruido. El mismo ruido, que se repitió de idéntica manera y escapó por la misma salida.

Niña Carmen arrojó lejos el arma.

—¡Te has estado riendo de mí todo este tiempo...! —le increpó—. Habías quitado las balas.

Oberlus asintió en silencio, se aproximó despacio, y de un violentísimo bofetón la derribó de espaldas con sillón y todo.

—Esto por los insultos... —puntualizó, y la observó mientras tomaba aliento en el suelo, sacudiéndose el vestido y limpiándose la sangre que comenzaba a manarle de la nariz—. No soy tan estúpido como crees... —añadió—. Y necesitaba saber cómo pensabas, y cómo te comportarías cuando te dejara libre... —Se aproxima hasta casi tocarla con los pies y la pateó levemente—. Porque quiero que estés libre... —dijo—. Resulta demasiado cómodo para ti justificarte con el hecho de que te mantenía encadenada... Quiero que lo que hagas de ahora en adelante, lo hagas a conciencia, porque te gusta y lo deseas... —Se desabrochó los pantalones dejando a la vista su enorme pene ya excitado, y ordenó—: Y ahora chúpamela hasta que me corra sobre tu precioso vestido de

encaje...

Tragándose su ira y su odio, pero sumisa y satisfecha, *Niña Carmen* obedeció, pese a que la sangre que continuaba manándole de la nariz se le introducía también en la boca.

Los hombres quedaron admirados por la súbita presencia de la mujer que hizo su aparición de pronto, una radiante mañana, vistiendo pantalón masculino, botas ceñidas y una amplia camisa marinera que permitía, no obstante, adivinar la rotundidad de su portentoso pecho, alto y firme.

De los cuatro esclavos, Knut y Mendoza hacía más de dos años que no veían a una mujer, y los otros casi uno, por lo que se extasiaron ante la perfección de su rostro, un poco pálido por el encierro, y por la gracia casi alada de sus gestos cuando saltaba de una roca a otra.

Ella les observó con una mezcla de pena y curiosidad en un principio, hizo caso omiso a las advertencias de Oberlus, y pronto se enzarzó en largas charlas con el chileno, que era, naturalmente, con quien mejor se entendía en su idioma común, pese a que éste se mostraba remiso a la hora de hablarle, dirigiendo furtivas miradas a la cumbre del acantilado, desde donde Oberlus les vigilaba con ayuda de su inseparable catalejo.

—No puede vivir siempre aterrizado... —le hizo notar ella—. No es un dios que todo lo pueda.

El mestizo le mostró la mano a la que le faltaban dos dedos, y señaló hacia el mástil del que aún colgaban los restos del piloto portugués.

—Él me hizo esto... —dijo—. Y mató a ese hombre... Y a docenas de otros, nadie puede saber cuántos... —continuó colocando piedras de lava en lo que un día sería un gran aljibe que recogería toda el agua de la ladera—. Está loco y no debe fiarse de él, porque es, además, un loco astuto... La utilizará hasta que se canse, o hasta que capture a otra mujer... Ese día su vida valdrá menos que la de una tortuga, puede estar segura...

Niña Carmen guardó silencio meditando en la posibilidad, que no se le había ocurrido antes, de que otra mujer hiciera su aparición en la isla. Por último, como si buscara deliberadamente cambiar de conversación, inquirió:

—¿Y nunca ha pensado escapar...?

Sebastián Mendoza la miró como si sospechara de ella o imaginara por un momento que tan sólo se trataba de una espía enviada por su odiado verdugo.

Señaló hacia la macabra bandera que dominaba la isla:

—Gamboa lo intentó, y ya ve... —dijo—. En este maldito peñasco no hay

adónde ir, ni elementos con los que construir una balsa manejable... Nos tiene atrapados... —La miró con fijeza—. ¿Hace mucho que está aquí?

—Perdí la cuenta... —fue la respuesta—. Dos o tres meses, supongo...

—Yo también perdí la cuenta... —El chileno pareció hundirse en sus amargos pensamientos—. En casa me darían por muerto cuando regresó mi barco, y tal vez ya mi mujer se haya casado con otro... ¡Dios! —exclamó—. Es la impotencia lo que hace más duro este suplicio.

—Pronto acabará.

Lo dijo convencida, como si supiese algo que el mestizo ignoraba, o hubiera madurado ya sus propios planes, pero el otro nada dijo, y continuó con su tarea, tal vez porque no compartía en absoluto su optimismo, o porque no deseaba comprometerse, ya que, en el fondo, no sabía quién era exactamente aquella mujer, ni hasta qué punto dependía de Oberlus.

Carmen de Ibarra —¡quedaban tan lejos los tiempos en que fue *Niña Carmen* para alguien!— pareció comprender que nada obtendría de su interlocutor por el momento, y reanudó un largo paseo por la isla que se había convertido en una especie de rutina que le producía, no obstante, una especial satisfacción.

Aún no tenía un concepto claro de cuál iba a ser su futuro y hasta qué punto éste se encontraría ligado al de *la Iguana Oberlus* y el islote de Hood, pero había llegado a la conclusión de que cuanto había ocurrido, marcaría su vida en adelante y le serviría, sobre todo, para conocerse mejor a sí misma, y saber qué era lo que en realidad deseaba.

Desde que contaba dieciséis años había tenido que abrirse camino a través de una confusa maraña de ideas y sentimientos tratando, inútilmente, y ahora lo comprendía, de descubrir, en la complejidad de su mente, qué era lo que buscaba y lo que exigiría del hombre al que se entregara para siempre.

Había acabado por saberlo y no estaba dispuesta a engañarse más a ese respecto. Le gustara o no, había nacido esclava, y debía aceptarlo con sumisión, aceptando al propio tiempo, que tan sólo se sentiría feliz junto a alguien que la dominara sacando a la luz, sin tapujos, aquellas aberrantes degradaciones que tanto había luchado por ocultarse a sí misma y ocultar a los demás.

Su cautiverio, desnuda y encadenada, sometida a un engendro humano en el corazón de una cueva de un islote perdido, constituían, sin duda, el punto más bajo a que se podía llegar en semejante degradación, pero, alcanzando ese fondo, se hallaba en condiciones de encontrar, algún día, una posición de equilibrio entre la autenticidad de sus instintos y una forma de existencia aparentemente normal.

El precio que estaba pagando por descubrir su camino no se le antojaba excesivo, teniendo en cuenta el que había pagado hasta entonces y el que había hecho pagar a los demás inútilmente. Pronto cumpliría veintisiete años y si conseguía abandonar aquella isla y librarse de su captor, le quedaba toda una

vida por delante, y *Niña Carmen* sabía buscar al hombre que la dominara, aunque le constaba que no resultaría empresa fácil, ya que todos acababan enamorándose de ella. El inocente Rodrigo, el débil Roberto, el experimentado Germán de Arriaga, e incluso el equívoco conde de Rioseco, habían acabado desmoronándose, perdido su genio, como si se tratara tan sólo de desafiantes penes que entraban en ella, erectos y agresivos, para retirarse al poco, flácidos y colgantes, sin vida y sin fuerza, convertidos en simples pedazos de carne desmayada.

—Estoy embarazada.

Le miró con asombro.

—¿Estás segura...?

—Completamente.

—¿Y es hijo mío...?

—¿De quién si no...? —Su tono era sarcástico—. Llevo meses aquí y me haces el amor constantemente... ¿Cómo crees que nacen los niños?

—No quiero un hijo. No quiero que sufra lo que yo he sufrido.

—No tiene por qué parecerse a ti.

—¿Cómo saberlo?

—Sólo podremos saberlo cuando nazca.

Se encontraban sentados en la roca de la cumbre del acantilado, observando cómo negros nubarrones se aproximaban desde el norte, amenazando tormenta.

La Iguana Oberlus permaneció unos instantes en silencio, como si estudiara las nubes, ajeno a cualquier otro tema, pero, por último, sin volverse, señaló:

—Si se parece a mí... Si no es un niño normal, lo tiraré por el acantilado.

—¿Te hubiera gustado que lo hicieran contigo...?

—Desde luego.

—¿No te basta con ser rey de una isla?

Sus ojos relampaguearon de ira:

—Guarda tus ironías... —le advirtió—. A menudo tienes la mala costumbre de tomarme por estúpido, y no lo soy... Si no supiera que te gusta, te azotaría con más frecuencia... —Agitó la cabeza—. Tengo que encontrar una forma de castigarte que en verdad te desagrade... —Cambió el tono—. Sé muy bien que no soy rey de Hood, ni rey de nada... Tan sólo soy el hombre que más ha sufrido en este mundo, y que no quiere que su hijo pase por lo mismo... —La miró significativamente—. Aunque sea hijo tuyo... —concluyó.

—¿Qué quieres decir con eso de, «aunque sea hijo tuyo...»?

—¿Necesito explicártelo...? —inquirió Oberlus a su vez—. Te conozco bien, porque te he estudiado desde el día en que llegaste a esta isla... Yo sé que soy un monstruo, y lo acepté hace años, porque se encargaron de convencerme de ello... Lo soy en todo: por dentro y por fuera. Pero tú también lo eres, aunque no

lo demuestran exteriormente. —Se golpeó la sien derecha con el dedo—. Tu monstruosidad está aquí, en la cabeza, y no es como la mía, que está en el corazón y en las entrañas, fruto de la rabia por lo que me han hecho padecer, y por mi aspecto... —Adelantó las manos como si estuviera tratando de mostrarla en un amplio gesto—. Tú lo tenías todo para ser normal, y no has querido serlo... Nazca como nazca, nuestro hijo estará condenado a ser un monstruo. Estoy seguro.

—¿Es ése el concepto que tienes de mí...?

Asintió en silencio, y ese silencio se mantuvo largo rato mientras los nubarrones se iban aproximando, y los primeros relámpagos surcaban el aire en la distancia. Los truenos llegaban luego, lentos y ceremoniosos, inquietando a las aves marinas que graznaban nerviosas en sus nidos.

Carmen de Ibarra no se sentía molesta, ni tan siquiera sorprendida por lo que le había dicho. Sabía desde tiempo atrás que tras aquella máscara repelente se ocultaba una brillante inteligencia, de la que recibiera abundantes pruebas, y no resultaba extraño, por tanto, que Oberlus hubiera sido capaz de captar cuanto ocurría en su interior. Había asistido muy de cerca a su profunda metamorfosis, y parecía haber ido registrando y clasificando cada uno de sus actos y reacciones. El resultado lógico, era que la conocía a fondo, y parecía adivinar sus más recónditas intenciones.

—No parece que te impresione haber descubierto cómo soy... —comentó por último.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué había de impresionarme...? —inquirió—. No sé mucho sobre mujeres, y tal vez la mayoría sean como tú...

—Imagino que, en el fondo, muchas deben de serlo... —admitió *Niña Carmen*—. Pasan por la vida frustradas, incapaces de admitir, ni siquiera ante ellas mismas, a solas, la realidad de sus más íntimos deseos... Les aterraría descubrirlos, pero una vez que han aflorado, como en mi caso, hay que asumirlos, tal como se asume la homosexualidad cuando al fin sale al exterior, tras largos años de permanecer latente... Y no por eso me considera un monstruo... —continuó con voz serena y la vista clavada en un mar que iba tornando su color azul añil en un gris acerado a medida que las nubes avanzaban sobre él—. No he matado, ni robado, ni causado mal a nadie conscientemente... Mi problema se limita a una imperiosa necesidad de saberme poseída, protegida y dominada... Todo el mal me lo hago a mí misma, y si hubiese sabido descubrirlo a tiempo, nadie hubiera sufrido por mi culpa... —Se pasó una vez más la mano por el cabello con aquel gesto suyo tan personal y mecánico—. No creo, por tanto, que mi hijo tenga por qué heredar mis problemas, de igual modo que no creo que tenga que heredar, necesariamente, tus facciones. No será un monstruo... —concluyó segura de sí misma—. Será un niño sano y precioso.

Había comenzado a llover sobre la isla, y se advertía, con toda claridad, cómo el viento arrastraba hacia ellos una cortina de agua que dividía, en dos tonalidades muy distintas, el agreste paisaje de la desnuda roca.

—Será mejor que bajes a la cueva... —señalo él al fin—. No te conviene mojararte...

Con la primera claridad del alba, mientras las sombras, remolonas, se negaban aún a despegarse de los contornos de las cosas, y el horizonte no era más que una inapreciable diferencia de tonalidades a uno y otro lado de una raya imprecisa, desde lo alto de la cofa el vigia gritó:

—¡Tierra...!

Elliot Caine, tercer oficial del *Adventurer*, altivo bergantín de cuarenta cañones de Su Graciosa Majestad, alzó el rostro hacia el hombre que gritaba, siguió la dirección de su brazo extendido y, afianzándose en los obenques, desplegó el catalejo y lo enfocó en dirección a la isla.

Instantes después golpeaba respetuoso la puerta del camarote de su capitán, que se abrió directamente sobre la cubierta de popa.

—¡Señor...! —dijo sin entrar—. Tierra a proa... Presumo que se trata del islote de Hood...

Una voz cansada, rota y somnolienta replicó malhumorada:

—Despierte al señor Garret... Que busque un fondeadero apropiado... ¡Y déjeme dormir...!

—A la orden, señor...

El joven tercer oficial del *Adventurer* sabía por experiencia que el primer oficial Stanley Garret no era tampoco amigo de madrugar, por lo que decidió dejarle dormir media hora más, mientras la veloz proa del hermoso navío cortaba elegante el agua en dirección a la agreste roca que comenzaba a dibujar nítidamente sus contornos a medida que el día se iba adueñando del mundo.

Se sentía feliz y satisfecho. Aquél era su primer viaje como oficial, y había tenido la suerte de efectuarlo a bordo de un buque limpio valiente que lo mismo encaraba altivo las temibles olas del Cabo de Hornos, que se deslizaba con la suavidad de una gaviota sobre las tranquilas aguas del Pacífico.

Daba gusto sentirlo obedecer a un simple golpe de timón escuchar como cantaba el viento en su velamen, o contemplar a disciplinada tripulación que trepaba a los palos a un corto toque de silbato, para efectuar cada maniobra con precisión absolutamente matemática.

Pronto, cuando fondearan frente a aquella agreste isla solitaria el espectáculo se repetiría una vez más, y eso le hacía experimentar un inquietante cosquilleo en

la boca del estómago, semejante al que experimentaba cuando de niño su padre prometía llevarla ver a los titiriteros.

—¡Coleman...! —llamó—. Apreste a los gavieros, y cuando los tenga listos despierte al señor Garret...

El arrugado contramaestre hizo un gesto de asentimiento, echó un vistazo a tierra y desapareció presuroso por una escotilla.

El tercer oficial Elliot Caine estudió la dirección del viento comprobó la impecable orientación de las velas, y sonrió orgulloso de sí mismo y de su barco.

El sol, que nacía ya a sus espaldas, proyectó directamente una luz rojiza sobre el agreste peñasco que pareció incendiarse como si la pulida roca hiciera las veces de gigantesco espejo contrastando por ello con el pálido azul del cielo y el verde esmeralda de un mar en calma.

Elliot Caine tomó de nuevo el catalejo, se afianzó en los obenques como había visto hacerlo a los más viejos marinos y estudio la agreste costa sobre la que volaban ya centenares de aves marinas que se lanzaban al agua en busca de su desayuno diario.

Súbitamente algo reclamó su atención, pero el cabeceo del barco estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio, y cuando volvió a mirar, enfocando su catalejo hacia la más alta roca de la punta norte, no le cupo duda de su descubrimiento.

Alzó el rostro.

—¡Vigía...! —gritó—. ¿Ves a un hombre en tierra...?

La respuesta tardó unos minutos en llegar, pero al fin, excitado, el marinero gritó a su vez desde lo alto:

—Lo veo, señor... Nos hace señas... Puede que sea un náufrago...

Casi al instante la puerta del camarote del capitán se abrió, y éste hizo su aparición en paños menores y cara de pocos amigos.

—¿Es que no se puede dormir en paz en este maldito barco? —exclamó apoderándose del catalejo de su tercer oficial—. ¡A ver...! ¿Dónde diablos está ese náufrago...?

Elliot Caine extendió el brazo señalando con el dedo:

—Allí, señor... Sobre la roca de la punta norte...

El gigantesco capitán Lazemby, uno de los hombres más altos, fuertes, pelirrojos, eficientes y autoritarios de la Armada Real, se afianzó firmemente sobre sus pies, y estudió el punto que le indicaban, balanceándose expertamente al compás del navío.

—¡Es cierto...! —admitió—. Por lo que se agita parece que se trata de un jodido náufrago... —buscó a su alrededor—. ¿Dónde está el señor Garret...?

—Subirá en seguida, señor —fue la tímida respuesta—. Pensé que podría dejarle dormir un poco más...

El capitán Lazemby estudió desde su increíble estatura a su imberbe tercer

oficial como quien analiza la composición de las patas de un escarabajo.

—¡Joven...! —señaló—. Usted no está aquí para pensar, sino para recibir órdenes... Le costará un mes de paga... —Hizo un gesto con la mano mientras se encaminaba de regreso a su camarote—. Traiga al señor Garret inmediatamente y que los hombres se preparen para la maniobra... Me divierte salvar náufragos...

Diez minutos después reaparecería perfectamente afeitado y uniformado, mientras los gavieros comenzaban a recoger el trapo y la costa de lava destacaba ante ellos con total nitidez, hasta el punto de que se podían distinguir casi los rasgos del hombre que en pie sobre la roca, no cesaba de agitar los brazos desesperadamente.

—¡Ya te hemos visto! ¡Ya te hemos visto...! —masculló el malhumorado capitán aceptando el tazón de café que le ofrecía su camarero—. Un cañonazo de saludo para que se quede tranquilo —ordenó volviéndose a su primer oficial—. A lo mejor es inglés...

El eco de la explosión despertó a Oberlus.

Ya las velas mayores habían sido recogidas; y la proa no acuchillaba el agua sino que tan sólo se clavaba mansamente e ella recortado su ímpetu, y ya los hombres se aprestaban a lanzar el ancla y arriar los botes, cuando, de improviso, un gaviero alzó el brazo alarmado:

—¡Allí...! ¡Allí!

El hombre de la roca gritaba ahora, al parecer pidiendo auxilio aunque no pudieran entenderse sus palabras, agitando los brazos cada vez con mayor desesperación mientras otro hombre llegaba corriendo colina abajo, saltando y brincando por sobre piedra y matojos como una cabra enloquecida.

Algo iba a ocurrir, y lo presintieron de inmediato.

El que llegaba blandía una pistola en cada mano, a las que el sol de la mañana sacaba destellos a cada salto, y al poco sonó un disparo. Ochenta miembros de la tripulación del *Adventurer* clavaron los ojos en la isla y advirtieron cómo el desconocido del peñasco trastabillaba. Luego, el otro se detuvo, apuntó con sumo cuidado por segunda vez y distinguieron el humo que nacía del cañón de su arma, mucho antes de que llegara a sus oídos el estampido.

Alcanzado con la espalda, Sebastián Mendoza cayó de frente, trazó una amplia pirueta en el aire y se hundió para siempre en el mar arrastrado al fondo por el peso de sus cadenas.

El capitán Lazemby, que había tenido el tiempo justo de enfocar su catalejo sobre la figura de Oberlus antes de que desapareciera como un fantasma entre los arbustos, lanzó un reniego:

—¡Maldito asesino...! —gritó—. ¡Garret...! ¡Botes al agua! ¡Tráigame a ese

hijo de puta para colgarlo del palo mayor...!

Un centenar de hombres de la marina inglesa desembarcaron minutos más tarde en las costas y playas del islote de Hood o La Española, en el archipiélago de Las Galápagos o Islas Encantadas, y comenzaron a peinar, de abajo arriba, su minúscula y accidentada superficie.

Pero cuando media hora después alcanzaron la cumbre del acantilado y contemplaron el abismo a sus pies, se volvieron a mirarse entre sí, desconcertados.

El primer oficial Stanley Garret, que navegaba desde hacía ocho años a las órdenes del colérico capitán Lazemby, soltó un sonoro resoplido:

—¡Atrás todos...! —ordenó—. Levantad las piedras si es preciso, pero ese tipo tiene que aparecer... No puede haberse ido nadando.

Regresaron de igual modo, duplicando ahora su atención, lo que les permitió descubrir los dos cañones y la gran cueva de la cañada oeste en la que se amontonaban mercancías provenientes del *Madeleine* y el *Río Branco*. También encontraron la gruta que había servido de tumba a Dominique Lassá, algunos restos del piloto Gamboa, y, colgada de una rama, la campana que había pertenecido a la naufragada fragata francesa.

El capitán Lazemby, que había bajado a tierra y aguardaba sentado sobre una silla de tijera a la sombra de un cactus, observó, estupefacto, a su primer oficial:

—¿Cómo que no está...? —inquirió incrédulo—. ¿Qué quiere decir con eso de que no está...? Yo lo he visto... usted lo ha visto... ¡Toda la tripulación lo ha visto, y vio cómo asesinaba a un pobre hombre desarmado, disparándole por la espalda...! ¿Es que nos hemos vuelto locos...?

—No, señor... —masculló el pobre oficial atragantándose—. No nos hemos vuelto locos, pero no aparece...

—¡Pues búsquelo, por todos los demonios! —aulló Lazemby—. No voy a permitir que nadie cometa un asesinato en mi presencia y permanezca impune... —hizo una pausa—. Y por lo que parece, no debe de ser ése su único crimen... Dos cadáveres, huellas de gente, restos de naufragios... —se puso en pie fuera de sí—. Quiero saber qué diablos ha ocurrido en esta maldita isla... ¡Andando! ¡A buscar!

Excepto los cocineros, hasta el último hombre del *Adventurer* tuvo que desembarcar y contribuir a la búsqueda. Las lanchas circunnavegaron la isla, los mejores nadadores bucearon para intentar rescatar el cuerpo de Mendoza, y los artilleros volaron con pólvora aquellas rocas que pudieran ocultar la entrada a una cueva, pero no hubo forma humana de dar con el rastro del fugitivo, pese a que el capitán Lazemby juró y perjuró que nadie probaría bocado ni bebería un sorbo de agua hasta que se lo entregaran vivo o muerto.

Apenas hubo disparado sobre el chileno y le vio precipitarse al mar, *la Iguana Oberlus* corrió a reunir a los restantes cautivos, los condujo por escondidos vericuetos hasta la cumbre de la isla, y los obligó a descender a la cueva del acantilado, pese a que existía el riesgo de que se precipitaran al abismo al encontrarse con los pies encadenados.

Cuando los tuvo a salvo, atados y amordazados, trepó de nuevo y borró a conciencia las huellas que conducían al punto por el que se descendía a su refugio. Disimuló con piedras e incluso con nidos los peldaños tallados en la roca, y cerró luego a cal y canto la angosta entrada que conducía a la cueva, concluyendo su tarea cuando se escuchaban ya las voces de los marinos que alcanzaban la cima, a diez metros sobre su cabeza.

A la difusa luz que penetraba a través de las oquedades de las paredes, tomó asiento en su sillón, encendió su cachimba, y se dispuso a esperar con los ojos fijos en *Niña Carmen*, que aparecía sentada en la cama, muda e impasible, con las manos suavemente colocadas sobre su abultado vientre.

Al fin, tras un pesado silencio que casi llegó a hacerse angustioso, ella señaló hacia lo alto e inquirió:

—¿Quiénes son...?

—Ingleses... Un buque de guerra inglés... Últimamente están en todas partes...

—¿Muchos...?

—Calculo que unos cien... Pero no nos encontrarán.

—Los ingleses son porfiados.

Oberlus se encogió de hombros y con un ademán señaló a su alrededor:

—Podemos sobrevivir seis meses aquí... —indicó a sus espaldas—. Y si nos descubrieran, por ese hueco no podrían entrar más que de uno en uno... No tengas miedo. *Niña Carmen* no hizo comentario alguno, porque jamás se le había pasado por la mente tener miedo a los ingleses. Todo su miedo se concentraba en el hecho de que, dentro de dos meses, tendría que dar a luz a un hijo en el interior de aquella gruta sin más ayuda que la que le pudiera prestar la bestia humana que se sentaba frente a ella.

Hacía ya mucho tiempo que no salía de la cueva, no sólo por el hecho de que apenas cabía ya por la entrada, sino, sobre todo, porque no se encontraba con ánimos para trepar por la pared del acantilado, y permanecía por lo tanto allí, como una abeja reina encerrada en su colmena, aguardando a que la criatura que ya pateaba con fuerza en su interior, se decidiera a salir.

Disponía de largas horas por tanto para reflexionar en torno a sí misma y a su hijo, preguntándose una y mil veces si, como quería creer, nacería normal o por el contrario se parecería a su padre.

Se sorprendía a sí misma a veces observando con atención el rostro de *la Iguana Oberlus*, tratando de averiguar si su espantosa deformidad se debía tan sólo a un simple problema de gestación, o se trataba más bien de una tara hereditaria que el niño recibiría también.

Amaba aquel niño.

Aun siendo hijo de quien era y sintiéndose angustiada por el hecho de que pudiera nacer contrahecho y repelente, lo amaba con una dulce ternura de la que ella misma era la primera en sorprenderse.

Se preguntaba también, a menudo, qué habría sido de su vida —y la de tantos otros— si Rodrigo hubiera sido capaz de hacerle engendrar un hijo durante aquellos maravillosos años del Cotopaxi. Tal vez un niño hubiera calmado sus ansias de libertad —de cautiverio— y al sentirse atada a él, sus inquietudes y fantasías nunca hubieran hecho crisis. Sería entonces en aquellos momentos una feliz madre de familia que tal vez estuviera aguardando un nuevo parto sentada frente a la cristalera que se abría al volcán en el hermoso y acogedor salón de la hacienda.

—¿Cuánto tiempo había pasado?

Ocho años, no más, y, sin embargo, a menudo se le antojaba que habían sido mil, tan repleta estaba su mente de recuerdos prodigiosos. Ocho años de amarguras y desgracias que ella misma se había complacido en derramar sobre su propia cabeza; ocho años de huir desesperadamente de la felicidad que una y otra vez se le ofrecía, para ir a arrojarse en brazos del mal en las más abominables de sus formas.

Y ahora estaba allí, sentada en una vieja cama, en el centro de una inmensa gruta, contemplando a tres encadenados tumbados en el piso, dos de los cuales se habían orinado ya en los pantalones, y observando a un engendro que fumaba mientras se sumergía en la lectura de un cien veces leído ejemplar de *La Odisea*.

Como si presintiera que le estaba mirando, Oberlus alzó el rostro y la miró a su vez.

Permanecieron así un largo rato, en silencio, hasta que él indicó con la cabeza su abultado vientre:

—¿Sigue moviéndose...? —inquirió.

—A ratos.

—¿Cuándo nacerá...?

—No lo sé. En esta isla y esta cueva se pierde incluso la noción del tiempo... Tal vez falten dos meses... —hizo una pausa—. Tampoco tengo demasiado interés en que nazca... —añadió—. Mientras continúe en mi interior conservo la esperanza de que sea un niño normal... Un hermoso niño.

—¿Tan pronto has perdido la fe...? Al principio estabas convencida de que lo sería.

No obtuvo respuesta, y al rato, al advertir cómo se acariciaba el vientre,

Oberlus inquirió de nuevo:

—¿Serías capaz de conservarlo aun siendo un monstruo...?

Ella le miró a los ojos y fue sincera al negar:

—No lo sé... —admitió—. Cada día me lo pregunto, y aun no tengo respuesta...

—Yo sí que la tengo... —señaló él—. Harías lo mismo que hizo mi madre: amamantarle hasta que pudiera valerse por sí mismo, y abandonarle luego, asqueada... No te imagino paseando con un pequeño monstruo cogido de la mano...

—Sería mi hijo...

—No... —puntualizó Oberlus—. Sería «mi hijo»... Al verle, tan horrendo, echarías sobre mí todas las culpas de haberle traído al mundo, ya que fui yo quien te forzó... Se te olvidaría lo mucho que has disfrutado a veces, y que quizá fue en una de esas ocasiones cuando lo concebiste... —cerró el libro y lo dejó sobre la mesa—. Te lo dije y te lo repito para que no haya lugar a dudas: si se parece a mí, lo mejor para él y para todos será tirarlo al mar...

Niña Carmen fue a decir algo, pero una brusca patada de la criatura le obligó a contraer e; rostro en un leve gesto de dolor. Se frotó el punto maltratado y sonrió levemente:

—Es fuerte... —dijo—. De eso no hay duda...

—Debe de ser chico... —rió Oberlus con aquella risa suya, tan espantosa, en la que siempre mostraba los carcomidos dientes—. ¿Imaginas que, además de parecerse a mí, naciera niña...?

Ella le fulminó con una severa mirada.

—No le veo la gracia... —señaló.

—Pues a mí me parece que la tiene... —argumentó él—. Piensa en una mujer que sacara tus piernas, tu cintura; ese pecho erecto y ese culo increíble y a la que, sobre todo eso, le colocaran una cara como la mía... ¡Resultaría glorioso...!

Carmen de Ibarra le contempló asqueada, con la misma mirada con la que se pudiera observar a un sapo o una serpiente que de improvisto hubieran comenzado a hablar.

—¿No hay nada, divino o humano, que tú respetes...? —quiso saber—. ¿Ni siquiera a tu propio hijo...?

—Ni siquiera eso... —admitió Oberlus—. Cuando me declaré en rebeldía, lo hice contra todo y contra todos... Dios y mis hijos incluidos... —le apuntó con el dedo—. Pero te prometo que, si se parece a mí, le respetaré... Lo mataré en el acto, pero ofreciéndole, eso sí, todos mis respetos...

Ella se puso en pie y comenzó a pasear, despacio, de un lado a otro de la amplia cueva, sujetándose los riñones y avanzando con paso cansino y bamboleante. Sin mirarle, dijo:

—A veces tengo la impresión de que te llevarías un disgusto si el niño naciera normal... Te sentirías traicionado. No por mí, que es imposible, sino por él... En el fondo ansías que se sienta tan orgulloso de la fortaleza de su padre, que prefiera parecerse a él, aunque le cueste la vida en el momento de nacer...

—Estás loca...

—No... Sé muy bien que no lo estoy... Y sé también que en el fondo eres como todos... ególatra y pedante; orgulloso de tus propios defectos, aunque esos defectos hayan labrado tu desgracia... —se había recostado en la pared de piedra, fatigada, y respiraba con ansia, como si le faltara aire. Luego señaló a los tres cautivos, encadenados como fardos—. ¿Qué hubieras hecho de nacer como éstos? Uno tonto, y los otros dos sumisos a cuanto se les diga... ¡Míralos...! Los has convertido en pobres bestias con menos voluntad que un perro... ¿Hasta cuándo los vas a tener así...? No pueden ni moverse...

—Hasta que pase el peligro...

—Tú mismo has dicho que aquí no corremos peligro... Lo que estás haciendo con ellos es inhumano.

—Yo soy inhumano.

—Lo sé... —admitió *Niña Carmen* con naturalidad—. Y también sé que te sientes satisfecho de serlo, pero no es mi caso —hizo una pausa—. Tal vez tengamos que compartir esta cueva mucho tiempo... Si los dejas como están, pronto apestarán a diablos...

Durante dos largos días, la tripulación del *Adventurer* removió hasta la última piedra y el último matojo del islote de Hood, a la búsqueda de un hombre al que todos habían visto con sus propios ojos, pero al que —nunca mejor dicho— parecía haberse tragado la tierra.

Los cañones fueron lanzados por el acantilado, las mercancías y maderos, incendiados, los campos de cultivo arrasados, y los aljibes destruidos, con lo que no quedó rastro alguno de la labor de Oberlus y sus esclavos, pero, pese a ello, no hubo forma humana de que «aquella rata hedionda»... —según palabras del primer oficial Stanley Garret— saliera de su escondrijo...

Se había corrido la voz de que aquel asunto apestaba a piratería, y los dos hombres debían de ser supervivientes de algún navío que transportaba un gran tesoro, y la tripulación se mostraba ansiosa por encontrar al fugitivo, y obligarle a revelar su escondite con lo que todos serían ya ricos para siempre.

Sin embargo, el capitán Lazemby, al que en verdad tan sólo movía un sincero deseo de hacer justicia y no daba crédito alguno a historias de piratas y tesoros, llegó al convencimiento de que no podía permanecer fondeado por más tiempo frente a una roca pelada en un perdido archipiélago del Pacífico, y al tercer día ordenó levar anclas, decidido a poner en conocimiento de sus superiores, lo más

pronto posible, todo lo ocurrido.

Tal vez el Almirantazgo tuviera a bien comunicárselo a las autoridades españolas y éstas enviaran uno de sus navíos a investigar, aunque el capitán Lazemby sabía por experiencia que, aun contando con la buena voluntad de todos, pasaría mucho tiempo antes de que nadie pudiera tomar cartas en el asunto.

—Nunca imaginé... —comentó esa noche en la cena del comedor de oficiales— que algún día llegara a ser testigo de un crimen y tuviera que dejarlo sin castigo...

—Hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano, señor... —señaló el primer oficial Garret—. Nadie puede culparnos de desidia...

—No es cuestión de desidia o culpabilidades... —replicó secamente el capitán—. Es cuestión de ira... Ira e impotencia... Ver cómo aquel energúmeno corría, comprender que iba a matar y no poder hacer nada por evitarlo, me destrozó los nervios... —apretó el servilletero de plata con su enorme manzana, arrugándolo como si fuera de cartón—. ¡Cielos...! Jamás me he sentido tan frustrado... Cien hombres, cuarenta cañones, uno de los mejores buques de la armada, y no hemos podido acabar con esa sabandija... ¡Mayordomo...! —gruñó—. Sirve ron... Quiero emborracharme esta noche aun cuando vaya contra las ordenanzas. Y que nadie me despierte en dos días... ¡Es una orden...!

La orden se cumplió y el capitán Lazemby abrió de nuevo los ojos cuando se encontraba ya muy lejos, en mar abierto, poco antes de que *la Iguana Oberlus* se decidiera a abandonar su escondrijo y trepar hasta la cumbre del acantilado, a comprobar que no se distinguía ya rastro alguno del *Adventurer*.

Se cercioró, paciente, de que no habían dejado ningún destacamento en la isla, y la recorrió luego, muy despacio, advirtiendo, furioso, que su labor de años había sido destruida a conciencia.

No quedaba en pie ni un solo frutal, ni una acequia, ni un aljibe, e incluso la tierra de los bancales de cultivo había sido aventada a los cuatro puntos cardinales. También las herramientas de trabajo habían desaparecido, y todo aquello que podía arder se había convertido en un montón de cenizas.

Una vez más se habían ensañado con él y tendría que volver a partir de cero, pero le constaba que ahora las cosas se habían puesto aún más difíciles, porque pronto el *Adventurer* haría correr por los puertos del Pacífico la noticia de que en el islote de Hood, en el archipiélago de Las Galápagos, se ocultaba un hombre al que una tripulación había visto cometer un crimen.

Su paz, una paz basada en el hecho de que el mundo ignoraba su presencia, se había acabado.

Por otra parte, los tres cautivos conocían ahora su escondite, sabían cómo entrar y salir de él, y les bastaría con colocarse cualquier amanecer en la cima del acantilado, para impedirle subir a base simplemente de lanzarle piedras en

cuanto lo intentara.

Maldijo a los ingleses, pero más aún se maldijo a sí mismo por haberse dejado sorprender con la inesperada llegada del navío.

Sabía desde siempre que su primera obligación era cerciorarse cada amanecer de que no se distinguía vela alguna en el horizonte, y había fallado en algo tan primordial y sencillo.

La noche antes se había quedado leyendo hasta muy tarde, y luego, en el momento de ir a dormir le apeteció hacer el amor pese a que *Niña Carmen* se negaba desde hacía más de una semana, alegando que podría afectar al niño.

Discutieron.

Al fin ella accedió, y eso pareció despertar su deseo, exigiendo más, con lo que concluyeron por dormirse, agotados, cerca ya del alba; un alba en la que, por aquella maldita mala suerte que siempre parecía perseguirle, el más rápido de los navíos de la Armada inglesa navegaba empujado por buen viento y una corriente favorable, en dirección al islote de Hood.

Por enésima vez se preguntó qué diablos le había hecho a los cielos para que estuviesen de nuevo en contra suya. El destino, la fatalidad, los dioses, o quienquiera que fuese el que repartiese la suerte o la desgracia, parecía complacerse en torturarlo con especial inquina, como si se tratara de un experimento en el que intentaran averiguar hasta qué punto se podía martirizar a un hombre sin llegar a destruirlo.

Acuclillado frente a las cenizas de cuanto habían sido sus pertenencias, admitió que, sin duda, aquel destino, fatalidad, los dioses o quienquiera que fuese, habían sabido elegir bien a su víctima, pues él, *la Iguana Oberlus*, continuaría luchando, aunque le derribaran una y mil veces. Sin duda buscaron un espíritu indomable como el suyo para cargarle con todas las desgracias, y si se sintiera capaz de creer en la mitología griega que Ulises veneraba, se imaginaría a sus deidades sentadas en el Olimpo, observando, divertidas, su desigual lucha contra el mundo.

—¿Qué puede hacer un hombre al que sólo dotemos de tenacidad e inteligencia, privándole absolutamente de todo lo demás?

—Veamos.

Y allí estaba él, *la Iguana Oberlus*, puesto que ni siquiera un nombre decente le habían proporcionado, acurrucado sobre una piedra de un islote solitario, contemplando, impotente, la ruina del « imperio » que había sabido levantar.

Tenía que empezar de nuevo, sin reservas de agua, sin tierras de cultivo, sin frutales y casi sin galápagos ya que le sirvieran de alimento. Tenía que empezar de nuevo, con una mujer encerrada en una cueva a la espera de un hijo, tres cautivos que se habían vuelto peligrosos para su seguridad, y la constante amenaza de que llegaran otros barcos en su busca.

Tenía que empezar de nuevo.

Y empezó.

Cada tarde reunía a los cautivos encerrándolos en una de las cuevas de la cañada, unidos entre sí y a la pared de roca por la cadena que antaño utilizara *Niña Carmen*.

Pero le constaba que si una noche eran capaces de arrancarla entre los tres y liberarse, les bastaría con acudir a la cumbre del acantilado para acabar con él, por lo que tomó la costumbre de presentarse inesperadamente a las horas más intempestivas, a comprobar que no habían hecho intento alguno de evadirse...

La sentencia, dictada y advertida de antemano, resultaría inapelable: tortura y pena de muerte para los tres.

De día los obligó a trabajar aún a mayor ritmo, reconstruyendo ante todo los aljibes; y uno de los portugueses, Ferreira, que se mostró renuente, recibió treinta latigazos que lo dejaron postrado una semana, salvando la vida gracias a su fortaleza y a un deseo de continuar en este mundo, incomprensible en alguien que se hallaba en tan trágica y precaria situación.

La Iguana Oberlus se había convertido en un hombre airado, presa de súbitos ataques de cólera, y a las pistolas y el machete había unido ahora un largo látigo que restallaba a la menor provocación sobre las espaldas de sus cautivos, sumiéndolos en un estado de continuo terror y desconcierto.

Consciente de que si cada navío que arribara a sus costas lo hacía prevenido contra su presencia y dispuesto a capturarlo, su existencia, siempre encerrado en la cueva, se volvería un infierno; agotadas las reservas de galápagos, y sin agua ni víveres, la supervivencia se tornaría cada día más difícil y parecían haber quedado definitivamente atrás los días de paz y abundancia en los que no tenía más que sentarse en la cima del acantilado a vigilar con el catalejo a sus esclavos.

No había durado mucho su triunfo.

Los albatros gigantes no habían regresado aún de su tercera emigración desde que se proclamó «Rey de Hood», y todo parecía haber concluido ya. De sus riquezas, no quedaba más que el oro, que de nada le servía allí, y de todos sus cautivos no sobrevivían más que el noruego tonto y los dos portugueses.

Pero aun así, lucharía.

Luchar, trabajar, golpear y enfurecerse era lo único que le quedaba en este mundo, y a causa de ello se le advertía constantemente atacado por una febril actividad, que le impedía permanecer quieto un solo instante y le obligaba a caer rendido de cansancio por las noches.

Quemó los libros.

Lo hizo convencido de que le habían ablandado haciéndole perder horas de sueño y llenándole la cabeza de ideas estúpidas, y se juró en voz alta que jamás

volvería a leer una sola línea, maldiciendo el día en que se le ocurrió aprender a hacerlo.

—Eso es ridículo... —le hizo notar *Niña Carmen* mientras le veía lanzar los volúmenes al fuego—. Lo malo no está en saber leer, sino en tragarse veinte veces *La Odisea* como tú has hecho... ¿Qué esperabas...? ¿Convertirte en Ulises...?

—¿Qué sabes tú de Ulises...?

—Lo que saben todos... que era un loco que se fue a una guerra que le importaba un rábano, dejando sola a una mujer maravillosa... —sonrió divertida—. Lo malo es que ella no se largó con el primero que llamó a su puerta en lugar de pasarse años esperándole...

—¿Tú no le hubieras esperado...?

—Desde luego que no... —replicó ella con rapidez—. El hombre que se va a la guerra voluntariamente, no merece más que el olvido y la muerte... ¿Qué diablos le importaba a Ulises si Elena se acostaba o no con Paris...? ¿Por qué tenía Penélope que quedarse en casa, mientras su marido trataba de devolverle Elena a un viejo chocho...? Esa *Odisea* que tanto te gusta, no es más que una estúpida historia de hombres escrita por hombres que preferían matarse entre ellos que hacerle el amor a sus mujeres... —sonrió despectiva—. Ya cuenta que aquellos griegos eran todos medio afeminados...

Él la miró con asombro:

—¿Qué quieres decir...?

—Lo que he dicho... ¡Que se acostaban los unos con los otros, y por eso les gustaba tanto irse a la guerra juntos...!

La Iguana Oberlus permaneció unos instantes en silencio, recordando, mientras observaba cómo el ejemplar de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* se consumía por completo.

—En mi último barco sorprendieron a dos grumetes juntos... —dijo al fin—. Eran aún muy jóvenes, pero el capitán Harrison los mando amarrar, cara contra cara, y los colgó de la borda con las piernas en el agua hasta que se las comieron los tiburones... ¡Dios cómo gritaban...! —exclamó—. Uno murió esa noche, al otro le cauterizaron los muñones con un hierro al rojo y lo desembarcaron en Jamaica... —chasqueó la lengua—. El capitán aseguraba que un afeminado causaba más estragos en una tripulación que el escorbuto, porque en un ballenero, después de seis meses de navegación, hasta el más macho puede sucumbir a la tentación.

Le miró divertida:

—¿Tú nunca sucumbiste...?

Oberlus rió a su vez:

—¿Quién iba a tentarme a mí, con esta cara...? —cambió de tono—. No. Ni siquiera los afeminados quisieron nunca tener tratos conmigo... —hizo una pausa

en la que revolvió con un palo las cenizas de los libros—. ¿Sabías que jamás llegué a hablar con nadie más de cinco minutos...? Nadie parecía tener nunca nada que decirme... —movió de un lado a otro la cabeza como si se negara a creer en su propio pasado—. Pedir algo más de cinco minutos de atención a lo largo de toda una vida, no es pedir mucho, pero, sin embargo, nunca me los concedieron.

—Para alguien que presume de que la humanidad no le importa una mierda, te autocompadece demasiado... —señaló *Niña Carmen*—. ¿O es que te estás justificando...?

La miró con mal contenida rabia, o tal vez con desprecio.

—No. No necesito justificarme... —replicó—. Y menos ante ti, que no tienes justificación posible.

—¿Cómo puedes estar tan seguro...? ¿Qué sabes en realidad tú de mi vida...?

—Me basta con la forma en que te has comportado desde que estás aquí... —fue la respuesta—. Aquel día, cuando, después de todo lo que te había hecho, no fuiste capaz de disparar contra mí comprendí realmente cómo eres...

—No todos somos asesinos...

—Matarme en aquel momento no podía considerarse un asesinato... Era una obligación. Pero no lo hiciste porque te gustaba que yo, un ser repelente al que nadie se ha aproximado nunca por propia voluntad, te mantuviera esclavizada... ¿Quién si no te iba a dar por el culo o te iba a humillar de ese modo...? Te va a resultar difícil encontrar a alguien como yo si algún día consigues librarte de mí... Si lo consiguieras, si lograras escapar acabarías de puta en una taberna de puerto, acostándote con cualquiera a cambio de unas monedas que ofrecerle luego al chulo que te diera una paliza... Ése es tu espíritu... —concluyó—. Y más posibilidades tengo yo de cambiar de cara, que tú de cambiar de instintos.

Niña Carmen acarició con ternura el abultado vientre que parecía ya a punto de reventar.

—Mi hijo me hará cambiar... —aseguró—. Será un hermoso niño, y tendré a quién dedicar mi vida... Cuando una mujer tiene un hijo olvida sus fantasías.

Él la observó largamente. Al fin negó:

—Tú no... A ti nadie te hará olvidar... Así naciste, y así morirás...

Los dolores comenzaron a media tarde, y gritó durante horas, sudando y retorciéndose, llorando, rezando e insultando al « maldito monstruo repelente que le había hecho concebir otro monstruo que pretendía matarla desde dentro» .

La Iguana Oberlus guardaba silencio, a la espera, procurando recordar las instrucciones que había recibido, y tratando de no pensar en el hecho de que había llegado la hora y muy pronto tendría que tomar la decisión más importante de su vida.

La criatura que iba a nacer era su hijo; lo único que podía considerar auténticamente suyo en esta vida, y el único recuerdo, también, que dejaría al mundo el día en que muriera, pero aun así, confiaba en tener valor para arrojarlo al precipicio, antes siquiera de que comenzara a llorar, si es que llegaba a la conclusión de que habían engendrado un nuevo Oberlus.

Había dedicado mucho tiempo a pensar en ello, e incluso hubo un momento —antes del incidente con el barco inglés— en que abrigó la esperanza de que tal vez el niño podría vivir en una isla donde no había espejos y donde nadie se atrevería a decirle nunca cómo era su rostro.

Sería « su hijo », su heredero, « Rey de Hood » y de todos sus esclavos y riquezas, educado por su padre en el convencimiento de que ellos dos tenían razón y eran perfectos, y como tenían también la fuerza, el resto de los humanos debían servirles y obedecerles.

Pero ya incluso ese sueño era imposible, y si nacía contrahecha, la criatura estaba condenada a seguir sus huellas, no como príncipe heredero de una isla, sino como la más aborrecida de las criaturas vivientes.

Recordó su niñez y comprendió que él, menos que nadie, tenía derecho a hacer pasar a un ser humano por un calvario semejante al que había padecido en aquellos años. La vida no era algo tan valioso como para tener que pagarla a tan alto precio, sobre todo cuando aún no se conocía y no se tenía, como él, rabia por vivirla y ansia de venganza.

El niño pasaría en un instante del caliente vientre de su madre a un tibio mar en el que se hundiría eternamente sin conciencia siquiera de que había llegado a respirar.

De la nada a la nada, ahorrándose al propio tiempo un larguísimo viaje a

través del dolor para alcanzar, a la postre, el mismo punto.

¿Qué significado tenía aceptar de antemano un calvario tan amargo como el suyo, cuando se abrigaba el absoluto convencimiento de que no existía un más allá después de la muerte que compensara por tan terrible cúmulo de padecimientos?

Él, Oberlus, *la Iguana*, el hijo del Averno, la bestia hedionda de la que todos renegaban, «sabía» que no había Dios, ni Cielo, ni Infierno que justificasen una sola lágrima de su hijo, y por lo tanto él, Oberlus, *la Iguana*, se arrogaba el derecho a evitarle tan gratuitos sufrimientos.

Los gritos aumentaron.

Las lamparillas de aceite parecieron titilar con más fuerza.

El agua hirvió sobre el fuego que, en un rincón, contribuía a iluminar más fantasmagóricamente aún la estancia.

Niña Carmen se aferró a los barrotes de la cama, y empujó con fuerza.

La Iguana Oberlus permaneció a la espera, siempre en silencio.

Llegó el alba.

Nació el niño.

Niña Carmen dejó de gritar y cerró los ojos exhausta.

La Iguana Oberlus cortó el cordón umbilical, tomó a la criatura en brazos, y la envolvió en un paño limpio.

Luego, muy despacio, la aproximó a la luz y la estudió con detenimiento.

Niña Carmen abrió los ojos y le miró ansiosa.

La Iguana Oberlus se aproximó a la entrada de la cueva y arrojó al recién nacido al espacio, observando cómo iba a chocar, con un golpe seco, contra la superficie de un mar gris, acerado y tranquilo, sobre el que comenzaban a revolotear, con la primera claridad del día, rabihorcados, alcatraces, albatros y gaviotas.

—Yo quería verlo.

—No te hubiera gustado.

—Era mi hijo.

—Y mío también. Te advertí que lo haría, y lo hice... Sus problemas ya han acabado.

—Nadie tiene derecho a disponer así de la vida de otro.

La observó con el ceño fruncido:

—Yo lo tengo... —aseguró—. En la antigua Grecia los espartanos arrojaban al abismo a los niños defectuosos... Muchos animales los matan también... Sólo nuestra especie se complace en dejarlos vivir para destruirlos luego poco a poco... Tengo ese derecho... —repitió—. Y no me arrepiento de haberlo ejercido.

—Pero yo necesitaba verlo... —insistió ella—. ¿Cómo puedo tener la seguridad de que no era normal...?

—¿Por qué tendría que haberle matado en ese caso...?

—Porque no lo querías... porque un niño complica las cosas... porque tal vez me hubiera hecho diferente y tú no deseas que yo sea diferente... —se encogió de hombros—. Porque te gusta matar... ¡Hay tantas razones...!

Oberlus se encogió a su vez de hombros, pero ahora mucho más abiertamente, y su indiferencia parecía sincera:

—Puedes pensar lo que quieras... —dijo—. Me tiene sin cuidado... Ya está muerto, nadie va a resucitarlo, y no hay que darle más vueltas al asunto... Es mejor así. Mejor para todos.

Ella tardó en responder, y cuando lo hizo, dejó caer muy despacio las palabras.

—Nunca te lo perdonaré... —dijo.

Él la observó en silencio, meditabundo, y por último hizo un gesto de impotencia, alzando las manos como si una vez más se enfrentase a algo que estaba por completo fuera de su alcance:

—¿Qué puede importarme un enemigo más o menos...? —inquirió—. Estoy acostumbrado a ellos desde siempre... Y recuerda: tal vez hubo un momento en que te quise, fui blando contigo y abrigué la esperanza de que tal vez mi suerte

cambiaba y había encontrado una mujer que compartiría mi perra vida... Pero eso quedó atrás.

—¿Me estás amenazando?

—Sí... —la afirmación fue rotunda—. Ya no eres para mí alguien a quien se puede amar, o la futura madre de mi hijo... Eres mi esclava, una cosa, y como te advertí en su día, tus obligaciones son mantener esto limpio, darme de comer, y abrir las piernas cuando te lo ordene... —señaló hacia afuera, hacia el abismo—. Y si me fastidias, te juro que seguirás el camino de tu hijo.

Carmen de Ibarra —¡qué absurdo que alguien la hubiera llamado *Niña Carmen* en algún tiempo!— nada dijo, porque abrigaba la seguridad de que él hablaba, como siempre, en serio. La tregua, si es que en algún momento llegó a existir esa tregua había concluido, y sintiéndose como se sentía, nervioso y acosado, *la Iguana Oberlus* no se lo pensaría mucho a la hora de lanzarla al abismo si se le antojaba hacerlo.

Si en alguna ocasión llegó a imaginar que lo había dominado, al igual que había dominado a tantos otros, aquella circunstancia había cambiado, y ahora, ni el vestido gris perla con encajes negros ni todas sus astucias femeninas, le valdrían frente a un ser que se había convertido nuevamente en lo que siempre fue: una bestia de agudísima inteligencia y corazón de hielo.

Una bestia que además, y en una perfecta demostración de refinado sadismo, ya ni siquiera se mostraba brutal y tiránico con ella y no la violaba maltratándola como antaño, sino que se limitaba a poseerla con la cansada autoridad del severo marido que exige sus derechos a la hora de regresar a casa fatigado tras una dura jornada de trabajo.

Se diría que su relación común, aquella particular y extraña « luna de miel » que habían vivido: violenta, desgarradora, repelente y casi espeluznante, había concluido, y penetraban, como tantas otras parejas, en el largo, oscuro y tortuoso sendero del hastío y el rencor compartidos.

Cuando la madre de Diego Ojeda tuvo noticias del crimen que se había cometido en la isla de Hood, y del que habían sido testigos los hombres de la tripulación del *Adventurer*, abrigó la esperanza de que tal vez el misterio que encerraba aquella isla guardara algún punto de contacto con el misterio de la goleta *Ilusión*, desaparecida en aquellas mismas aguas, y decidió, por tanto, enviar de nuevo al falucho, pero esta vez con diez hombres armados a bordo.

Sus órdenes eran capturar al asesino y traerlo a Guayaquil para someterlo a un exhaustivo interrogatorio, así como tratar de encontrar en el solitario peñón algún rastro del perdido navío.

El *Madeleine* y el *Río Branco*, de los que se habían descubierto huellas, eran buques que habían naufragado, también de forma harto misteriosa, por aquellas mismas fechas y en la misma zona, al igual que el *María Alejandra*, un ballenero del que tampoco se tenían noticias. No resultaba por todo ello ilógico suponer que los cuatro siniestros se hallaran relacionados de algún modo.

La clave tenía que estar, a todas luces, en el misterioso criminal, al que algunas voces comenzaban ya a identificar como la *Iguana Oberlus*, el espantoso arponero del *Old Lady II* que había desertado de su barco varios años atrás.

Doña Adelaida Ojeda, que pese al tiempo transcurrido continuaba negándose a aceptar la muerte de su primogénito, ofreció por tanto cien doblones de oro al capitán del falucho y cincuenta a cada uno de sus hombres, si le traían noticias fidedignas y definitivas de la suerte corrida por su hijo Diego.

—Y si me lo traéis con vida, os haré ricos... —prometió—. Ricos a todos.

El capitán del falucho, Aristides Rivero —que años más tarde alcanzaría notoriedad y acabaría ahorcado por tentativa de rebelión armada—, recaló por tanto en la isla de Chatham como primera escala, con la astuta intención de llevar anclas a media tarde, calculando alcanzar las costas de Hood en plena noche para desembarcar a su gente buscando sorprender de ese modo al amanecer al escurridizo Oberlus en el momento en que abandonara, confiado, su seguro escondite.

Contaba con la ayuda de una luna menguante para encontrar la isla, pero quiso su mala suerte que negros nubarrones que llegaron del este inopinadamente la ocultaran, lo que motivó que, a medianoche, temiera estrellarse contra la roca,

decidiendo mantenerse al paio hasta el amanecer.

El alba le sorprendió a unas seis millas de la costa, pero aunque izó a toda prisa el trapo y navegó directamente hacia la bahía de sotavento, ya para entonces el avisado Oberlus le había descubierto, por lo que reunió de nuevo a sus cautivos encerrándolos una vez más en la gruta del acantilado.

Durante cinco días, los hombres de Aristides Rivero recorrieron la isla palmo a palmo, comprobando que parte de los aljibes habían sido reparados, y aquí y allá se distinguían huellas frescas que denunciaban presencia humana, lo que les llevó al convencimiento de que, en efecto, no sólo un hombre, sino varios —y tal vez incluso una mujer— se ocultaban en alguna parte.

Tres voluntarios se dejaron deslizar con cuerdas por la pared del acantilado, y Oberlus vio cruzar sus sombras y escucho sus voces a través de las diminutas oquedades de los nidos, calculando que uno de ellos habría pasado a menos de seis metros de la entrada de la cueva.

Lo estaban acorralando y lo sabía.

Ya era sólo cuestión de tiempo que dieran con él, y no le quedaría entonces más remedio que dejarse morir de hambre allí dentro como un conejo atrapado por los hurones.

No existía puerta de escape, y les bastaría sentarse en la cumbre del acantilado y aguardar.

Decidió por tanto que había llegado el momento de plantar batalla, y esa noche maniató también a *Niña Carmen*, amordazó a los cuatro, y tomando sus armas y su pesado arpón de ballenero, trepó en silencio hasta la cima. Distinguió la hoguera en la playa de la ensenada, y distinguió también las luces del falucho. Aguardó escuchando en las tinieblas y no le llegó más que el grito de algunas aves inquietas y el gruñido de un solitario lobo marino que aguardaba la muerte a una docena de metros de distancia.

Comenzó a moverse con sigilo, conocedor de cada sendero, cada roca y cada matojo de la isla, capaz de hacerlo a ciegas, sin un rumor, casi sin despertar a las aves que descansaban en sus nidos.

Aqué era su reino; el que había recorrido miles de veces, y en ocasiones, en noches semejantes, se había deslizado de igual modo para acechar a sus cautivos, comprobando que permanecían inmóviles y no trataban de rebelarse contra él.

Alcanzó la playa casi una hora más tarde, y se detuvo protegido por las sombras. Muy quieto, estudió a los hombres que dormían acurrucados en torno al fuego, y al que montaba guardia armado de un pesado trabuco.

No se dio prisa, cerciorándose de que todos sus enemigos se hallaban a la vista y nadie iba a sorprenderle de forma inesperada, y por último, calmosamente alzó el arpón, apuntó con cuidado, tensó el brazo y arrojó el arma sin acompañarla esta vez de su grito característico.

El centinela cayó de espaldas con un alarido, atravesado de parte a parte, y

los durmientes se alzaron de inmediato.

Sonaron dos disparos, nacidos de la noche, y un hombre se derrumbó con la cabeza atravesada por una bala, mientras otro se llevaba las manos al vientre doblándose sobre sí mismo, gimiendo de dolor.

Se percibieron apenas los veloces pasos de unos pies desnudos que se perdían en la noche, y luego, nada.

Al día siguiente, tras permanecer alerta aguardando un nuevo ataque, los hombres de Aristides Rivero recorrieron una vez más la isla, pero en esta ocasión lo hacían airados, sedientos de venganza.

Todo fue inútil. Todo era siempre inútil, pues resultaba claro que no existía forma humana de descubrir la endemoniada madriguera de la bestia.

—¡Perros...! —aulló al fin, Rivera, fuera de sí—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes...? ¡Necesitamos perros...!

—Ni tú mismo creías en esta historia... —le hizo notar su piloto—. Pero ahora ya ves que es cierta...: Ese tipo existe, y sabe esconderse.

—En Chatham había perros... —le recordó Rivera—. Iré a buscarlos y en un par de días estaré de regreso.

Pretendió dejar a cinco hombres en la isla, montando guardia, pero estos se negaron. Nadie quería exponerse a recibir nuevos ataques llegados de las tinieblas a cambio de cincuenta doblones, y era estúpido continuar con una búsqueda que tan magros resultados había proporcionado hasta el presente.

—No tiene adónde ir... —fue la explicación aceptada por todos—. Al regreso, con los perros, lo sacaremos de su agujero... Si ha esperado tanto tiempo, bien puede esperar tres días más.

Esa noche, cuando Oberlus trepó a la cima del acantilado dispuesto a cobrarse nuevas víctimas, se sorprendió por la ausencia del navío, y, más cauteloso que nunca, recorrió el islote temeroso de una añagaza y de que hubieran dejado tiradores emboscados, pero no descubrió rastro alguno de vida humana.

Al amanecer, revisó con ayuda de su catalejo cada rincón, cada roca, bosquecillo o cañada, y comprobó, igualmente, que no se distinguía vela alguna en el horizonte.

Se habían marchado.

Confuso, tomó asiento sobre su roca reflexionando sobre el sorprendente hecho de que sus enemigos renunciaran tan fácilmente a su captura, puesto que resultaba evidente que aquellos hombres habían acudido decididos a atraparle.

¿A qué se debía tanta prisa, cuando la lucha no había hecho más que comenzar?

Necesitó dos largas horas de meditación en las que se esforzó por colocarse en el lugar de cazadores a la búsqueda de una fórmula que obligara a mostrarse a alguien que se escondiera en aquella isla, hasta recordar una frase que él mismo

había dicho cuando empleó casi diez días en localizar al portugués Gamboa:

« Si tuviera un buen perro lo haría salir de su agujero...» .

¡Perros...!

Tuvo miedo.

El círculo se cerraba, y resultaba estúpido obcecarse en el convencimiento de que podría mantenerse oculto para siempre.

Había llegado la hora de moverse, y se movió.

Aguardó a que descendiera la marea, y cuando se encontraba en su punto más bajo, se introdujo en el agua, avanzó cinco metros, y en el lugar exacto en que la había hundido más de un año antes, tropezó con la ballenera del *María Alejandra*.

Extrajo del interior, uno por uno, los pesados pedruscos, y cuando la embarcación afloró apenas achicó el agua con ayuda de un cubo.

Aún anegada, la empujó a tierra ayudándose con la llegada de la nueva marea, y una vez en seco concluyó de vaciarla. Algunas cuadernas y tablas se habían hinchado, desclavándose y haciendo que el agua penetrara por las juntas, pero pudo arreglárselas para alcanzar remando la ensenada y vararla en la arena.

Hizo venir entonces a sus cautivos que la voltearon, consiguiendo que el agua escurriese por completo, por lo que los envió más tarde a buscar leña y matojos con que alimentar un gran fuego.

En el mayor de los calderos de que disponía amontonó algas rojas, peces, moluscos e incluso huesos y hojas de cactus, permitiendo que el extraño y pestilente mejunje hirviera durante horas, mientras se aplicaba a la tarea de clavar de nuevo las tablas y calafatear las juntas, utilizando para tal menester largas tiras del hermoso vestido gris perla de *Niña Carmen*.

Ésta, que lo observaba trabajar ansiosamente, como atacado de una extraña fiebre, inquirió:

—¿Qué ocurre...? ¿Para qué quieres esa barca...?

—Para irnos... —replicó sin mirarla.

—¿Adónde...?

—Al Continente.

—¿Al Continente...? —replicó ella, balbuceando asombrada, y cuando pareció recuperar su capacidad de raciocinio, inquirió despectiva—. ¿Acaso tienes una idea de a qué distancia se encuentra el Continente...?

—A setecientas millas.

—¿Y piensas recorrer setecientas millas en eso...?

—No tengo otro medio...

—Pero en esa zona las corrientes son siempre contrarias. Y nunca hay

viento...

—Lo sé... Es la región de las grandes calmas... Pero de poco iba a servirme el viento, pues no tengo vela.

—¿Cómo piensas llegar entonces...?

—Remando.

Anonadada, *Niña Carmen* se dejó caer sobre una piedra tomando asiento como si le resultase imposible mantenerse en pie tras escuchar lo que le acababan de decir. Su asombro iba en aumento aunque creía haber agotado ya, tiempo atrás, toda su ingente capacidad de asombrarse. Al fin musitó, más para ella misma que para Oberlus.

—Remando durante setecientas millas en una barca de ocho metros y contra la corriente... ¡Tú estás loco...!

La Iguana se detuvo de nuevo en su tarea y con un gesto señaló hacia los hombres que buscaban combustible a cierta distancia:

—Ellos remarán —afirmó—. Y te aseguro que, por la cuenta que les trae, nos llevarán al Continente...

—¿«Nos llevarán...»? —repitió ella alarmada—. No cuentes conmigo... No pienso subirme a esa barca e intentar una absurda aventura en mar abierto...

Oberlus la observó con una mirada fría e insensible, absolutamente deshumanizada.

—Como comprenderás... —comenzó—. No pienso dejar a nadie aquí para que le cuente a los que vuelvan que me encuentro indefenso en una barca y vayan a buscarme... —Hizo una pausa—. Así que elige entre acompañarnos, o empezar a rezar, porque antes de partir pienso pegarte un tiro.

Ella le observó a su vez, con fijeza, y concluyó por asentir convencida:

—Sé que lo harías... —admitió—. Me violarías por última vez, para pegarme un tiro luego y largarte tan fresco...

—Tú lo has dicho... —recalcó Oberlus—. Así que decídate pronto, y si te apetece venir comienza a reunir iguanas, tortugas, palomas, huevos y todo aquello que resulte comestible... —Señaló a Knut—. Que el tonto te ayude a vaciar las barricas de ron de la cueva y llénalas de agua... Aprovecha hasta la última gota que encuentres, porque la travesía será larga y por esta zona aún no es tiempo de lluvias...

—¡Estás loco...! —repitió ella una vez más absolutamente, segura de lo que decía—. ¡Completa y rematadamente loco...!

—Loco estaría si me quedara aquí y permitiera que me cazaran para exhibirme luego como una atracción de feria por feo y asesino, antes de colgarme... —se diría que hablaba de algo intrascendente que no le afectaba en absoluto—. Volveré al mar, que nunca me ha fallado, y si también allí me acosan, siempre conservo la oportunidad de dejarme ir al fondo con un pedazo de cadena al cuello... —su tono de voz cambió y se hizo más ronco al añadir—:

Porque te juro que nadie, nunca, volverá a ponerme la mano encima... ¡Nunca!

Con la pasta, espesa y maloliente del caldero, embreó la embarcación, introduciéndola entre las juntas y cubriéndola con tres capas sucesivas, por dentro y por fuera, obteniendo, de ese modo, una impermeabilidad a toda prueba.

Alzó luego, de proa a popa, una especie de toldo bajo entretejido de cañas y ramas que protegía perfectamente del sol, y concluyó por sustituir los dos últimos bancos por la cama que había obligado a traer a Souza y Ferreira desde la cueva del acantilado.

Cargaron la comida, el agua, las armas y el pesado saco que contenía las joyas y el dinero que había encontrado a bordo del *Madeleine*, el *María Alejandra* y el *Río Branco*, y con la caída de la tarde todo estuvo dispuesto para la partida aunque, con anterioridad, Oberlus tuvo que hacer frente a una tentativa de rebelión por parte de los cautivos que se negaban a embarcar.

A latigazos y con amenazas de muerte, los encadenó a los bancos, y luego se plantó ante ellos y puntualizó:

—La cosa está clara... —dijo, y su tono no dejaba resquicio alguno a apelación posible—. Si alcanzamos tierra firme, ya no os necesito y podréis volver a vuestras casas... Si no la alcanzamos será únicamente porque todos habremos ido a parar al fondo del mar... Así que preparaos a remar, porque, además, al que no reme, le cortaré los pies y los cojones antes de echarlo a los peces.

Comenzaron a remar, por tanto, descansando siempre uno de ellos alternativamente, muy despacio, pues Oberlus sabía que no podía fatigarlos en exceso, pero sabía también que, cuando dejaran de bogar, la corriente que llegaba del Continente, les haría perder, de inmediato, el terreno ganado.

Colocó ante sí una brújula que había pertenecido al *Río Branco*, ordenó a *Niña Carmen* que se acomodara en proa hasta que sintiera deseos de dormir, y mientras se alejaban, se volvió a contemplar, recortado contra el horizonte, el islote de Hood su « reino », el único lugar del mundo en el que se había sentido libre, y en el que había visto transcurrir los mejores años de su vida.

Tenía plena conciencia que, desde el momento en que pusiera pie en el Continente, si es que alguna vez llegaba a pisarlo, se convertiría de nuevo en

Oberlus, *la Iguana*, el monstruoso hijo del Averno del que todos hacían burla y a todos repelía, y al que muy pronto, además, comenzarían a buscar las justicias de todos los países.

Cierto que ahora tenía mucho dinero, pero no sabía a ciencia cierta de qué podría servirle la fortuna que guardaba en un saco de cuero, bajo sus pies, si su rostro continuaría siendo el mismo y denunciándole siempre.

Era un hombre marcado, hiciera lo que hiciese, pobre o rico, humilde o poderoso, y ni aun cubriéndose con una máscara de oro y esmeraldas escaparía a aquel trágico destino que le habían reservado los dioses del Olimpo desde nueve meses antes de nacer.

¿Qué puede hacer un hombre al que tan sólo dotemos de tenacidad e inteligencia, privándole de todo lo demás...?

Veamos...

Allí estaba por tanto, esforzándose por escapar una vez más a la jauría, vigilando la brújula que le marcaba el este, y vigilando también a los remeros para que no decayesen ni un instante en sus esfuerzos.

Lanzó más tarde un grueso cabo de unos dos metros de largo a sus espaldas, pues le constaba que mientras lo arrastrasen significaría que avanzaban contra la corriente. Cuando, por el contrario, se ocultase bajo la popa a la que permanecía sujeto, le estaría indicando que la corriente era más fuerte que el impulso de los remos.

Al Este, siempre proa al Este, siempre arrastrando el cabo, ésa era la consigna, y estaba decidido a hacerla cumplir costara lo que costase y cayera quien cayese.

Llegó la noche, *Niña Carmen* vino a acostarse a su lado y no dudó en encadenarla a los barrotes de la cama.

—No quiero sorpresas... —dijo—. Sé que pronto o tarde dormiré, y no voy a permitir que acabéis conmigo entre todos para regresar a la isla y aguardar a que vengan a buscaros... Así estaremos más tranquilos.

Ella no dijo nada porque sabía que toda protesta resultaría inútil. Permitted que la encadenara, cerró los ojos y trató de dormir y olvidar así que acababa de iniciar el más dantesco viaje que nadie hubiera imaginado nunca.

Por su parte, Oberlus se limitó a buscar en el firmamento la estrella que había de guiarle en la noche. La mayor parte de su vida la había pasado de aquel modo: al aire libre sobre la cubierta de una nave, y las estrellas habían sido siempre sus compañeras y amigas.

No le temía al mar, a la noche, ni a las largas travesías. No le temía a nada, y en lo más íntimo de su ser, se sentía feliz al navegar de nuevo, y orgulloso por su capacidad de enfrentarse al mundo y burlar una vez más a sus perseguidores.

Antes de partir había borrado cualquier huella visible de su huida, y ocultado mejor que nunca, ahora desde el exterior, la entrada a su guarida, por lo que,

perros o no perros, necesitarían días y aun semanas para llegar al convencimiento de que no estaba ya en la isla y les había engañado una vez más.

Para ese entonces se encontraría muy lejos, tal vez en tierra firme, y si alcanzaba la costa de Perú, atravesaría la Cordillera Andina y se internaría para siempre en las impenetrables selvas de la cuenca amazónica.

Aprendería a vivir en ellas, de igual modo que había aprendido a vivir en una roca pelada, porque él, Oberlus, era ante todo un sobreviviente nato; un feto que se había negado a morir cuando aún apenas respiraba; una indomable fuerza de la Naturaleza capaz de enfrentarse incluso a los dioses del Olimpo.

Al atardecer del día siguiente el islote de Hood desapareció por completo en la distancia, y el mar, el inmenso océano de la raya del ecuador en la Región de las Grandes Calmas, más tranquilo y de aguas más quietas que el más quieto y tranquilo de los lagos de montaña, se convirtió en el único acompañante de los hombres de la ballenera.

Las aves marinas que durante tanto tiempo se habían entretenido en practicar su puntería cagándoseles encima, cesaron de revolotear en torno a ellos regresando a sus nidos con el ocaso, al amanecer siguiente tomaron al fin conciencia de su pavorosa soledad.

Ni una ola, ni un graznido, ni tan siquiera el rumor del agua al deslizarse bajo la quilla; tan sólo un silencio roto por el monótono golpear de los remos en una cadencia única, rítmica y obsesionante, como si, en lugar de seres humanos, los cautivos se hubieran convertido en autómatas, máquinas sin vida condenadas a remar de aquel modo hasta el fin de los siglos.

El agua racionada, la comida escasa y el esfuerzo controlado al máximo por el propio Oberlus, decidido a mantener con vida a aquellos hombres aun contra su propia voluntad. Tendría que bogar días, semanas o tal vez meses, no le importaba el tiempo, y lo único que deseaba era comprobar que el cabo de popa le seguía, lo que le indicaba que continuaba arrancándole un metro tras otro a aquellos mil kilómetros que les separaban de su meta.

—Nunca llegaremos... —comentó *Niña Carmen* bajo el tórrido calor del mediodía, superada y a la primera semana—. A cada instante tengo la impresión de que Hood va a aparecer de nuevo a tus espaldas... No avanzamos.

—Avanzamos... —le contradijo Oberlus convencido—. Avanzamos poco a poco hacia el Este, aunque la corriente nos desvía hacia el sur.

—También a nosotros nos desvió hacia el sur a los pocos días de partir de Guayaquil —admitió ella—. Y el piloto explicó que hay una contracorriente que viene de Panamá y empuja los barcos al sur de las Galápagos... Tal vez por eso recalamos en Hood, cuando teníamos que haberlo hecho en alguna de las islas mayores, más al norte... ¡Nunca llegaremos...! —repitió.

Oberlus no le respondió, meditó unos instantes y por último se volvió a sus cautivos:

—Ya habéis oído... —dijo—. Nos hemos desviado y aunque intentáramos regresar, nunca encontraríamos la isla... La corriente de tierra nos adentraría en el océano, y jamás llegaríamos a parte alguna... No queda, por tanto, más que un lugar adonde ir...: el Continente, y de vosotros depende que lo consigamos o no...

No obtuvo respuesta. El noruego Knut no había entendido, como de costumbre, una sola palabra de cuanto había dicho, y los portugueses se encontraban demasiado fatigados como para pensar en decir nada. Hacía ya mucho tiempo que había perdido el último rastro de voluntad que les quedaba, y había perdido también, probablemente, cualquier esperanza de sobrevivir a aquella absurda pesadilla. Remaban porque su captor les ordenaba, a latigazos, que lo hicieran, y ya no era la necesidad de salvarse lo que les impulsaba, sino tan sólo el miedo al dolor físico, y el terror sin límites que experimentaban ante aquel ser demoníaco del que cabía esperar una acción aún más aberrante.

Había decidido obligarles a avanzar aun contra aquella corriente sutil e implacable, y les constaba que, mientras conservaran un soplo de vida avanzarían, porque cuando ya no le basta con la amenaza del látigo, *la Iguana Oberlus* discurriría un nuevo castigo con el que impelirles a sacar fuerzas de flaqueza.

Que no les viniera a contar, por tanto, la historia de que única esperanza de salvación se limitaba a remar siempre hacia Este. Para ellos, no quedaban esperanzas; ningún tipo de esperanza, y abrigaban el convencimiento de que, hicieran lo que hicieran, su historia acabaría allí, aferrados a aquellos remos que les habían convertido ya las manos en una pura llaga y les quebraban el espinazo.

La cuestión era remar, y siguieron remando.

Se desnudó por completo deslizándose dentro del agua sin aferrarse a la borda, pues, pese a que no era una experta nadadora y apenas conseguía algo más que mantenerse a flote, le bastarían dos brazadas para alcanzar de nuevo la ballenera, tan pausado era siempre el ritmo de su avance.

No le asustaba la inmensidad del mar en calma que le rodeaba la inimaginable profundidad que se abría bajo sus pies, ni aun la posible presencia de tiburones. Lo único que le importaba era sentir la caricia del agua a lo largo de su cuerpo permitiéndole olvidar, aunque tan sólo fuera por unos instantes, la espantosa monotonía que significaba el permanecer sentada, durante horas y días, en la proa de una barca de la que se podría creer que no había avanzado ni un solo metro en aquel absurdo viaje en el que un ser de pesadilla les conducía de la nada a ninguna parte.

Pensó en alejarse; en permitir que la suave corriente fuera apartándola de la embarcación muy lentamente, hasta que el ancho mar, el perezoso mar, el pacífico mar, la absorbiese en un brazo definitivo convirtiéndola para siempre en parte de sí mismo.

Constituiría un hermoso final después de tantos años de vida agitada y turbulenta. *Niña Carmen*, nacida a tres mil metros de altitud, al pie del volcán Pichincha, en las agrestes quebradas de la ciudad de Quito, desaparecería definitivamente tragada por el limo del fondo del mayor y más profundo de los océanos.

¿O tal vez flotaría...? Sí; tal vez al hincharse flotaría y la insensible corriente, aquella fuerza irreductible contra la que levaban ya doce días luchando inútilmente, arrastraría su cuerpo hasta las playas de aquellas islas exóticas que había leído que se izaban al otro lado del mundo.

Resultaba agradable, casi sensual, dejarse seducir por el embrujo de una muerte tranquila que pusiese fin a tanto sufrimiento. Era sedante saberse libre para siempre de la presencia del rostro abominable de la bestia. Era reconfortante imaginar su ira y su humillación cuando comprendiera que ella — como todos— había preferido morir a tener que continuar soportando su visión por más tiempo.

—¡Adiós, monstruo, adiós...! Hasta la calavera de la guadaña es más hermosa, y prefiero su eterna compañía a soportar a tu lado un solo día más... Adiós, *Iguana*... Adiós, bestia maldita... Adiós, adorado verdugo que supiste en un tiempo despertar en mí un volcán que ya nunca nadie podrá apagar.

¡Se sentía tan confusa...! Tan embotada por el sol, la sed y los días de no distinguir más que un único horizonte y no escuchar más que el mil veces repetido golpear de los remos palada tras palada...

¿Hasta cuándo? ¿Por qué no soplaban al menos el viento? ¿Por qué el mar no se elevaba, agitándose como los restantes mares de este mundo? ¿Por qué tenían que encontrarse precisamente en el corazón de las grandes calmas?

Incluso el Mediterráneo, aquel minúsculo charco, caricatura de océano, que visitó en compañía de Germán de Arriaga, tenía más fuerza y más carácter que aquel estúpido Pacífico, siempre aburrido, siempre aplanado como si una gruesa e invisible capa de aceite aplacara por completo su furia, como si se tratara tan sólo de un gigantesco espejo puesto allí para que devolviera los rayos del sol. ¿Por qué era aquél un mar sin carácter? Un mar sin más signo de vida que aquella callada y traidora corriente que trataba de impedirles, como una mano de ciclope, aproximarse a tierra.

Sería hermoso, sí, dejarse acunar por él, entregarse a al embrujo y permitir que penetrara a través de cada uno de sus poros para acabar convirtiéndose a su vez en un océano, en Pacífico, en inmensidad que no aceptara fronteras, ni aceptara que la encadenaran cada noche a los barrotes de una cama.

El portugués Pinto Souza pidió agua por tercera vez, y por tercera vez *la Iguana Oberlus* se la negó.

—Hay que racionarla... —dijo—. Comienza a escasear.

Una hora después, el portugués Pinto Souza, un hombre enclenque, del que parecía un milagro que hubiera aguantado tanto, se derrumbó sobre su remo, y resultaron inútiles cuantos esfuerzos hizo *Niña Carmen* por devolverle a la realidad.

—Dale agua... —suplicó una y otra vez—. Dale agua o se muere.

Oberlus se inclinó sobre el hombre inconsciente, estudió con detenimiento su rostro demacrado, sus brazos esqueléticos, sus manos ensangrentadas y su cuerpo vencido y cubierto de llagas supurantes, y negó con firmeza:

—Sería absurdo malgastar agua en él... —sentenció—. Está acabado.

—¿Vas a dejarlo morir así...?

—No. Voy a tirarlo al mar.

Carmen de Ibarra le miró confusa. Pese a permanecer casi un año ya a su lado y ser testigo y víctima de tantas de sus crueldades y de su absoluta carencia de sentimientos, aún se le antojaban inconcebibles algunas de las reacciones de un ser que en verdad nada parecía tener en común con el resto de los seres humanos.

—¡Pero aún está vivo...! —protestó al fin.

—Respira, eso es todo. Pero lo cierto es que está reventado... Cuanto antes acabe, mejor para él y para todos...

Fue hasta el timón, desenredó el extremo de la cadena a la que se encontraban unidos los cautivos, liberó a Pinto Souza, y ante la impotencia de la mujer y la indiferente mirada de los otros, lo tomó por los hombros y lo dejó caer al agua.

Muy despacio —se diría que aquel perezoso océano lo hacía todo muy despacio—, el cuerpo del portugués comenzó a hundirse en las transparentes aguas, para acabar desapareciendo como tragado por la inmensidad azul en lo que más se antojaba un sueño idílico que la realidad de una muerte.

La Iguana Oberlus lo observó mientras se perdía de vista, y ocupó luego el asiento del muerto, apoderándose del remo que había quedado libre:

—Toma el timón... —ordenó a *Niña Carmen*—. Y recuerda... ¡Al Este...! Siempre hacia el Este... Si te desvías un solo grado te dejo sin agua... Tenemos que salir de esta zona muerta, sin viento y sin pesca... —comenzó a bogar con brío—. Si seguimos a este paso, en un par de días habremos superado la mitad del camino...

Ella dejó escapar un ronco sollozo:

—¡La mitad del camino...! —exclamó—. ¡Dios misericordioso...!

El tonto Knut, agotado, perdió la poca razón que le quedaba mediada la cuarta semana de travesía, cuando ya la comida escaseaba, y resultaba evidente que en aquel profundísimo y tranquilo mar los peces no ascendían a la superficie por más que lo intentaran con todos los tipos de posibles carnadas que tenían a bordo.

El noruego comenzó súbitamente a cantar una mañana, pese a que tenía los labios cuarteados por la sed, y la canción se le debía antojar muy divertida, porque de tanto en tanto rompía a reír escandalosamente agitando los brazos con grandes aspavientos.

Por último, arrojó el remo al agua, y aunque Oberlus le golpeó furiosamente, volvió a tirarlo en cuanto lo hubieron recuperado colocándose de nuevo en las manos.

Apartaron el remo y le dieron a beber un sorbo de agua a la espera de que recuperara el juicio y se aviniera a razones, pero continuó aullando su ininteligible canción, sin cesar un solo instante durante todo el día y la siguiente noche. Al fin, con el alba, *la Iguana Oberlus* extrajo una de sus pistolas del interior del saco en que las guardaba para preservarlas de la humedad, y le apuntó con ella a la cabeza llevándose imperativamente el dedo a los labios en inequívoco gesto de silencio.

Pero aun así, el pobre tonto continuó cantando.

Oberlus amartilló el arma de forma ostensible.

El otro le vio hacer, indiferente, rompió a reír, divertido sin duda por la obscenidad de la tonada, y siguió con ella como si se encontrara —y de hecho se encontraba— en otro mundo.

—No lo mates... —intercedió *Niña Carmen*—. ¿No ves que se ha vuelto loco...?

—Lo que veo es que nos volverá locos a todos... Si no quieres que le mate, hazle callar.

Carmen de Ibarra se aproximó al noruego y comenzó a acariciarle la cabeza con dulzura, como si se tratara de un niño:

—¡Ya está bien...! —musitó—. Tranquilízate... Ya nos hemos reído bastante con tus canciones... ¡Para, por favor...! ¿No ves que va a matarte...? —exhaló un resoplido de impotencia—. ¡Dios! —exclamó—. Ni siquiera me escucha, y de

escucharme tampoco me entendería... ¡Calla, Knut, por favor...! ¡Calla...!

Le colocó una mano sobre la boca, y el noruego Knut, el tonto, se la mordió con tanta fuerza, que se diría que pretendía atravesársela de parte a parte.

Niña Carmen lanzó un alarido de dolor, pero el otro continuó apretando hasta que sonó un disparo que le voló la cabeza tumbándole de espaldas.

Salpicada de sangre y sesos, ensordecida por la explosión que le había retumbado junto al oído, histérica ante la visión del rostro destrozado por la bala, y aferrándose con fuerza la mano sangrante y desgarrada, Carmen de Ibarra se derrumbó, vencida, en el fondo de la ballenera, y comenzó a sollozar rota por completo su capacidad de resistencia.

La Iguana Oberlus por su parte, lanzó al agua el cadáver del noruego, cargó nuevamente el arma, volvió a guardarla con sumo cuidado, y tomando ahora los remos que habían pertenecido a los difuntos, comenzó a bogar muy lentamente, con aquel ritmo pausado, monótono y constante que había impuesto desde el primer momento.

El portugués Ferreira, que había asistido al desarrollo de la escena con la indiferencia de un sonámbulo, se acurrucó en su banco como si nada de aquello tuviera que ver con él, y se quedó dormido de inmediato.

Sin cesar de remar, Oberlus golpeó levemente a Carmen de Ibarra con el pie y ordenó:

—¡Al Este...! ¡Pon rumbo al Este...!

—¡Vete al infierno...! —fue la respuesta—. Ése es el único camino que debes conocer... ¡Vete al infierno...! Regresa al lugar de donde viniste, maldito hijo del Averno...

La patada fue ahora tan violenta, que a punto estuvo de quebrarle una costilla y la obligó a lanzar un quejido.

—¡Rumbo al Este...! —repetió roncamente—. Si ni siquiera me sirves para eso, te tiraré al mar también... No pienso compartir mi agua y mi comida con inútiles... ¡Al Este...!

Niña Carmen se arrastró trabajosamente hasta la popa, tomó el timón, consultó la brújula con los ojos inyectados en lágrimas, se sonó los mocos, restañó con un sucio pañuelo la sangre que manaba de su mano herida y enderezó la proa, rumbo al Este.

La Iguana Oberlus, que la observaba con los ojos enrojecidos por el sueño y la fatiga, continuó bogando, mecánico, distante e inhumano, como un robot programado para efectuar una y otra vez, durante horas, exactamente los mismos movimientos.

—¡Un barco...!

—Sí. Es un barco...

—Tal vez nos vea... ¡Dios mío, haz que nos vea...!

—No puede vernos... Está demasiado lejos...

—¡Tiene que vernos...! ¡Me oyes...? Tiene que vernos... —sollozó *Niña Carmen*—. No quiero morir aquí... ¡Dios bendito! ¡Santa Virgen de los Desamparados...! Haz que nos vea... Nunca te he pedido nada, pero ahora te lo ruego, te lo suplico... Haz que ese barco nos vea y haré lo que me pidas... ¡Te ofreceré mi vida...! Me encerraré en un convento para siempre...

La Iguana Oberlus no pudo contener la risa al escucharla aunque le dolían terriblemente los labios cubiertos de costras:

—¡Monja...! —exclamó—. Sería lo peor que pudiera pasarle a la Iglesia desde la persecución de Nerón... ¡Monja...! La Virgen preferiría hundir el barco a que nos viese... Le pedirías al confesor que, en lugar de penitencia, te azotase y te diera luego por el culo.

Pero ella no pareció escucharle, o si lo hizo, no le prestó atención. Había buscado un trapo y lo agitaba alzada sobre las puntas de los pies, en la borda, aferrada a uno de los postes que mantenían malamente en pie el maltrecho toldillo y a casi destruido:

—¡Aquí, aquí...! —gritó con tan escasas fuerzas que apenas se la hubiera podido escuchar a quince metros—. ¡Estamos aquí...!

Oberlus alargó el brazo, le arrebató el trapo y la obligó a descender tirando de ella:

—¡Baja ya...! —ordenó—. Ya te he dicho que no puede vernos. Y si nos viera, ten por seguro de que, antes de que llegara, os habría mandado a los dos al fondo del mar... Te lo advertí... No pienso dejarme atrapar...

—¡Pero es nuestra única esperanza...! —suplicó ella—. No tenemos nada que comer, los peces continúan sin picar, y el agua se está acabando.

—Ya estamos cerca...

—¿Cómo puedes saberlo...?

—Porque ese barco va hacia el norte... A Guayaquil o Panamá, probablemente, y, por lo tanto, tiene que pegarse a la costa para aprovechar la corriente que sube desde el Sur... Si navegara hacia el Noroeste, habría tenido que alejarse de la costa, buscando que le empujaran los alisios... Pero no estamos en zona de alisios, sino en la Región de las Calmas que los barcos tratan de evitar... —señaló hacia la vela lejana—. Si ése avanza... ¡Y avanza...! lo empuja la corriente que ya le viene del Sur, y un viento de tierra. —Hizo una pausa y añadió con un nuevo brillo en los ojos—. He pasado mi vida navegando y conozco estos mares... Tenemos que encontrarnos al sudoeste de Guayaquil, al noroeste de Paita y Punta Negra, a menos de cien millas de la costa... ¡Llegaremos...!

—¡Pero no tenemos agua...!

—Pronto lloverá... —afirmó *la Iguana Oberlus* convencido—. En esta zona,

siempre llueve...

Llovió.

Llovió como si los cielos hubieran decidido derramarse por completo sobre sus cabezas, tratando tal vez de anegarles, de hundirles, de hacerles zozobrar en un intento de conseguir lo que no había logrado aquel apático océano sin garra.

Llovió.

Llovió.

Llovió.

Y con la lluvia volvieron a la vida.

Y al esfuerzo.

Ferreira ya era una sombra inútil y vencida, pese al agua y al descanso, pero *la Iguana Oberlus*, aferrado a los remos, se inclinaba adelante y atrás, atrás y adelante, infatigable, indestructible, incomprensible casi, teniendo en cuenta que hacía más de tres días que no probaba bocado.

Niña Carmen, tumbada en la cama, incapaz de realizar un solo gesto, vencida y aniquilada por el hambre y la fatiga, se esforzaba aún, a menudo inútilmente, por mantener el rumbo...

Al este... Siempre al Este pese a que estaba convencida de que el Este se había convertido en una quimera; un sueño inalcanzable; un lugar mítico y portentoso al que nadie en la historia había llegado jamás.

¡Al Este...!

Pero el Este siempre seguía estando al Este del Este.

¿Por qué estaba entonces marcado en la brújula, si el Este no existía...? ¿Por qué jugaban de aquel modo con las esperanzas de tantos desgraciados? ¿Por qué habían inventado alguna vez semejante término...?

—El Este ha muerto... —murmuró y él la miró, severo, entre palada y palada—. El Este ha muerto y ya lo sabías cuando embarcamos. —Agitó su negra cabellera—. Ya nada existe... Ni el Norte, ni el Sur, ni el Este, ni el Oeste... Y tú no eres más que Caronte, el barquero de la muerte que me cruza a la otra orilla... Pero no existe tampoco esa otra orilla. No existe más que el mar, y el mar es la muerte, la eternidad, el infinito... Quizás el infierno al que me han castigado por tanto daño como he hecho...

Guardó silencio, pero él la apremió con voz ronca.

—Sigue hablando... —ordenó—. Continúa diciendo tonterías, pero di algo, cualquier cosa... Si no lo haces, también yo creeré que estoy muerto y que mi condena es ésta de remar y remar llevándote a ninguna parte... ¡Di algo...! —pateó a Ferreira—. ¡Y tú, portugués de mierda...! Di algo también o te tiro al agua... No eres más que un peso. Habla o rema, pero haz algo...

El otro entreabrió apenas los ojos.

—Tengo hambre... —musitó.

—¡Oh, vaya...! ¡Qué gracioso...! —exclamó Oberlus burlón—. Tienes hambre... Eso no es nuevo... Todos tenemos hambre, porque hace ya tres días que nuestra hermosa timonel se comió la última patata...

—Voy a morir... —sollozó Ferreira quedamente—. Pero no quiero morir porque sé que vas a comerme... —Las lágrimas corrían mansamente por su rostro—. Lo estás esperando... He visto cómo me miras, y lo leo en tus ojos de fiera... Vas a comerme... Sé que eres capaz de hacerlo...

La Iguana Oberlus no replicó y continuó bogando, mientras *Niña Carmen* se erguía a duras penas apoyándose en el codo:

—¿Es eso lo que piensas...? —inquirió—. ¿Vas a comértelo? ¿Serás capaz de hacerlo...?

Se limitó a mirarla y sus ojos se le antojaron más fríos e inhumanos que nunca.

—¡Dios bendito...! —admitió ella—. Realmente lo harías... O él o yo, el que caiga antes, ¿no es cierto...? Serás capaz de cualquier cosa por alcanzar esa maldita costa... —Señaló hacia adelante—. Pero ¿es que no te has dado cuenta de que no existe...? Ya te lo he dicho... No existe el Este... Se lo han llevado; el mar se tragó el Continente; las tierras han desaparecido y no quedamos más que nosotros tres condenados a flotar hasta el fin de los tiempos... ¿Por qué no quieres creerme...?

—Te creo... —admitió él, entrecortadamente, fatigado por su constante esfuerzo—. Y si en lugar de ahí tumbada, te encontraras aquí, remando, estarías más convencida aún... Ya nada existe; sólo el mar, pero al cubrir las tierras tal vez se haya vuelto poco profundo y no te llegue siquiera al culo... ¿Por qué no te tiras a probarlo...?

—Porque si me tirase y aún fuera profundo, no podrías comerme —fue la respuesta—. ¿Por qué no te tiras tú?

Oberlus fue a responder, pero pareció comprender que no disponía de energías suficientes como para hablar y remar al mismo tiempo, y continuó con la tarea, que se le antojaba ya inútil, de tratar de conseguir que la embarcación avanzara —siempre hacia el Este— aunque fuera tan sólo unos centímetros.

Un nuevo sopor se apoderó de la embarcación. *Niña Carmen* se dejó caer sobre el jergón, y el portugués Ferreira, espatarrado en su banco, abrió más y más la boca al respirar, como si le costara un esfuerzo agotador lograr que el aire descendiese hasta sus pulmones.

La Iguana Oberlus le observaba impertérrito.

Aproximadamente cuatro horas después, el portugués murmuró como entre sueños nuevamente:

—Tengo hambre... —y fue lo último que dijo. Acomodó la cabeza en la borda de la lancha, se quedó muy quieto y cesó por completo de respirar.

Cuando no le cupo duda de que, en efecto, estaba muerto, *la Iguana Oberlus* dejó a un lado los remos con sumo cuidado para que no cayeran al agua, y extrajo lentamente su cuchillo.

Niña Carmen le contempló horrorizada.

—¿Vas a comértelo...? —inquirió casi sin poder articular las palabras.

Él negó:

—No, si no es absolutamente imprescindible... —señaló a su alrededor—. Pero tenemos que estar cerca de la costa... Ya no es como en mar abierto y profundo... Aquí abajo, en alguna parte, tiene que haber peces... Lo usaré como carnada.

—¿Serás capaz de utilizar de carnada a un ser humano? —se asombró ella—. ¿Es que no sientes respeto por los muertos...?

La miró como podría mirar a la más estúpida de las criaturas existentes...

—Mucho menos aún que por los vivos... —añadió—. Y de todos modos, los peces acabarían comiéndoselo... Dame los anzuelos... Están en esa caja de madera...

Se inclinó sobre el muerto y con absoluta naturalidad le abrió el estómago de arriba abajo sacando al aire su paquete intestinal aún humeante. Rebuscó, sin asco ni aspavientos, apartando las tripas, y extrajo el hígado que libero de dos tajos.

—Es lo que mejor se comen... —aclaró—. Y no pongas esa cara... ¿De qué le sirve el hígado a un muerto...? Lo que tienes que hacer es rezar para que piquen, porque si no, te obligaré a comerte un brazo... Voy a llevarte a tierra con vida, ¿me oyes...? Vamos a sobrevivir cueste lo que cueste...

Picaron.

No un pez ni dos, sino docenas de ellos, porque en cuanto las líneas alcanzaron el fondo, a unas cuarenta brazas, los peces, toda clase de peces de todos los tamaños y las más variadas especies, se abalanzaron sobre el sangrante cebo quedando prendidos en los anzuelos.

Eufórico, *la Iguana Oberlus* depositó en el fondo de la embarcación su fructífera cosecha, y dejó de inmediato de partir en pequeños trozos el tibio hígado del difunto Ferreira.

Lanzó lo que quedaba por la borda y arrojó luego el muerto al agua, observando cómo se apartaba poco a poco, impelido por la corriente al tiempo que se hundía. Por último, mostró su botín a *Niña Carmen* que había permanecido en silencio, tan agotada, que ni siquiera podía expresar su entusiasmo por la idea de que pronto iba a comer.

—¿Lo ves...? —señaló él—. Se acabaron los problemas... Nadie, nunca, podrá acusarnos de antropófagos...

Ella agitó la cabeza:

—No sé qué es peor... —comentó—. Hubiera podido entender que te comieras a ese pobre hombre acuciado por el hambre y la necesidad de conservar la vida... —Hizo una pausa—. ¡Pero eso...! Tener la sangre fría de usarlo como carnada... ¡Es repugnante...! Inhumano, criminal y repugnante...

Oberlus, que había colocado con sumo cuidado dos de los peces aún vivos en un balde con agua de mar, la observó despectivo:

—Nunca aprenderás... —replicó—. Si me hubiera comido a ese tipo, pasado mañana apestaría, tendría que tirar lo que sobrara, y dentro de tres días volveríamos a estar en las mismas: muertos de hambre... —Señaló los peces—. Pero así, cambiándoles el agua a menudo a estos dos, los mantendremos con vida, y dentro de un par de días nos servirán a su vez de carnada para atrapar a otros y reiniciar el proceso... —Abrió las manos con las palmas hacia arriba—. Con lo que aquí llueve y buena pesca, podemos sobrevivir durante meses... —señaló hacia el punto en que el cuerpo del portugués había desaparecido y a bajo la superficie—. ¿Qué importa que los peces se lo coman de un golpe o empezando por el hígado...?

—¡Eres un monstruo...!

—¡Hermosas noticias...!

Con hábiles cortes abrió una pesada corvina, la despojó de la cabeza y las tripas y se la ofreció imitando el gesto servicial de un camarero:

—¡Come...! —ordenó—. Mastica despacio, y trágate el jugo si de momento no puedes con la carne... Recupera fuerzas, porque fuerza es lo único que necesitamos ya... —Hizo un gesto hacia proa—. Aunque desvaríes y te cueste creerlo, ahí enfrente, al Este, lo quieras o no, se encuentra el Continente, y aunque ahora tenga que remar yo solo, pienso llegar.

Había abierto otra corvina y tomando un grueso pedazo de carne, blanca, dura y palpitante, se la metió en la boca y comenzó a masticar con la concentración y el interés de quien abriga la absoluta conciencia de que está cumpliendo con un rito del que depende su vida.

La ballenera, entretanto, derivaba muy despacio hacia el noroeste, pero Oberlus lo sabía y no parecía darle importancia porque cuando recobrase fuerzas, tomaría los remos de nuevo y recuperaría el espacio perdido para continuar bogando incansable hasta alcanzar las ansiadas costas de Perú.

Por muy lejos que se las llevaran; por muchas trampas que trataran de hacerle los dioses del Olimpo, y más que se le opusieran, ni siquiera los dioses podían cambiar de lugar los continentes, y él, Oberlus, *la Iguana*, vencería.

Era ya cuestión de tenacidad y tiempo, y ésas eran cosas que a Oberlus le sobraban.

Durmió toda la noche sin necesidad de que él la encadenara, puesto que parecía convencido de que *Niña Carmen* sola no se atrevería a atentar contra su vida, consciente como estaba de que Oberlus era el único ser humano de este mundo capaz de sacarla de aquel quieto mar infinito y conducirla, sana y salva, hasta la costa.

Hora tras hora, desde el oscurecer al alba, se escuchó, monótono, el golpear de los remos entrando y saliendo del agua, como si una máquina se hubiese aferrado a ellos y nada ni nadie conociera una fórmula capaz de detenerla.

Luego, cuando nació el día y el sol comenzó a elevarse en el horizonte, despertándola, *Niña Carmen* abrió los ojos y advirtió que, por primera vez en mucho tiempo, él se había detenido y le daba la espalda contemplando, muy quieto, el horizonte.

—¿Qué ocurre...?—inquirió.

—Ahí está... —replicó sin volverse—. Te dije que llegaría y he llegado.

Se puso en pie excitada aguzando la vista, pero al fin negó decepcionada:

—No veo nada.

—Pero yo sí la veo... Y la huelo... Y hay aves que vuelan y son aves de costa... —Se volvió a mirarla, y aunque su expresión continuaba siendo la misma, en sus ojos refulgía una luz de triunfo—. ¡Dos días...! —prometió—. Dos días más y estaremos en tierra... —Hizo una pausa—. Ahora voy a descansar... Lo único que tienes que hacer es dar unas paladas de tanto en tanto, para que no nos eche atrás la corriente...

Minutos después dormía profundamente, observado por *Niña Carmen*, que lanzaba al propio tiempo largas miradas hacia el Este en busca de una tierra que él aseguraba que estaba allí aunque no acababa de distinguir por parte alguna.

Hizo lo que él le pedía, e incitada por el ansia de llegar de una vez o vislumbrar al menos la costa, remó y remó a su vez, desollándose las manos, atacada por un ansia incontrolada de progresar hacia levante.

Cuarenta días, tal vez cincuenta, había permanecido a bordo de aquella frágil embarcación cuyas cuadernas comenzaban a ceder ya de modo alarmante, obligando a achicar agua constantemente, y aún le costaba trabajo creer que —como Oberlus aseguraba— tal vez en dos jornadas más el suplicio habría llegado a su fin.

Se le antojaba un sueño, pero, sin embargo, tantas muestras le había dado de su capacidad de enfrentarse a la adversidad y derrotarla, que en su fuero interno abrigaba el convencimiento de que las cosas tenían que ocurrir como decía, y allí, a proa, aunque ella no fuera capaz de avistarlo, se encontraba el continente americano.

Admiraba a Oberlus.

Le enfurecía no poder evitar el admirar al hombre que más odiaba al propio tiempo en este mundo, al igual que lo deseaba y le repelía, en aquella inexplicable ambivalencia que parecía regir todos sus actos o servir de motor a cada uno de sus sentimientos.

Fuera cual fuera su aspecto físico o la inconcebible maldad de sus acciones, quedaba claro que nunca, en ninguna parte, había conocido ni creía volver a conocer a un ser semejante, que encerrase en un mismo cuerpo, deforme, a la vez tanta miseria y tanta grandeza.

Recuperada de unas pesadillas provocadas en gran parte por la sed y el hambre; sintiéndose como se sentía reconfortada por el convencimiento de que al fin iban a llegar, dedicó aquellas horas de lento bogar a reflexionar en torno al hombre que dormía y del que pronto confiaba en separarse.

Impresentable, bestial y abominable, existía algo sin embargo en él que le fascinaba; un algo que iba más allá del placer sexual que había sabido proporcionarle en un determinado momento, o del portentoso despliegue de astucia de que daba pruebas continuamente.

Tal vez, dicha fascinación se debiera a su maldad; a una crueldad que estaba muy por encima del mal mismo, como si en determinadas circunstancias, *la Iguana Oberlus* no fuera —tal como él aseguraba— un ser humano semejante a los otros.

Quemado por el sol, llagado y cubierto ahora de pústulas, su rostro, aun dormido como se encontraba en aquellos momentos, aparecía aún más espantoso que de costumbre, pero, al modo de ver de *Niña Carmen*, tal fealdad había alcanzado un extremo tan inconcebible, que tenía que regirse por cánones distintos a los que se aplicaban al resto de los seres vivientes.

Contemplado desde una óptica que nada tuviera en común con la que se utilizaba para la humanidad, no cabía duda de que Oberlus resultaba un ser cautivante sobre el que *Niña Carmen* —Carmen de Ibarra ya para todos desde hacía mucho tiempo— no se sentía, en verdad, capaz de clarificar sus sentimientos.

Despertó al mediodía, orinó, tomó en silencio los remos, comprobó el rumbo y comenzó a bogar de nuevo sin detenerse más que para comer algo a la caída de la tarde y continuar, insensible y callado, durante el resto de la larga noche.

Cuando el sol nació tras las altas montañas, alumbró con sus primeros rayos oblicuos un dorado paisaje de blanca arena, gran desierto costero que se extendía, monótono, de un extremo a otro del horizonte en todo cuanto era capaz de alcanzar la vista.

Lo observaron.

—Tocaremos tierra con la caída de la tarde —prometió *la Iguana*.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

La miró sin interés.

—Te dejaré marchar... —replicó al fin—. Si te diriges al norte, bordeando la costa, pronto o tarde encontrarás gente... —Hizo una pausa—. Puedes llevarte parte del dinero y las joyas... Son robadas y tú sabrás si te conviene contar tu historia o callar para siempre... —Se encogió de hombros—. No me importa lo que hagas, porque para ese entonces yo ya habré cruzado las montañas adentrándome en la selva... Allí nadie irá a buscarme...

—Siempre me asombra.

—No trato de asombrarte... —replicó—. Únicamente trato de conservar la vida, y no tengo más ganas de matar, aunque ya no significues nada para mí... Nadie significa nada, porque para obtener de una mujer lo que he obtenido de ti, creo que lo mejor es seguir solo... —Agitó la cabeza—. No quiero tener que enfrentarme de nuevo al dilema de matar o no a un niño... No quiero engendrar monstruos, ni abrigar absurdas ilusiones mintiéndome a mí mismo al imaginar que una mujer puede llegar a amarme... Quizá tú eras lo que faltaba para que me sintiera capaz de asumir la plena realidad de quién soy, y ya lo he hecho... —Se encogió de hombros—. Viviré bien en la selva... Será un cambio; un nuevo aprendizaje, una lucha distinta en la que tendré que probarme otra vez a mí mismo, día tras día... —Sonrió y a punto estuvo de hacerlo casi agradablemente—. ¡Venceré...! Venceré, porque yo, Oberlus, *la Iguana*, siempre venzo...

Aferró los remos, y se enfrentó una vez más al mar que ya no era ilimitado.

Largas, mansas, perezosas, las olas rompían sin furia ni fuerza contra una interminable playa; olas sin ánimo de lucha, pero capaces por su tamaño y por el entrecocar de sus corrientes de hacer zozobrar una embarcación en un momento dado, y Oberlus lo advirtió cuando se encontraba ya muy cerca de la costa.

—¡Sujeta el timón...! —ordenó—. Mantén siempre las olas a popa, porque si nos toman de través nos voltearán y las corrientes son aquí muy traidoras... —se escupió en las manos desolladas dispuesto para el último y definitivo esfuerzo—. ¡Vamos allá! —exclamó—. Si haces lo que te digo, pronto estaremos en tierra...

Comenzó a remar y remar y remar, impulsando cada vez más aprisa la ballenera, confiriéndole la velocidad que necesitaba para que la primera ola la tomase en su cresta lanzándola hacia adelante aún más rápidamente, y a esa ola siguió otra, y entre ambas Oberlus no cesó ni un instante de bogar, mientras *Niña Carmen* se aferraba con fuerza a la caña del timón, y así, mar y hombre, unidos, condujeron la embarcación hasta el comienzo de la arena.

En el momento en que parecía que la proa iba a clavarse en ella, la Iguana Oberlus saltó ágilmente al agua, tomó el largo cabo sujeto a proa y corrió hacia

tierra con el agua a media pierna, resoplando y gruñendo porque la mojada sogla le desollaba el hombro.

Tiró luego con fuerza; una fuerza que parecía nacerle de las mismísimas entrañas, y aprovechó al fin el impulso de una nueva ola para varar en seco, a salvo, la pesada y ya maltrecha ballenera.

Tan sólo entonces se dejó caer sobre la arena, rendido y agotado, pero feliz por su victoria.

Cerró un instante los ojos, tomó aliento aguardando a que el corazón se le serenara, y cuando alzó de nuevo el rostro descubrió, en pie frente a él, apuntándole con una pesada pistola ya amortillada, a *Niña Carmen*.

La observó unos instantes antes de inquirir conservando sin embargo la calma.

—¿Vas a matarme ahora...? ¿Ahora que hemos llegado y estás a salvo?

Ella asintió con un leve gesto de cabeza:

—Éste es el momento de matarte... —dijo—. Cuando hemos llegado, y estoy a salvo... —Hizo una pausa—. Pero antes dime una cosa... ¿Era niño o niña...?

La Iguana Oberlus se encogió de hombros:

—No lo sé... —aseguró, y no mentía—. Únicamente le miré a la cara.

Sonó un disparo y cayó de espaldas con el pecho atravesado por una pesada bala.

Carmen de Ibarra —y a nunca sería para nadie *Niña Carmen*, y ni tan siquiera Carmen de Ibarra— regresó a la embarcación, recogió el saco de las joyas y un barrilete de agua, y se alejó, playa adelante, siempre hacia el Norte, sin volver, ni una sola vez, el rostro.

Tumbado sobre la arena, clavando en ella las manos para no gritar, *la Iguana Oberlus* la contempló largamente, mientras caía la noche y las últimas aves marinas regresaban mansamente a sus nidos.

La Iguana Oberlus no murió en aquella playa.

Capturado, malherido, por las autoridades de la ciudad de Paita, en Perú, fue juzgado por la muerte de un desconocido en las rocas del islote de Hood; muerte de la que habían sido testigos ochenta marineros ingleses, ninguno de los cuales acudió a testificar.

Sospchoso, además, de innumerables atrocidades que no se le pudieron probar, se dictó auto de detención, ingresando en prisión a la espera de la comparecencia de la única persona que podía atestiguar en su contra: Carmen de Ibarra.

Encerrado en una profunda y oscura mazmorra de dos metros cuadrados de superficie, en la que ni siquiera podía erguirse por completo, quedó por tanto a la

espera de la aparición de *Niña Carmen*.

Olvidado por la justicia de los seres humanos contra los que siempre luchó, *la Iguana Oberlus*, aquel engendro; aquel genio del mal; aquel espíritu indomable, sobrevivió en semejante agujero sin que nadie volviera a ver su rostro, hasta que murió, de viejo, treinta y dos años más tarde.

Lanzarote, enero 1982